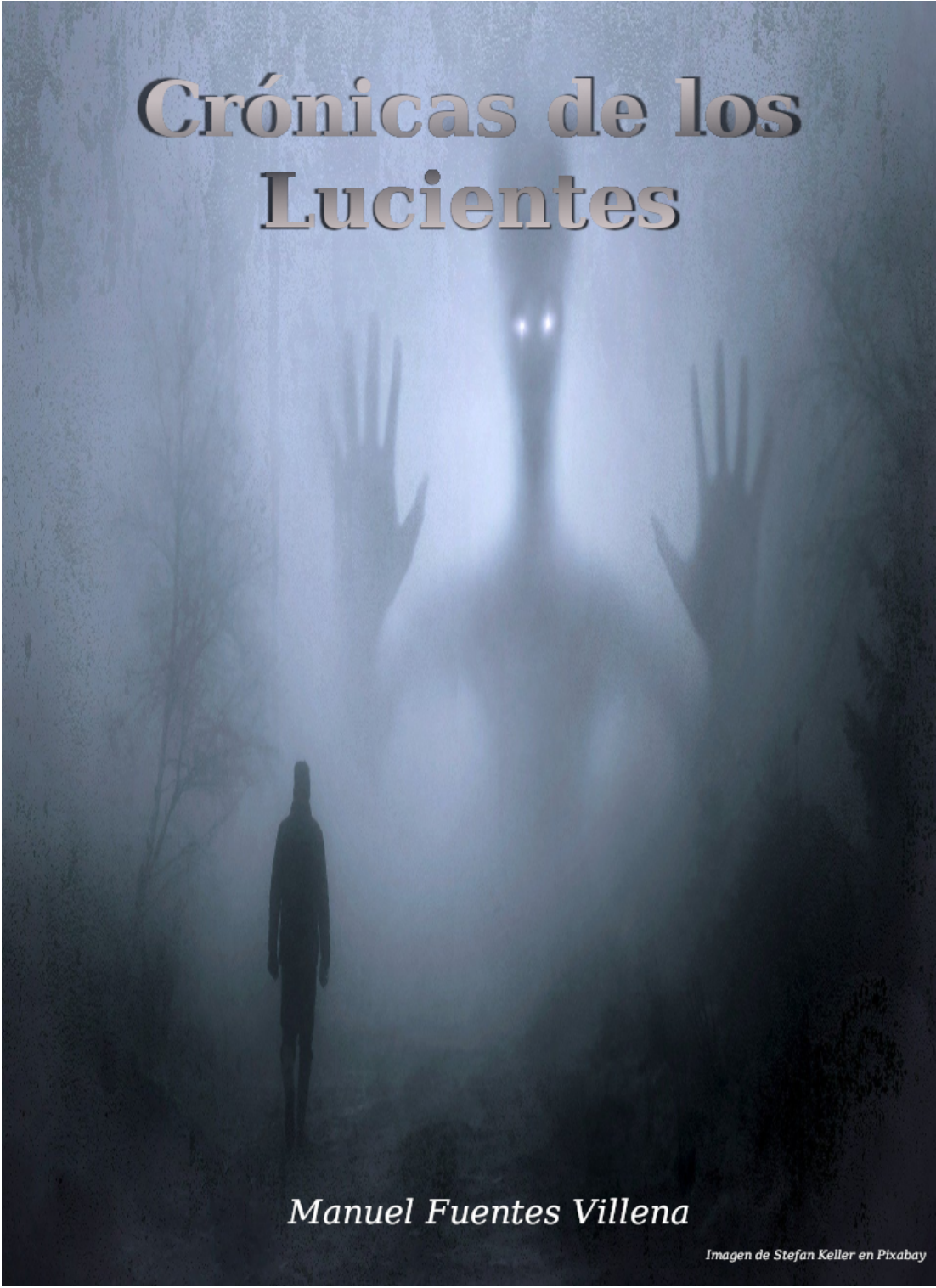


Crónicas de los Lucientes

Mafev

Crónicas de los Lucientes



Manuel Fuentes Villena

Imagen de Stefan Keller en Pixabay

Capítulo 1

Índice

1. El faro de Signcient
2. Bocetos de lucidez
3. El incidente de Hopenarh

Capítulo 2

El faro de Signcient

Arl Reeds, afamado supervisor del puerto de Signcient, alzaba la vista atrás observando los muelles desde el bote en el que remaba alejándose. La noche despejada le permitía ver con detalle la Sirmaril, el navío del capitán Zev Patters, atracado en el embarcadero. La embarcación presentaba una buena «herida de guerra» como las llamaba el viejo loco. Parte del casco estaba dañado, las tablas retorcidas y partidas tras haber golpeado una roca.

No se hundiría. La brecha estaba muy por encima de la línea de flotación y, el resto, tanto sus dos velas como el timón y el mascarón de proa con la figura de una mujer oronda esculpida (que el capitán Patters aseguraba era su «agradable» mujer), estaban en buenas condiciones.

Arl, había visto cientos de veces accidentes así, a pesar de que llevaba sólo cinco años trabajando en el puerto. Sabía que el navío no necesitaría más que unos días de trabajo arduo. Aun así, las quejas del capitán Patters eran razonables.

Miró por encima de su hombro observando la isla Markhite, un alto peñasco a unos tres kilómetros de la costa. La forma irregular de los acantilados de la isla era una sombra recortada por la luz de la enorme luna llena. No debería ser así, la isla tendría que tener su propia luz. El faro, coronando la parte más alta, debería estar encendido.

«La noche está totalmente despejada —caviló Arl, observando las rocas cercanas a la isla iluminadas por la luna, las cuales se veían a una considerable distancia—. Probablemente, el maldito Patters haya navegado ebrio; de nuevo... Lástima que en su pestilente aliento no se pueda distinguir el alcohol, habría tenido una excusa para hacerle callar y volver a casa.»

Arl resopló dándose aire con el sombrero, descansando un momento. En silencio, mecido por las olas, observó el puerto en la lejanía y volvió a remar. Aunque el incidente fuese culpa del borracho de Patters, el motivo por el que Arl acudía a Markhite no eran sólo sus quejas.

Era la preocupación por otro naufragio.

Seis meses habían pasado desde el hundimiento de aquel navío proveniente del este, en la ensenada al sur de Signcient. Los pobres condenados habían tenido la mala suerte de que el antiguo farero, Dust

Geller, falleciera aquella tarde en soledad de una fiebre que no comentó a nadie padecer. La lámpara del faro no ardió en la noche oscura, las afiladas rocas hicieron un buen destrozo con el navío y, el oleaje, lo propio con los marineros. Fueron días desagradables, en los que Arl pasó de contar y comprobar cargamento, a contar y comprobar el estado de cuerpos.

Un escalofrío le erizó todo el bello de los brazos. No repetiría aquello, si podía evitarlo.

—Mitch, espero que no hayas vuelto a quedarte dormido leyendo, o te vas a acordar siempre de esta noche... ¡Maldito haragán! —juró Arl, remando con doloridos brazos.

Podía permitirse jurar, aunque solo fuera para desahogarse. A sus veintiséis podía considerarse un hombre joven, sí; pero su vida había consistido en aprender, hacer y generar papeleo. No estaba hecho para remar ni cargar con mercancías pesadas. Ese trabajo era para los estibadores. Y sin embargo, era la tercera vez en ese mes que iba a Markhite en aquel bote para sermonear a su amigo.

«Amigo», carcajeó Arl remando más despacio, al percibir con la pequeña luz del farol en la proa de su bote, que se acercaba al escueto muelle de la isla.

Mitch Colem, su... mejor amigo. Si es que se podía llamar amigo a la persona que generaba todos los problemas en una apacible vida como la suya.

Haragán, desaliñado y retraído... Mitch, solo tenía una cualidad, y era no hacer nunca bien su trabajo, escabulléndose siempre para leer. Arl aún maldecía el día en que decidió recomendarlo como nuevo farero. ¿Pero quién le iba a decir a él, que la única responsabilidad de encender una luz a determinadas horas y mantenerla viva a cambio de una vivienda y comida, era demasiado para su querido amigo?

«Si tan solo hubiera hecho caso a mi bienhechora madre y me hubiese alejado de él... ¡Dioses, podría estar casado con la señorita Erin! —Gruñó Arl, dejándose soñar mientras amarraba el cabo del bote—. A estas horas estaría en casa. Ella, recogiendo mi abrigo me ofrecería una taza de té caliente con una sonrisa, hablando con una voz aún más cautivadora que su propio rostro.»

Arl se sacudió el largo abrigo mientras una vaharada de aire lleno de salitre le golpeaba sacándole de sus cavilaciones. Resopló, sabiendo que sus sueños serían por toda la eternidad sólo eso, sueños imposibles. Mitch se había encargado de ello, describiendo con todo lujo de detalles a la señorita Erin, todo lo que Arl pensaba de su esbelta figura durante una

noche de fiesta, animado por el licor.

— ¿Por qué tuvo que salvarme la vida ese desgraciado? —suspiró Arl, subiendo las escaleras de piedra que ascendían serpenteando por el acantilado.

No recordaba como ocurrió aquel incidente. Retenía varias imágenes de él mismo, siendo un niño que apenas sabía nadar, luchando por salir del agua. Mitch estaba allí, y le salvó. Por eso era que seguía soportándolo.

Aunque... si lo meditaba, tenía que reconocer que Mitch tampoco le caía mal del todo. Aficionado como era a la lectura, había descubierto historias fascinantes a Arl. Relatos que jamás hubiera imaginado, que describían paisajes tanto hermosos como aterradores. Historias de política y traición, tan sorprendentes y con puntos de vista tan válidos que habían pasado tardes discutiéndolos. O incluso religiones y cultos ya perdidos en el tiempo, concebidos por la retorcida mente de hombres que no conocían a las verdaderas gracias que cuidaban de ellos desde el cielo.

Era un peculiar compañero, sí. Pero un compañero, al fin y al cabo.

El viento arreciaba, las olas creando un sonido arrítmico pero agradable. Vivir en Signcient significaba que, o te gustaba el mar, o habías decidido que tu estancia fuera una condena. Toda la ciudad estaba bordeada por costa, a excepción del norte.

Cada paso que daba Arl sobre el camino de losas de piedra, que se bifurcaba en dirección al faro y a la casa del farero se hizo más cargante. Arl se encogió en su abrigo; había algo en Markhite que le ponía los pelos de punta.

Se detuvo frente a la puerta de la casa. Una estructura de un solo piso, con tejado a dos aguas, pintada de blanco y un rojo que parecía ocre a la luz de la luna. La pintura estaba levantada, la madera vieja y descuidada, e incluso algunos tablones rotos dejaban ver el interior. No era una mansión, desde luego, solo una vieja y sencilla casucha; confortable, para un hombre solitario como Mitch.

Llamó a la puerta. Solo las olas devolvieron algún sonido.

— ¡Mitch! —Golpeó de nuevo—. ¡Eh, despierta holgazán! ¡Estamos en otoño, maldita sea, me voy a morir congelado aquí fuera!

Arl chistó apretando las entumecidas manos rojas por la remada. Dejó a un lado el farol con luz titilante y acabó buscando entre dos grandes piedras junto a la puerta. Levantó la menos pesada, esperando que Mitch

fuera tan gandul como él débil de brazos.

Atinó, aunque vaciló a la hora de recoger la llave manchada de tierra. No le gustaban los ciempiés, y el maldito bicho parecía querer aquella pequeña pieza de metal retorciéndose sobre ella.

Sopló, apartando a la asquerosa criatura y cogió la oxidada llave de repuesto. Esconderla en una roca junto a la puerta no era precisamente una argucia digna de una mente maravillosa, pero tampoco se necesitaban más precauciones. Los únicos tres tarados que visitaban Markhite: eran él, Mitch y el estibador al que le correspondiera traerle sus provisiones esa semana.

— ¿Qué...? —farfulló Arl al entrar, sorprendido por el excesivo orden y limpieza del salón.

Demasiada limpieza. Tanta, que parecía que se habían llevado cosas. A simple vista, Arl supo que faltaban libros, los cuadernos y el tintero de la mesa en la que Mitch solía sentarse a escribir sus propias historias. Pero no faltaba nada más.

« ¿Habrá trasladado su escritorio? Es muy maniático», pensó Arl, relajándose al ver que no había nada más fuera de lugar, lo que indicaba que no era un robo. ¿Quién robaría en un faro aislado de todas formas?

Aunque la limpieza seguía sorprendiéndole. ¿Quizás el bueno de Mitch, había adquirido la según él, «terrorífica manía de la pulcritud»? Bobadas... Habría tropezado con su propia basura y, con su orgullo herido, la habría tirado por el acantilado.

Dejando el farol junto a la entrada, Arl caminó por el salón. La mesa y la butaca donde Mitch solía comer y leer estaban limpias; al menos, un paño había pasado. Eso ya era más extraño. Por curiosidad, antes de despertarle con una buena y merecida jarra de agua fría, Arl entró en la cocina.

El fregadero vacío, los platos guardados.

Frunciendo el ceño ante tales visiones, Arl abrió la despensa al fondo. Estaba como siempre, repleta de conservas saladas; mientras que lo poco dulce que podían traerle, como la mermelada, había sido devorada. El paladar de Mitch seguía igual, al menos.

¿A que venía toda esa limpieza de repente?

Volvió al salón. La puerta del baño abierta le hizo percatarse de que Mitch había quitado el espejo. El cual, teniendo en cuenta las visitas en Markhite, era de esperar que no le diera uso. Aun así, el quitarlo, le

resultaba excesivo a Arl.

— ¡Mitch, despierta! —gritó, dando un golpe a la puerta de la habitación junto al baño.

Arl se dio permiso para entrar al no obtener respuesta.

No había nadie. La cama con el delgado colchón tenía las sábanas revueltas como era habitual. Había libros en la mesita, indicando una buena noche de lectura. El escritorio, sin embargo, estaba vacío. El armario con su ya familiar puerta rota y siempre abierta, dejaba ver unas pocas prendas descolgadas, nada raro en su amigo. Aunque algo en el suelo junto a este captó la atención de Arl. Marcas, iluminadas por la luz de la luna que se colaba por la ventana. Arañazos provocados por arrastrar lo que sería un baúl o algo parecido, en dirección a la puerta.

El baúl sería, probablemente, el que Mitch había rescatado del naufragio. No es que fuera un ladrón, que podría serlo... Lo rescató, él mismo. Y el puerto no lo reclamó, pues lo único que tenía de valor eran libros. Para él fue como encontrar un tesoro, claro: libros del este, que contaban las aventuras de aquellos que habían ido a explorar las tierras al otro lado del mar. ¿Cómo iba Mitch a resistirse a semejante hallazgo?

No obstante, era extraño. ¿Por qué mover el pesado baúl? ¿Y a dónde se lo había llevado?

Arl tuvo una revelación, algo venido de lo más profundo de su ser. Empezó a comprender el misterio. No el de la extraña y reciente pulcritud de su amigo, sino el de su ausencia en la casa. Algo le decía, que el «responsable y siempre trabajador Mitch», había decidido hacer una de sus lecturas intensivas esperando la hora de hacer su trabajo. Y el mendrugo, se habría quedado dormido. ¿Cómo no...?

Salió de la habitación, el único sonido acompañando al viento y las olas era el crujir de la vieja madera. Cerró la puerta tras de sí, alzó el farol, aunque veía relativamente bien gracias a la enorme luna, y se dirigió al faro.

La gruesa puerta de madera con remates de hierro no estaba cerrada con llave. Arl había acertado, Mitch estaba arriba. Esperando despertarle, dio sonoros pasos en las escaleras de madera, que habían sido renovadas no hacía mucho, por lo que eran muy estables. Cada una de sus zancadas resonaba por toda la estructura con eco.

El faro estaba compuesto de dos únicas estancias en la parte más alta. Una era un almacén con vistas, donde se guardaban las herramientas necesarias para el mantenimiento de la enorme lámpara, y se oteaba el horizonte en caso de necesidad. Y la otra, la habitación donde estaba la

misma lámpara.

Mitch estaría tirado en el almacén. Lo primero de lo que se había encargado cuando llegó al faro, fue subir una mecedora para leer. Aunque fuera un haragán, había que reconocer que para aquello que le interesaba ponía un esfuerzo titánico.

Arl llegó frente a la puerta de madera del almacén. A un lado, las escaleras de caracol seguían ascendiendo hasta llegar a la planta superior.

— ¡Mitch, maldito holgazán! ¡¿Acaso no has visto lo tarde que es?! —entró reprendiéndole.

Todos los comentarios desdeñosos que había dedicado a su amigo durante el camino volvieron a Arl violentamente. Un puñetazo de culpa le hizo caer de rodillas mientras contenía las arcadas. Frente a él, Mitch yacía ahorcado, la soga atada a una viga, su mecedora tirada a un lado. Su rostro estaba rojo por la sangre atrapada, los ojos cerrados.

«No, no... Mitch, loco ¿qué has hecho?», se lamentó Arl, aturdido.

Se movió sin pensar mucho en ello, actuando como debería, casi de forma automática mientras procesaba lo que ocurría. Agarró la mecedora, se subió y sosteniendo el cuerpo frío de su amigo, quitó la soga que había quemado su cuello. Comprobó su estado, esperando un milagro que solo los dioses podrían obrar.

No había respiración, y estaba demasiado frío. Arl recordó que la cuerda estaba inmóvil cuando llegó, y eso le hizo cerciorarse de la realidad. Mitch estaba muerto.

Volviéndose cada vez más consciente de la situación, casi desfalleciendo por la impresión, Arl perdió el equilibrio y cayó al suelo junto con el cuerpo de Mitch.

Golpear con el hombro el duro y frío suelo de madera le hizo despertar. Sus sentidos volvieron a la normalidad debido al dolor. Tratando de ponerse en pie, Arl advirtió algo frente a él, un objeto familiar. El libro de notas de Mitch. Su diario de ideas, marca de todo fiel a la congregación del Diseñador, cuidadosamente colocado bajo la soga.

—Tengo que avisar a las autoridades —murmuró Arl, tratando de mantener la calma mientras asimilaba la situación.

Se levantó, agarrando el libro que probablemente contuviese las últimas palabras de su amigo, y lo dejó sobre la mecedora. Se acercó al cuerpo de Mitch y agachándose lo giró de la manera más respetuosa posible,

dejándolo boca arriba. Mantenía sus rasgos: el pelo mal peinado, la barba recortada y el bigote delgado.

— ¿En que estabas pensando? —murmuró Arl, observando a su amigo, el rostro palideciendo sin la soga al cuello.

Arl sintió la necesidad de agarrar el libro, leer las últimas palabras de Mitch y saciar su curiosidad. Pero no tenía tiempo. Tarde como era, no sería seguro esperar para regresar al puerto. Si se demoraba, no encontraría nadie. Y si no encontraba a nadie a quien pedir ayuda en el puerto, tendría que caminar a comisaría, pues pocos carruajes habría por las calles pasada la media noche.

Dispuesto a salir del almacén, Arl agarró el farol que había dejado caer al encontrar el cuerpo y se dispuso a bajar las escaleras. Algo le detuvo. El sonido del mar, concretamente el de olas embravecidas.

Arl retrocedió dejando el farol, corrió a los ventanales laterales del almacén, los cuales crujían por el viento, y observó la mar. El cielo seguía despejado, pero las pocas nubes en este se movían con relativa velocidad. El oleaje que reflejaba la luz de la luna era mayor que cuando había llegado.

Con el tiempo que llevaba viendo la mar, Arl sabía que aquel oleaje iría a más. Maldijo para sus adentros, lamentándose de su suerte. Sabía que no podría salir con un bote pequeño como el suyo, no con el temporal que amenazaba con llegar.

— ¡El bote! —exclamó.

Corrió ignorando el cuerpo de Mitch, agarrando el farol. Bajó tan rápido como pudo y salió del faro sin cerrar la puerta, resollando. Recorrió las escaleras de piedra que llevaban al muelle a toda prisa, casi resbalando en varias ocasiones, y se acercó al bote. El muelle, aunque pequeño, tenía una pendiente de madera sumergida, para arrastrar los botes que se solían utilizar y evitar que las tormentas los arrastrasen.

Perdiendo el aliento por el agua fría que le salpicó tras una ola, Arl tiró del bote. Anclándose con los pies en los postes de madera del pequeño muelle, usó toda la fuerza de su débil cuerpo. Lo arrastró, por suerte era ligero debido a su tamaño, y pudo subirlo al muelle. Una vez sobre la superficie de madera, tiró del cabo arrastrándolo hasta las escaleras, anudándolo a una roca grande junto a las escaleras.

Arl jadeó, recuperando el aliento, aliviado. Por mucho que creciesen las olas, estando donde estaba el muelle (rodeado de rocas y protegido por los acantilados), no deberían poder ser tan grandes como para arrastrar el

bote en tierra.

—Por los Siete, ¿de dónde ha salido este viento?! —maldijo, agarrándose el sombrero.

Era un viento extraño. Venía en ráfagas, fuertes y muy fuertes. Parecía haber salido casi de la nada. O quizás... es que sus capacidades para leer el clima marítimo no eran tan agudas como él creía.

—Volveré mañana —se dijo, mirando en dirección al puerto, una línea negra apenas visible en el horizonte—. Volveré mañana...

Al decir aquello, Arl advirtió su situación. Su mala suerte no solo crecía, sino que parecía empeñada en arruinarle la poca salud mental que le quedara. Siempre estaba la opción de volver a la casa y dejar el cuerpo de Mitch allí arriba. No tenía por qué volver a verlo. Pero el pobre merecía, mínimo, un poco de respeto y luto de su parte. Además, el faro tenía que ser encendido en una noche como esa, o Signcient lamentaría más muertos.

Y Arl, no podía negarse así mismo, que la curiosidad le corroía. ¿Qué mínimo, que averiguar que le había ocurrido a su amigo? Quizás sus últimas palabras fueran dirigidas a él.

Resoplando, se arrebujó en el abrigo, sostuvo su sombrero y comenzó a subir las escaleras volviendo al faro. Escalón tras escalón, la visión de Mitch colgando de la soga martillaba la conciencia de Arl.

Volvió a entrar en el almacén.

El cuerpo de su amigo yacía donde lo había dejado, la mecedora en medio de la habitación semicircular, el libro sobre esta. Arl, advirtió que la estancia, no había corrido la misma suerte que la casa: estaba llena de suciedad, telarañas y trastos viejos que probablemente no tendrían ya ningún uso. No obstante, había algo peculiar, algo que captó la atención de Arl.

Al fondo, en la pared semicircular del faro, había un hueco desprovisto de cualquier amontonamiento. Una lona blanca tendida en el suelo cubría el espacio, sobre ella descansaba el baúl de Mitch, lo que parecían unas almohadas viejas y... ¿el espejo de su baño?

— ¿Qué estabas haciendo aquí? —preguntó Arl sin esperar respuesta, observando el cuerpo de su amigo.

Ahora que se había hecho a la idea de su fallecimiento, era capaz de mirarlo. Tal y como estaba podía pasar como si estuviera durmiendo. Al menos, no era tan desagradable de ver como los cuerpos carcomidos por

los peces de aquel naufragio.

Con el recato y el respeto por su amigo que le quedaba, Arl se acercó al fondo de la habitación dejando su farol en una pequeña mesa vieja apartada a un lado. Tiró de la lona, sujetando el pesado baúl y teniendo cuidado de no tirar el espejo ovalado. Lo único que necesitaba aquella noche para mejorar, era tener un suelo lleno de cristales rotos.

Una vez tuvo la lona, Arl se acercó al cuerpo de Mitch y lo envolvió con cuidado, apartándolo a un lado tan respetuosamente como pudo. Suspiró, recorriendo la habitación con los ojos, el libro sobre la mecedora captó su atención de inmediato.

—Arl, primero el faro... —se dijo, agarrando el farol para subir a la planta superior.

«Espero que los agentes de seguridad entiendan mi demora por la tempestad... Las marcas en el cuello deberían ser prueba suficiente para entender lo ocurrido. Solo hago lo mejor para todos...», caviló nervioso Arl mientras subía.

La enorme lámpara no fue difícil de prender. Era un faro antiguo, compuesto básicamente de un enorme brasero alimentado por una base de aceite, y unas placas de metal pulido que reflejaban la luz haciéndola más visible en la distancia. Mientras trabajaba, las vistas del cielo nocturno, tan lleno de estrellas que sería imposible contar todas y cada una de ellas, ayudó a Arl a olvidar momentáneamente lo ocurrido. Ver algunas de las constelaciones de los Siete, le permitió distraerse mientras esperaba a que el fuego se avivara.

Una vez acabó, con su conciencia calmada al saber que no habría un nuevo naufragio aquella noche, Arl volvió a bajar al almacén para hacer frente a la horrible realidad. El cuerpo de su amigo, embalsamado por él mismo en una vieja lona, descansaba en un lateral.

Con el farol a un lado y sin querer sentarse en la mecedora que había sido el último lugar que Mitch tocó con vida, Arl agarró el libro y se fue al fondo de la sala, sentándose entre el baúl y el espejo. Estar rodeado por los grandes objetos con la pared en la espalda, le ayudaba a ignorar los fantasmas que las sombras creadas por el farol dibujaban a su alrededor.

—Mitch, parecías feliz por el puesto... —murmuró Arl, abriendo el libro para descubrir por qué su amigo se había quitado la vida.

El libro de ideas de Mitch, un objeto obligatorio para todos aquellos que mostraban su fe a través del conocimiento. Alguien imaginativo como él debería haberse dejado guiar por la congregación de la Artífice, expresando su fe a través de sus relatos como medio artístico. Pero el

muy cabezón se había unido a la del Diseñador, pues sus fieles tenían muchos más libros a su disposición.

A Mitch nunca le importó el contenido gran parte de las veces, tan solo amaba leer, lo cual hacía dudar a Arl de la importancia que le daba su amigo a su fe. ¿Era correcto solicitar el apoyo de una congregación solo para sacar provecho de sus recursos?

Miró el bulto que era su amigo y sacudió la cabeza. Ya no importaba. No podría volver a reprenderle por ello jamás.

Las primeras páginas, amarillentas y llenas de garabatos, dibujos y esquemas de las historias que su amigo había imaginado, estaban tal y como las recordaba Arl. Pasó las páginas despacio, recordando el pasado, las tardes ayudando a Mitch a desarrollar ideas, o discutiendo la veracidad de algunas afirmaciones sobre ciencia. Ninguno de los dos fue nunca un genio en el tema. Siempre acababan consultando algunos volúmenes de la biblioteca pública, para luego ir a algún establecimiento donde seguir discutiendo con estimulantes bebidas.

Pasó páginas y páginas de anotaciones aceleradas, ideas repentinas escritas con prisa, hasta que algo captó su atención. Tras varias páginas en blanco, empezaba una escritura mucho más cuidada y uniforme. Los garabatos pasaron a ser un diario marcado con fechas al inicio de cada página, la letra seguía siendo la de Mitch. Esas anotaciones no estaban ahí para echar vistazos ocasionales, eran algo que él se preocupó por poder leer con claridad más tarde.

La perfecta escritura, atípica de su compañero, atrapó por completo a Arl.

12 de Oct.

El bueno de Arl, ayudó a traer el baúl y se retiró a descansar. Mañana tendremos que salir al alba para arreglar unos asuntos en el puerto, pero yo no podía resistirme a averiguar que contienen estos tomos. Y de todas formas, como el farero, mi deber es quedarme despierto toda la noche. Así que no importa que haga mientras tanto, ¿verdad?

Eché un vistazo para anotar todo lo que contiene el baúl. No quiero perder nada, casi me ahogo por esta caja. Supe en cuanto la vi que era algo especial. Esos detalles tallados en relieve, los he visto antes, en un libro sobre el antiguo culto de Asrramas...

Arl alzó la mirada acercando el farol al baúl. Era cierto... No se fijó cuando ayudó a su amigo a trasportarlo meses atrás. En los laterales de madera, estaba tallada la figura de un león de cabeza ovalada sin rostro, con una larga melena agitándose en dirección a una multitud, y una mujer sentada en su lomo.

El dios pagano: Asrramas, quien no se sabía a ciencia cierta si era la mujer o el animal. Una leyenda avivada por el culto de los Reserene (los nativos del este, al otro lado del mar), descubierto por los primeros exploradores que pusieron los pies en aquella tierra maldita y alejada de la civilización. Un culto que según se contaba, hacía sacrificios humanos.

Tragó saliva, observando el cuerpo embalsamado de su amigo al fondo. Temiendo que el suicidio de Mitch fuese por motivos más oscuros que una neurosis, Arl prosiguió su lectura.

El baúl contiene:

8 Tomos. Algunos escritos por los exploradores, otros en un idioma que no conozco.

2 Frasquitos envueltos con hermosas piedras que jamás había visto.

3 Piezas de madera con símbolos, que imagino representan algo para los Reserene.

1 Frasquito con lo que parece un polvo extraño, casi parece arenisca. Aunque a simple vista no lo parezca, este último creo que es valioso. Estaba escondido en un doble fondo.

Parece ser que el baúl pertenecía a alguien que investigaba la cultura de los Reserene. Podría sacar algún dinero vendiendo todo esto a alguna academia. Pero antes echaré algún vistazo a los tomos. Dioses, a saber que ideas podría sacar de las anotaciones de los exploradores, o del propio culto.

No puedo esperar a mañana.

Antes de continuar la lectura, Arl, sin pensarlo demasiado, abrió el baúl. Quería ver lo que Mitch describía con claro entusiasmo en el libro de notas.

Los tomos estaban ordenados a un lado del baúl. Tal y como Mitch había descrito, parecían libros con anotaciones y diarios de los exploradores.

Otros, sin embargo, eran ilegibles (a pesar de usar su alfabeto, desconocía por completo las palabras escritas). Parecían simples agrupaciones de letras, sin ningún sentido ni lectura lógica.

Las piezas de madera que Mitch apuntó, eran un círculo, un triángulo y un cuadrado, grabados con símbolos que parecían lunas, estrellas y soles mal dibujados. Esas marcas no asombraron a Arl. Toda religión conocida parecía inspirada en parte por el cielo, incluso las más paganas y blasfemas; aunque muchas malinterpretasen el motivo de los astros, o errasen en quienes los colocaron allí.

Los tarros con piedras que Mitch describía, estaban al otro lado del baúl. Realmente eran piedras que no había visto jamás: pequeñas, casi todas con la misma forma ovalada, grises, brillando con ligeros tonos rosados, verdes y azules a la luz del farol. Cada una de ellas parecía una pequeña estrella apagada, cautivadora y fascinante.

Junto a los tarros, había un pequeño hueco: el doble fondo descrito por Mitch, que presentaba rasguños en los bordes, probablemente de una navaja. Sin embargo, no había rastro del pequeño frasquito que su amigo decía haber encontrado ahí.

Intrigado, Arl continuó con la lectura.

13 de Oct.

No tenía pensado seguir anotando. Pero algo me dice que sacaré muchas ideas de esta investigación. Un diario sería mejor para agrupar y recordar mis pensamientos que los garabatos sueltos. Tendré que comprar otro cuaderno pronto, me estoy aficionando a esto. En fin...

Desperté muy cansado esta mañana. El pobre Arl necesitaba una mano, y al final era más de medio día cuando pude regresar y dormir. No obstante, mi cansancio no me impidió ojear los tomos. La llama del faro resultó ser perfecta para leer y permanecer caliente. Agradezco enormemente que Arl pensara en mí para este trabajo.

Los relatos de los exploradores son fascinantes. No solo han vivido una completa odisea, sino que lo mejor parece ser lo que descubrieron después. Aún no he leído con detalle esa parte, pero lo que describen sobre el culto de Asrramas es muy interesante.

El último tomo que he leído, asegura haber hallado indicios de que el culto es más antiguo de lo que podría ser la propia sociedad de los Reserene, e incluso que la historia que conocemos del hombre. Relatan haber encontrado restos de la civilización que originó el culto, en una montaña

señalada por los Reserene. Restos tan antiguos, que solo el hielo perpetuo de una cima montañosa, han conseguido conservar.

Indicios de una civilización más antigua que el hombre... Las ideas vuelan por mi cabeza, tendré que anotarlas aparte antes de que se me olviden. Por hoy lo dejaré, tengo que apagar el faro, el sol ya está bien alto. No quiero que el pobre Arl tenga que venir de nuevo creyendo que me he dormido.

Muchos no confían en mí, eso siempre ha hecho difícil el encontrar trabajo. No quiero defraudar también a Arl. Es el único amigo que me queda.

Arl observó el bulto que era el cuerpo de su amigo. «No... sabía que me tenías en tanta estima. Lo siento...», se disculpó, por todas las veces que se burló, aunque fuese inconscientemente, del pobre Mitch.

Siguió leyendo.

14 de Oct.

No termino de creerme lo que relatan los exploradores, claramente empezaban a acusar problemas mentales debido al viaje y la altitud de la montaña. Aunque eso no hace menos fascinante lo que cuentan. Relatan verdades escalofriantes, con descripciones erráticas e ilógicas de sus descubrimientos.

Los escritos de los exploradores, empiezan a asegurar con fe creciente, cosas imposibles. No al menos, para una mente sana. Y aunque perturbados, describen fascinados, que solo están experimentando lo que los Reserene aseguran, es una porción de la verdad que Asrramas les entrega a ellos y su pueblo.

Los Reserene, son ciertamente fascinantes también. Al principio, por las descripciones de los diarios, los visualizaba como tribus salvajes. Pero nada más lejos de la realidad. Aunque viviendo en completa austeridad, son una sociedad compleja, con un gran conocimiento por el mundo que les rodea. Y que curiosamente, no usan.

Y es más interesante el motivo.

Al parecer, uno de los dogmas más sagrados e inquebrantables del culto a Asrramas, es la completa falta de ambición. Los Reserene se ven a sí mismos como poco más que hormigas, no creen merecer el conocimiento

que poseen, y no lo aplican. No buscan destacar por encima de la naturaleza y los animales que les rodean. No quieren gobernar el territorio por encima de cualquier otra especie, a pesar de que podrían. Porque temen que Asrramas les castigue.

El sol se alza y ya me queda poco tiempo hoy. Mañana continuaré leyendo los diarios. Cada día me resultan más interesantes. Aunque, contrariamente, cada vez me cuesta más leerlos. La forma en la que están escritos, las descripciones. Todo es... perturbador. No sé qué achaques provocaron esas visiones a los exploradores, pero sus palabras empiezan a incomodarme.

15 de Oct.

No hace mucho acabo de terminar el último tomo escrito por los exploradores, y realmente no sé qué pensar. Todo lo que relatan era... demasiado escalofriante para describirlo con mis propias palabras. Tras haber visitado las ruinas de las que al parecer sacaron las piezas de madera, las piedras y el polvo, todo lo que escriben parece confuso. No solo por la letra nerviosa, sino por las cosas que detallan.

Relatan un ritual con los Reserene. Los escritos empiezan a hablar de «Sentir» el mundo, y a aquellos que no pueden ver. Describen cosas sin sentido, grotescas y carentes de lógica. Pero... por algún motivo, no me parecen invenciones de locos. Hay algo... Algo en su letra y en su manera de colocar cada palabra, que me hace creer en lo que afirman. Algo, que me empuja a buscar la verdad.

Hay más tomos, aquellos que no puedo leer. Creía que serían anotaciones de la escritura Reserene, pero no es así. El último tomo, escrito por un explorador llamado Tom Hats, revela algo más inquietante:

«Ahora Sentimos la Verdad, y conocemos el peso y responsabilidad de nuestras palabras aquí escritas. Si quieres conocerla, Royers, prueba el contenido del frasquito oculto en el baúl y podrás entender nuestras palabras. No lo lamentarás. No más que el haberte roto la pierna antes de zarpar.»

Creo que Royers, es el hombre al que iba dirigido este baúl. Debería buscarlo, quizás sea algopreciado. Así podría olvidarme de todas esas locuras que he leído. Pero... ¿y si todo fuera cierto?

Arl miró el baúl, el hueco en el doble fondo vacío. «Mitch, no me digas

que...» Pasó rápidamente la página. La letra era más descuidada.

16 de Oct.

Ahora lo Siento todo. Siento cada objeto. Cada hilo de aire de cada sonido. Cada sabor de lo que toco. El olor de todo lo que percibo... Siento todo a mí alrededor con totalidad.

Los exploradores tenían razón. Lo cual es terrorífico y, a la vez, enormemente excitante. Queda tanto por descubrir, tanto por ver. Ahora lo entiendo..., veo las palabras, las comprendo y sé que querían decir. Esas palabras escritas en los tomos, no son erráticas, están escritas para Sentir.

Este don, el don otorgado por esa civilización es... es increíble. Sí... cierto es que tiene sus inconvenientes. Asquerosos inconvenientes. Pero pueden arreglarse con un poco de esfuerzo e ingenio; aunque eso suponga hacer ciertos trabajos sucios. Me pregunto; ¿cómo sentiría a Arl con este don?

Tengo que seguir, seguir leyendo. Quedan tres tomos más. Tomos que me revelaran la Verdad. Dioses... Es tan emocionante: ser parte de esto, de aquellos que comprenden realmente la Verdad.

Arl levantó la mirada lentamente, aturdido. Miró el cuerpo de Mitch una vez más, incapaz de creer que su amigo hubiese acabado muerto por una droga. Era la respuesta más lógica a aquel errático mensaje en comparación con los demás. La única, que daba sentido a sus experiencias escritas.

Siguió leyendo, curioso y motivado por la letra que veía en la siguiente página. Las palabras estaban escritas con poca destreza, curvadas, con algunas letras casi ilegibles. Habían sido escritas por una mano temblorosa.

17 o 18 de Oc...

No debería haberlo hecho. No, no... Seguí las instrucciones del penúltimo tomo. Puse una de las piedras a contraluz. La vi, la olí, la acaricié, saboreé y escuché.

No debería haberlo hecho. Mi percepción ha aumentado... Ahora puedo Sentir más. Siento más la horripilante Verdad que describían los relatos de

esos exploradores. No eran locuras provocadas por la altitud. No...

O... dioses... ¿Cuál es la Verdad? Sois falsos, ¿cierto? Invenciones para explicar un mundo falso... Sí, no podéis ser reales. Ninguna retorcida lógica os haría encajar en el mundo que percibo ahora.

Queda un tomo. No me atrevo a abrirlo. Pero..., quiero saberlo. ¿Qué hay más allá? ¿Qué es lo que me pierdo, lo que todavía no percibo? ¿Podré verlos si continúo? ¿Veré la Verdad que vieron ellos?

Arl ni siquiera se planteó lo que estaba leyendo. Revivía los últimos momentos de Mitch a través de sus escritos. Y como él, no podía parar. Algo... Algo más fuerte que su propia mente. Algo arraigado en lo más profundo de cada ser humano. Aquel instinto, conocido por todos e ignorado por algunos suertudos... El instinto que empuja a cada persona al conocimiento, le incitaba a leer.

Pasó la página. Los garabatos eran casi ilegibles. Pudo imaginar a Mitch, sentado en el mismo rincón que él ocupaba ahora, escribiendo frenéticamente. Aterrado.

No... sé qué día es.

La noche y el día casi son indistinguibles si uno no puede abrir los ojos y prestar atención al sonido del cielo. Y no puedo escuchar el silbido alegre del sol, ni la nana de la luna. Solo escucho el zumbido.

No puedo verlos, pero sé que están aquí, rodeando el faro. Les atrae su timbre..., o les atraigo yo. Saben que sé, saben que Siento. No debería hacerlo, y por eso vienen a por mí. Leí la maldita palabra en voz alta. Lo saben. Son sus siervos, los guardianes. Estoy seguro, el tomo los describe.

He bajado a casa, con los ojos vendados y los oídos tapados. Si no los Siento, me ignoran. Al menos, eso creo. Agarré el espejo. Su sombra se refleja, aunque no su carne, eso dicen los tomos. Tengo miedo de mirar. Tengo miedo de que lo que Siento, sea real.

Ojala no hubiera abierto este estúpido baúl. Pero ya es demasiado tarde, el conocimiento demasiado dulce, y la verdad demasiado real como para dar marcha atrás.

Voy a mirar por el espejo, y si lo que veo, es lo que creo... Si mis suposiciones son correctas. Temo, que mi única salida, sea la muerte. No

me dejarán escapar. Pues ellos saben la Verdad. Saben que Siento. Y yo, como humano, no debería Sentir.

Arl, viejo amigo... Sí lees esto, es porque estoy muerto y no he vuelto a verte. Olvídate de mí y de lo que hayas leído. No merece la pena saber la Verdad. Eres demasiado puro para corromperte. Tan puro, que acordarme de ti, hace que pierda parte de la lucidez que se me ha otorgado.

Coge el baúl y mis notas y arrójalo todo al mar. Nadie debería encontrar la verdad.

Ojalá hubiera podido tomarme una última copa de vino contigo. Te gustaría si sintieras. Es..., como el aliento de una mujer junto al oído. Pero créeme. De verdad, no merece la pena.

P.D. Siento lo ocurrido con la señorita Erin.

Arl cerró el libro tras comprobar que el resto de páginas estaban en blanco. Lo dejó a un lado mirando de nuevo, confundido, entristecido y aterrado, el cuerpo de su amigo. Su mejor amigo. ¿Qué horribles cosas habría visionado bajo el efecto de esa droga del este? ¿Qué horrores vio a través del espejo, que le hicieron quitarse la vida?

El sonido de las ventanas, traqueteando por el fuerte viento, le hizo volver un poco en sí; recordar que estaba en el faro y no en la pesadilla de Mitch. Arl dejó el libro en el baúl, lo cerró y se acurrucó en la esquina. Tenía frío. La ropa, húmeda por los salpicones de las olas que la lectura le había permitido ignorar, empezaba a incomodarle.

Sin querer ver más el cuerpo envuelto de su amigo y mantenerse alejado del baúl y el espejo, Arl agarró su farol y abandonó el almacén. Subió las escaleras entrando en la habitación con la enorme lámpara ardiente. Las notas de Mitch eran ciertas, el calor se mantenía en la estancia a pesar de la chimenea abierta en el techo.

Se quitó el abrigo, usándolo para no dormir directamente sobre el suelo, dejó el sombrero a un lado y se tendió. Necesitaba pensar y calentarse. Dormir, con suerte, y olvidarse de la aterrada letra de Mitch en la última página del cuaderno.

«Arrójalo todo al mar», susurró la voz de Mitch en su cabeza.

—Mañana lo haré. Cuando pueda acercarme al muelle —susurró Arl,

cerrando los ojos.

Fue un ingenuo al pensar que podría si quiera tener algún momento de inconsciencia. Podía escuchar las olas, el crepitar del fuego, los latidos de su corazón. Sonidos que nunca le habían molestado, ahora martilleaban su mente impidiéndole dormir. O quizás, eran sus remordimientos por pensar mal de Mitch.

Dio vueltas, una y otra vez sobre el duro suelo y el húmedo abrigo. La imagen de Mitch colgado de aquella soga volvía a él cada vez que cerraba los ojos. No podía dormir.

Si tan solo el tiempo hubiese sido favorable... Podría haber avisado a los agentes, haber vuelto a casa tras un interrogatorio, o incluso dormir en una celda. Cualquier lugar era mejor que el faro.

Arl se sentó, agotado, los ojos hinchados por el cansancio, la lectura y locura. Miró a través de los grandes cristales, el mar embravecido reflejando una borrosa luna en su superficie. Maldijo al clima por haberle encerrado en aquella pesadilla.

Y lo maldijo, otra vez, cuando el faro se sacudió.

Un escalofrío provocado por el pánico pasmó a Arl, que se arrastró apoyándose contra una pared, las manos en la cabeza. El estruendo de algo pesado cayendo en el almacén ensombreció el rumor de las olas. Todo temblaba y se agitaba, incluso la llama del faro.

Y de repente... Nada.

El terremoto había sido intenso, pero muy breve, como si algo hubiese golpeado la isla. Arl, levantó la cabeza maldiciendo su suerte. Ya no solo el clima, sino que también los desastres naturales parecían estar contra él. ¿No tenía ya suficiente con haber encontrado ahorcado a su mejor amigo?

Arl abrió los ojos de par en par, recordando el estruendo de hace un segundo. El almacén estaba lleno de objetos acumulados, y había dejado el cuerpo de Mitch junto a uno de los montones. La culpa de lo que podría haberle sucedido al cuerpo de su amigo, le hizo moverse. Agarró el farol y bajó a comprobar su estado, rezando para que cualquiera de los pesados recambios de la enorme lámpara no hubiese sepultado el cuerpo.

El bulto envuelto que era el cuerpo de Mitch estaba bien. Lo que había caído, resultó ser un bargueño viejo, donde se guardaban las herramientas de mano. Los cajones habían caído, esparciendo por el

suelo: clavos, martillos, repuestos de madera, lijas y otras cosas.

—Menudo desastre —murmuró Arl, caminando con cuidado, agachándose para recoger los clavos. No quería llevarse uno en los pies de recuerdo caminando por allí.

Entonces lo vio. Su corazón se detuvo por un momento.

Frente a él, había un pequeño frasquito medio envuelto en un pañuelo, que contenía lo que parecían polvillos que brillaban a la luz del farol. Lo supo con solo ver ese brillo anormal que cambiaba de tonalidad conforme la luz se acercaba, mostrando centelleos rosados, verdes y azulados, como las piedras de los tarros guardados en el baúl. Era el frasquito que debía haber estado guardado en el doble fondo.

«No, no puede ser. Mitch se tomó el contenido», pensó, tratando de razonar. Tratando de ignorar ese brillo que cautivaba sus ojos.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, Arl ya tenía el frasquito entre los dedos, observándolo a contraluz. Los tonos variaban con cada movimiento del farol. Era hipnótico, hermoso... Y esa sustancia que parecía diamante rallado, una estrella del cielo convertida en polvo, ¿era una droga? ¿La droga del este que provocó que Mitch se suicidase?

Cuanto más lo veía, menos lo creía. Algo tan hermoso no podía ser tan maligno.

Retiró el corcho que cerraba el frasquito, acercando la nariz. No olía a nada. Con el dedo tapando la boquilla, Arl volteó el frasquito y dejó que la yema de su dedo índice quedase impregnada con un poco del polvo. Lo aplastó entre el índice y el pulgar. El tacto era casi imperceptible, como una fina capa de polvo.

Curiosidad. El instinto que impulsó al humano hasta ocupar la cima del mundo, y que también lo condenaba demasiado a menudo, fue lo que rompió la barrera de la lógica y el miedo de Arl.

Lamió sus dedos.

«No debería ser suficiente para hacerme daño», se convenció Arl. Era insípido, como el agua. Nada pasó tras estar unos segundos inmóvil: notaba su cuerpo funcionar perfectamente, y no atisbaba ninguna de las maravillas horribles que Mitch describió tras probarlo.

Arl resopló cerrando el frasquito, sentándose apoyado en una pared, observando pensativo el cuerpo de Mitch al otro lado de la estancia. El polvo no parecía aportarle ningún estímulo, por lo que empezaba a

plantearse si su amigo no se habría vuelto simplemente loco.

—Maldita sea, qué frío... —masculló Arl, poniéndose en pie, decidido a olvidar todo aquello y subir arriba junto al fuego.

Puso la mano en el suelo, apoyándose para levantarse. De repente, apreció un regusto amargo; tan amargo, que casi le hizo querer vomitar. Arl cayó al suelo, las dos manos sobre la fría madera, aturdido por aquel sabor que se potenciaba cada vez más y más en su paladar.

Atolondrado, agitó la cabeza, escupiendo con la esperanza de detener aquel sabor. Y mientras lo hacía, le pareció que podía ver los quejidos que lanzaba. Destellos, hilos lumínicos de un color gris perturbado, que aparecían como vaho de su boca rebotando en las paredes.

— ¡¿Qué?! —jadeó Arl.

Su voz, atemorizada, salió de su boca, hilos de vaho azulado que rebotaron contra las paredes. Estaba... viendo el sonido. Y no solo eso. Sus sentidos parecían completamente enredados. El olor a salitre recurrente en todo el faro, le hacía sentir como si su piel estuviera cubierta de pequeños granos, al igual que al secarse tras un baño en la mar podía notar la sal en su piel.

Era una sensación extraña. Confusa. Sus sentidos parecían no solo estar mezclados, sino ser cien veces más sensibles que antes. Debería estar aterrado; preocupado por su propia salud mental y física ante tales experiencias que denotaban un problema. Y, sin embargo, lo único que sentía era curiosidad. Quería experimentar, ver a donde llegaban esas sensaciones. Eran fascinantes, cautivadoras, adictivas...

«Ahora lo Siento todo. Siento cada objeto. Cada hilo de aire de cada sonido. Cada sabor de lo que toco. El olor de todo lo que percibo... Siento todo a mí alrededor con totalidad.» Las palabras de Mitch escritas en el diario, golpearon la mente de Arl.

¿Era eso lo que describía su amigo? ¿Era este el efecto del polvo?

Arl sacó el frasquito. Sus dedos tocando el fino cristal hacían que en su paladar se generase un sabor salado, mientras que el aterciopelado pañuelo le hacía notar un regusto dulce.

« Este don, el don otorgado por esa civilización es... es increíble. Sí... cierto es que tiene sus inconvenientes. Asquerosos inconvenientes. Pero pueden arreglarse con un poco de esfuerzo e ingenio; aunque eso suponga hacer ciertos trabajos sucios.» Los escritos de Mitch volvían fugazmente a su

memoria. Pistas entregadas por su subconsciente, que ansiaba más.

Arl bajó la mano, tocando de nuevo el suelo, y el amargo sabor volvió a golpearle con fuerza la lengua. Después, con la manga del abrigo, limpió el suelo y colocó de nuevo la mano para comprobar su teoría. El sabor de la madera limpia, era dulce; el del polvo, amargo.

La reciente fascinación de Mitch por la limpieza cobró sentido.

—Esto es.... Fascinante —murmuró Arl, poniéndose en pie, tocando las diferentes texturas de los objetos en el almacén.

Cada uno tenía un sabor, un olor, una textura, una voz y una imagen diferente. Podía sentir cada objeto como un ser único, completamente diferente al resto. Empezaba a entender lo que Mitch había descrito.

No todo era agradable como el terciopelo o el suelo limpio. La mayoría de los objetos, de hecho, le producían escalofríos. El acero, al verlo, generaba en sus oídos murmullos de ultratumba. Mientras que tocarlo, hacía arder su paladar con un sabor picante. En general, cada cosa que Sentía por completo, era su propio y repulsivo ser. No porque le generase sensaciones nauseabundas, sino porque esa amalgama de sensaciones no congeniaban. Si la madera limpia de la mecedora de Mitch le traía un sabor dulce, verla le hacía escuchar su voz; una voz áspera y rasposa, desagradable como la de un anciano al que ya no se le entiende.

Era mejor quedarse con pequeñas cosas, con una sensación de cada objeto. Eso aturullaba menos su mente y le permitía mantener el control de sus sensaciones.

Mientras caminaba fascinado por aquel don, decidiendo con qué sentido prefería experimentar el siguiente objeto que encontrase, una voz dulce y acaramelada atrajo la atención de Arl. Se giró, acercándose a las ventanas.

La luna cantaba una nana a sus ojos, su voz como la de una suave madre meciendo en la cuna a su hijo. Las estrellas, cada una de ellas con su propia voz, era un coro que acompañaba a la luna. Ver el cielo estrellado, era como estar en una orquesta: escuchaba el conjunto, pero mirar a un artista en concreto le hacía percibir mejor su voz.

Se dio la vuelta. Quería más... Más sensaciones. Aún quedaban cosas en la estancia por sentir; Sentir de verdad. Mientras buscaba, Arl, percibió por el rabillo del ojo el baúl y recordó el escrito de Mitch.

«Esas palabras escritas en los tomos, no son erráticas, están escritas para

sentir.»

—Pudiera ser...

Arl se acercó, abrió el baúl y sacó los tomos. Las viejas cubiertas le dejaban un regusto agrio tras tocarlas. Ignoró aquellos cuya lengua entendía, y agarró los que nunca había imaginado que pudiera leer. Abrió el primero.

Las palabras que creía inventadas y desordenadas, estaban en realidad organizadas por colores y sonidos, adaptadas solo para ser percibidas con sus nuevos sentidos.

Cada palabra que leía le hacía escuchar un sonido desconocido. Algunos, gritos guturales propios de un manicomio; otros, canticos como los de un pajarillo. Cada vez que acariciaba sus letras escritas en tinta vieja, su piel traía consigo un sabor desconocido: muchos de ellos asquerosos, y otros, creaciones que ni el mejor chef obtendría jamás. Incluso el olor de los tomos, le permitía experimentar diferentes sensaciones, notar que acariciaban su piel como sólo lo haría el suave abrazo de una amante.

Tras varias páginas en las que Arl temblaba de emoción y miedo, asco y fascinación, se detuvo. Se encontraba agotado, las experiencias eran demasiado poderosas y adictivas. Una droga... Le consumían, tanto, que había olvidado la situación en la que se encontraba, el cadáver de su amigo, o el oleaje que le impedía marcharse de aquel lugar.

¿Por qué querría marcharse? ¿Con todo lo que le quedaba por experimentar? Poco importaría que tardase algo más en reportar a los agentes la muerte de Mitch. Podría excusar su tardanza alegando que se desmayó al verle y no recuperó la conciencia hasta el día después. O la tarde.

O incluso la noche siguiente.

Tomando un descanso, Arl apoyó la cabeza en la pared y se relajó. Si no tocaba nada con la piel desnuda, solo notaba un ligero regusto salado, que debía ser su ropa. Con los ojos cerrados, tampoco veía los brumosos hilos cian que atravesaban las ventanas, el color de las olas. Seguía notando sal en su piel por el olor, pero no era incomodo, podía ignorarlo. Y el sonido de las olas, aunque bien le hacía visualizar el tono cian incluso con los ojos cerrados, no era demasiado molesto.

Podría acostumbrarse a eso. A Sentir todo. ¿Pero podría acostumbrarse a no hacerlo ahora que lo había experimentado? ¿Cuánto duraría esa droga? Arl abrió los ojos, consciente de que su tiempo con aquella experiencia,

bien podía ser efímero. Aún quería sentir más.

A su lado, en el baúl, vio las piedras en los tarros. ¿Cómo se sentirían esas pequeñas joyas pétreas?

A través de sus ojos vio que cada destello de color emitido cuando la luz del farol las iluminaba, creaba un hermoso sonido. Era una voz, no sabría señalar si infantil o la de una mujer joven, muy aguda, que tarareaba. Una melodía diferente para cada uno de los tres colores que emitían las piedras a la luz.

Arl abrió uno de los tarros. Con mano temblorosa palpó las piedras; su sabor era extremadamente dulce. Sacó una, la olió, y sintió en su piel como si acariciara a un mullido canino. Era el objeto más hermoso de todo el almacén. La acercó a su oreja para escuchar el roce de sus dedos sobre la piedra, deseando saber que vería.

Una imagen se incrustó en su mente a través del sonido. Una criatura horrenda de gran tamaño. La figura de un león. Su cuerpo cubierto de escamas que brillaban con tonos rosados, verdes y azules. Escamas... como la piedra que sostenía, que rezumaban un limo negro. Su cabeza, ovalada y sin fisonomía, estaba llena de cuencas repletas de dientes, rodeada por una melena. Una melena que no tenía pelo, sino tentáculos que se movían a voluntad propia, con ojos en los extremos.

Ojos, que le miraban fijamente.

Arl arrojó la piedra lejos, huyendo de aquella visión. Se acurrucó contra la pared, las manos cubriéndose los oídos, los ojos cerrados. No quería sentir aquella cosa de nuevo.

Trató de respirar y recuperarse. «Una visión. Solo una visión. No puede ser, esa cosa no puede ser...», se dijo, tomando aire, sintiendo en su piel la sal al respirar.

Abrió los ojos, y quedó mudo ante una habitación que, aunque parecida a la que recordaba, había cambiado por completo.

La madera parecía más oscura, y las grietas en esta exudar un líquido negro. El polvo en el suelo había ganado espesor; moho de un blanco brillante. Podía ver el aire, como una ligerísima capa de niebla. Y no solo la propia habitación, los objetos a su alrededor habían cambiado también. El metal mostraba no solo óxido, sino que este parecía moverse lentamente por su superficie, como pequeños insectos. Los libros que antes recordaba de tapa lisa hecha de cuero, ahora mostraban arrugas como las de la piel de un anciano.

Todo lo que antes había percibido en su totalidad, ahora era completamente diferente. Cada cosa que veía, ya no producía un sonido, sino que le susurraba. Palabras inentendibles, algunas tan débilmente que no podía escucharlas sino se enfocaba en el objeto. Otros, gritaban con solo pasar los ojos por encima.

Todo lo que recordaba, incluso aquellos objetos que le provocaron mejores sensaciones, ahora amenazaban con volverle loco. La habitación que percibía era horrible, repugnante, sacada de las pesadillas de un demente. Veía movimiento en todas partes, el moho, los objetos, la madera. Podría jurar que si se fijaba, veía pequeñísimas criaturas, diez veces más pequeñas que una hormiga, por toda la sala.

Arl buscó con ojos llorosos las ventanas, temiendo lo que pudiera encontrar fuera. Los cristales mostraban grietas que jamás había visto que tuvieran, estaban empañados, y era difícil ver a través de ellos. Se esforzó en mirar, sin querer moverse, tocar nada, o siquiera producir sonido alguno. Temía que sintiera cosas atroces, como aquella bestia maldita al escuchar la piedra. Las estrellas del cielo no eran aterradoras, sino enormes, y brillaban con intensidad. Parecían llamarle como faros en la distancia.

Tratando de calmarse, asegurándose de que no había nada viscoso y asqueroso en el lugar en que puso la mano para apoyarse, se puso de pie, y sin querer golpeó algo. El sonido del objeto moviéndose rebotó por la habitación, hilos neblinosos de color marrón, que se mezclaron con la bruma que había aparecido de ninguna parte.

«Al menos, el sonido no es repugnante», se dijo, agradeciendo que no hubiera visto algo horroroso de nuevo. «Quizás todo lo que veo, sea una alucinación... Como esa criatura. Sí, un efecto secundario de la piedra. O... del polvo. O de este don para Sentir. Sí, no es real», quiso creer.

Tembló de horror cuando al dar un paso, notó que la madera crujía como si estuviera mojada, salpicando algo que empapó sus zapatos. Lo que le decía, que aquella agua que veía en las grietas de la madera, era real. Al menos, para su perturbada mente.

Recordó las palabras de Mitch, y se lamentó de no haberlo hecho antes de acercarse a la piedra a su oído.

« No debería haberlo hecho. Mi percepción ha aumentado... ahora puedo Sentir más.»

¿Era eso lo que le estaba pasando? ¿Estaba Sintiendo lo que le rodeaba con más precisión? ¿Todo ese limo, el agua, la niebla, el moho, los insectos de óxido... eran reales, siempre estuvieron ahí? ¿Estaba viendo la

Verdad que Mitch aseguraba haber visto?

Su mente divagó entre la ilógica que se presentaba ante él. Se percató, mientras trataba de aclarar sus ideas, que a cada segundo que pasaba su capacidad para Sentir crecía. Y, cuanto más lo hacía, más repugnante era el mundo que le rodeaba. Sus sentidos entremezclados hicieron de cada paso que daba una pesadilla. Ya no veía belleza en nada, en ninguno de sus nuevos sentidos. Le costaba siquiera pensar... Y cuanto más lo hacía, más crecía su temor de haber cometido un error irreparable.

Agachó la mirada, lamentándose de su maldita curiosidad; de haber hecho caso omiso a las advertencias escritas por Mitch. Y entonces lo vio, el objeto que había golpeado al levantarse. Era el libro de palabras para sentir que había disfrutado hacía solo unos momentos.

Estaba abierto, entre el polvo mohoso y brillante del suelo que lloraba agua negra. Había unas letras remarcadas por colores más intensos, dispersas por las hojas; letras que formaban una palabra. Todas las páginas tenían esas letras, era como un sello distintivo. Parecía un nombre; un nombre perturbadoramente familiar. Uno que Arl, desde lo más profundo de su ser, o quizás desde un mensaje enviado por las estrellas ardientes en el cielo, supo que era el de la criatura que había visionado.

El de esa cosa.

Estuvo a punto de decirlo en voz alta. De leerlo, temeroso, para saber cómo se vería su voz al decirlo. Pero no lo hizo, porque recordó el diario de Mitch. Y, porque algo mucho más perturbador se escuchó por toda la habitación.

Arl tembló, cayendo de rodillas al suelo, cuando escuchó un sonido que jamás había escuchado en su vida. El chirrido escalofriante y desgarrador del cristal siendo rayado por algo fino, algo que aleteaba como un insecto; cómo... un mosquito. Pero ese zumbido hablaba, en un idioma que no comprendía, con una voz que le helaba la sangre.

No obstante, lo que más perturbó a Arl, fue que ese sonido, aunque claramente audible y, aun sabiendo de dónde provenía, no podía verlo como otros sonidos. No desprendía hilos de color. Fuese lo que fuese que estaba en la ventana, no podía verlo. Solo veía las estrellas, los faros ardientes en la distancia, que parecían observarle como el público de una actuación observaba al actor.

Supo entonces que era aquello que escuchaba. Lo mismo que Mitch describía, lo que vio a través del espejo y le hizo quitarse la vida. Había algo afuera. Algo que llevaba todo el tiempo allí y, que él, sin poder Sentir

como Mitch hasta ese momento, no había percibido.

El simple hecho de advertir esto: de que lo que llevó a Mitch al suicidio hubiese estado todo el tiempo allí con él, le paralizó. ¿Habían ido a por él, igual que a por Mitch, ahora que Sentía esa Verdad? ¿Ahora, que veía, olía, degustaba y palpaba la Verdad?

«No... Yo no la he dicho en voz alta. Ellos no saben que sé. No saben que la he visto. No saben que conozco su nombre...», pensó, empezando a entender lo que eran. O creyendo hacerlo.

Por un momento, Arl sintió la necesidad de mirar las ventanas a través del espejo, cómo Mitch había hecho. Casi lo había agarrado, cuando percibió una sombra a través de este; una sombra de algo moviéndose de forma serpenteante.

Aterrado y sin aire, volvió el espejo para no verlo, dejándolo boca abajo para no percibir aquel reflejo. Las manos tan convulsas que tuvo que agarrarlas para calmarse.

Quería desmayarse. Agradecería hacerlo. Pero su mente estaba demasiado despierta. Los estímulos eran tantos que no podía dejar de pensar.

—Puedo huir. Puedo irme —susurró, buscando esperanza—. Solo tengo que ignorarlos. No sabrán que siento, si no lo demuestro. Prefiero el mar a esto... Puedo hacerlo. Y si no... Prefiero morir ahogado que ser testigo de más Verdad.

Temblando, con su cabeza dilucidando la Verdad traída del este, aquella que traspasaba el cielo y recorría las estrellas que le miraban con interés, Arl cerró el libro y lo metió en el baúl.

—Lo haré, lo tiraré, Mitch. Si con este baúl vino, que con este se vaya. Sí..., no pasará nada. Lo arrojaré y todo desaparecerá. Es una droga al fin y al cabo. Mañana no sentiré... —murmuró cerrando el baúl, que comenzó a arrastrar por la habitación.

Solo al pasar junto al cuerpo envuelto de Mitch, mientras salpicaba el agua que brotaba de la madera y pisaba el resbaladizo moho reluciente, Arl vio el horrible destino de los restos de su amigo. La lona que le había echado por encima, estaba siendo devorada por pequeños insectos negros como el cielo entre las estrellas. Diminutos, casi invisibles, pero trabajadores. Iban a por su carne.

Arl tiró más del baúl, apartando la mirada. Observar aquellos insectos le hacía escuchar gritos de dolor y angustia. Gritos de niños que sufrían el

peor de los tormentos.

Tiró escaleras abajo el baúl sin importarle su maldito contenido. Que los Siete, si es que eran tan reales como la pesadilla que estaba viviendo, destruyeran todo lo que contenía. Pero empezaba a creer que no lo eran. Ningún dios bondadoso le habría permitido Sentir esa Verdad. No podría haber creado esa Verdad.

Arl estuvo a punto de subir a por su abrigo y su sombrero a la planta superior. Se detuvo en las escaleras al escuchar los arañazos en el cristal; el aleteo gutural que hablaba. Lo que estaba tras las ventanas, estaba también ahí arriba.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

Corrió en dirección contraria, bajó escalones a trompicones y a punto de resbalar estuvo varias veces. No le importó, el miedo a aquellas cosas era más fuerte que el miedo a la propia muerte.

Salió fuera, arrastrando el baúl. El viento neblinoso le provocaba escalofríos, pues rozando su piel le hacía notar un sabor a sangre en la boca. La pesadilla se intensificó, cuando Arl percibió que las briznas de hierba verde, se movían como gusanos saliendo de la tierra, mirándole con ojos vacíos.

La Verdad que la historia de Mitch le había descubierto, era una pesadilla, una demencia.

Avanzó por aquella tortura, ignorando como las piedras parecían tener precisamente, cientos de ciempiés recorriéndolas. Ciempiés, que no tenían patas sino dientes. Y no antenas, sino fibras gelatinosas. Criaturas que se movían entrando y saliendo por agujeros en las rocas que nunca había visto, formando la apariencia de cerebros pulsantes.

Tiró más del baúl, sin importarle el dolor en sus manos o el sabor amargo que le provocaba tocar la vieja madera desgastada de las asas. Tiró de él, lanzándolo escaleras abajo por la serpenteante bajada de piedra que, por suerte, no tenía ciempiés, solo moho. El único deseo de Arl viendo rodar el baúl, era que no se rompiera o abriera; no volver a ver su contenido jamás.

Llegó abajo y observó su bote. La madera exudaba líquido negro, pero Arl sabía que flotaría, porque lo había hecho antes cuando fue a la isla. Y lo que ahora veía no había aparecido de la nada, estaba seguro de que siempre estuvo allí, solo que no percibía la Verdad. Eso quería decir que el bote siempre flotó con aquel líquido en su interior, que manaba sin

descanso, pero no se desbordaba.

El miedo y las esperanzas de escapar, le dieron fuerzas a Arl para mover el bote y devolverlo a la mar. Subió el baúl, que cayó con un sonoro golpe que brilló con un tono marrón inocuo, salpicando el agua negra. Después subió él, percatándose de que el líquido negro del bote mojaba, pero carecía de temperatura. No le dio importancia, la lógica del mundo que conocía había desaparecido momentos atrás.

Empezó a remar alejándose de la isla Markhite. Por fortuna, el agua del mar seguía tal y como la recordaba, nada horripilante la había cambiado. Quizás, el agua era tan pura, que se Sentía en su totalidad siempre.

Remó. Las olas amenazaban con tirarle del bote, pero por suerte los dioses parecían dispuestos a apiadarse de él. Remó, hasta estar lejos de cualquier posible arrecife o superficie marina lo suficientemente elevada para que aquel baúl pudiera ser encontrado de nuevo por algún navegante.

Solo cuando estuvo a medio kilómetro de la isla, se detuvo en medio de la nada. La noche demasiado oscura, el aire neblinoso y el cielo brillante como para vislumbrar el puerto en la lejanía.

Arl pudo oírlos en la distancia cuando alzó la mirada al peñasco. Decenas y decenas de zumbidos provenientes de la isla. Zumbidos que susurraban en una lengua que no conocía; pero que le helaban la sangre por el tono de su voz. Zumbidos de las criaturas que buscaron a Mitch, y le condenaron a la muerte con su horrible visión.

Pero también escuchó algo más; algo que sobresalía por encima de todos los zumbidos, al contemplar la luz del faro. Un tañido, como el de una campana usada para llamar a un mayordomo.

— ¿Mitch, se equivocó? Acuden al faro. No lo diseñaron para avisar a los barcos. No, no solo a los barcos... —farfulló Arl, entendiendo al fin.

« ¿Entonces, no acudieron a él por el nombre dicho en alto? ¿No sabían que él Sentía? ¿Mitch se suicidó, cuando podría haber escapado?», se preguntó Arl, razonando la Verdad, que llegaba a su mente desde lo más profundo de su ser. Verdad dentro de él, que crecía, llenándole de conocimientos que retorcían todo el mundo que creía conocer.

¿Quién sabe? ¿Quién sabría jamás? Arl, desde luego, sabía que no. Sabía, que nunca sabría si Mitch hubiera podido escapar. Él no podría. Ahora lo sabía; sabía la Verdad. Sabía que de haberse quedado en el faro, quizás la mañana le hubiera salvado. Lo escuchaba, debajo del bote. Esa... «Cosa» había golpeado el faro. Y ahora, había calmado las olas y tranquilizado la

mar. Para acercarse.

Iba a por él.

—No me dejará escapar —dejó caer una lágrima Arl, aterrado. Un miedo que jamás podría describir, consciente de que las estrellas en el cielo observaban el espectáculo con placer, le paralizó. No podía moverse, su cuerpo no respondía; solo pudo hablar—. No me dejará... Sabe la Verdad. Sabe que Siento. Y yo, como humano, no debería Sentir.

La mar se embraveció. El bote crujió. El miedo desapareció.

Arl, fue tragado por el abismo junto con el baúl. Pues el dueño del nombre prohibido, aquel que leyó en el libro, no le dejaría pronunciarlo jamás ante otros. Por eso mismo, los indígenas aterrados por conocerlo, otro nombre a la criatura le dieron allí en el Este.

Asrramas.

Capítulo 3

Bocetos de lucidez

El traqueteo del carruaje mecía los cabellos de su amada Gillian, los mechones negros destacando entre su rubia cabellera ondulada. Su tez, blanca como la nieve y cubierta de pecas oscuras, resplandecía con la luz de la luna. Negro y blanco, claro y oscuro. Ese contraste siempre definió a su mujer. Incluso sus ojos, el izquierdo de un tono cobrizo y el derecho de un azul suave, mantenían este patrón.

Era hermosa.

Milo añoraba ver su rostro iluminado por una sonrisa. Gillian siempre sonreía, por mal que fuera el día. Solía decir que el cómo se afrontaban los problemas, determinaba lo bien que se solucionaban. Y aunque Milo no estaba del todo de acuerdo, Gillian consiguió hacerle creer poco a poco en ello. Le alejó de las sombras, de su yo más lamentable y desdeñado. Nunca podría agradecerle lo mucho que había hecho por un don nadie como él.

Ella no merecía aquello...

Milo dejó escapar un suspiro, acariciando la mano de Gillian, unos guantes blancos cubriendo sus siempre frías manos. Ella no reaccionó a su caricia, ni siquiera una palabra. No hubo más movimientos de su parte que el balanceo de su cuerpo con el traqueteo del carruaje. Gillian mantuvo la mirada al frente, la vista perdida. Era prácticamente lo único que había hecho desde hacía un año.

Suspirando, Milo miró la ventana en la que se reflejaba su sombrío rostro, su mandíbula estrecha y sus ojos pequeños. Tras su propio reflejo, la arboleda comenzaba a hacerse más frondosa. La oscuridad de la noche junto con la niebla típica de Nesvine, dibujaba extrañas figuras entre los árboles a sus ojos. Y aunque temeroso de ver que alguna de las criaturas que su imaginación creaba con aquellas sombras fuese real, no podía apartar la mirada.

Supuso al iniciar aquel viaje, que una vez abandonaran el borde costero de Nesvine habría más frondas, pero no esperaba algo tan parecido a un verdadero bosque. Había sido apenas un día de viaje, no estaban tan lejos de casa. Sin embargo, el paisaje era totalmente diferente a los acantilados que bordeaban la costa de Signcient.

«El aire no es tan salado», advirtió, respirando profundamente. Con otro suspiro de añoranza, Milo observó de reojo a Gillian que mantenía aquel estado perpetuo de catatonía. «Conociéndote, estarías esbozando cada árbol, cada nube del cielo y cada pájaro que vuela asustado. ¿Ni siquiera este paisaje te hará despertar?»

Milo casi dejó que sus emociones y los recuerdos le llevaran al llanto. Pero lo retuvo. Tenía que ser fuerte. Gillian se recuperaría; por eso había decidido hacer aquel viaje a Lighow. Allí era donde residía el Sacerdote Matthey, del que el Sacerdote Orson (guía espiritual de Gillian en el camino de la Artífice), le había hablado. Al parecer, era el único miembro cercano en la congregación de la Profesa que había tratado a alguien con una catatonía como la de Gillian. Era el único que podía ayudarla.

Milo inspiró profundamente, reafirmando así mismo lo correcto de su elección. No la dejaría en el manicomio de Signcient, como la tía de Gillian le había sugerido. Jamás la dejaría en manos de esos... "doctores". Conocía las historias sobre ellos, y había escuchado alguna vez los gritos cerca del manicomio... Los hombres que regían aquellos hospitales eran estudiosos, orgullosos hombres criados en las universidades. Milo estaba seguro de que gente así (obsesa por el conocimiento y alejada de la iglesia), solo usaba a aquellos pacientes para sus investigaciones en busca de saciar su retorcida curiosidad.

Milo acarició de nuevo la mano de Gillian. Tan inmóvil, tan delicada. Era difícil creer que hacía tan solo un año esos dedos habían bailado con soltura deslizando el pincel sobre los lienzos. «Te traeré de vuelta. Lo juro», pensó Milo, mirando aquellos ojos de diferentes tonalidades, perdidos en la nada.

Casi una hora más tarde, las primeras construcciones aparecieron. Lejos de los edificios de piedra gris y argamasa de Signcient, los hogares de madera estaban relativamente separados a distancias dispares. Los tejados a dos aguas, la simpleza del color de la madera, los talleres rodeados de trabajadores... La estampa era muy similar a los barrios más antiguos y destartados de la ciudad portuaria. Pero al contrario que en estos, los rostros de sus habitantes no mostraban muecas de decaimiento, sino sonrisas hogareñas.

Unos hombres que conducían un carro con algunos troncos los saludaron con gestos animados sacudiendo el sombrero. Mujeres reunidas en un porche, que vigilaban a los niños mientras parecían profesar su fe a la Artífice mediante la costura de unos coloridos mantos, detuvieron sus manos para saludarles. Los niños a un lado del camino les miraron con amplia curiosidad, y algunos incluso siguieron al carruaje para ver quien les observaba tras la ventana.

Milo contempló anonadado el cálido recibimiento. Siempre había imaginado, como muchos en la ciudad creían, que los habitantes de los pequeños pueblos y aldeas eran ariscos y groseros. ¿Qué educación se podía esperar de gente apartada de la civilización?

Empezaba a darse cuenta de lo erróneo que había sido pensar así.

El carruaje se detuvo finalmente. El conductor bajó y abrió la puerta. El hombre que ya debía haber superado los cuarenta, se rascó la barba hirsuta y bajó el sombrero a modo de saludo respetuoso. Las arrugas de su rostro se curvaron con una mueca al mirar de reojo a Gillian.

—Hemos llegado, señor. La posada es ese edificio al frente — señaló tras él. La construcción, sencilla como todas las demás, sobresalía del resto siendo del triple de anchura—. ¿Necesita ayuda con la señorita?

—No. Solo el equipaje, gracias —indicó Milo—. Yo me ocupo de la silla.

—Como guste.

El conductor comenzó a sacar sus maletas de la parte trasera, mientras Milo forcejeaba con la pesada silla de ruedas. Liberándola, casi se le resbaló de las manos, pero pudo manejarla para dejarla caer con relativo cuidado. La acercó cuidadosamente a la puerta del carruaje, y entrando en este tomó delicadamente la mano de Gillian.

—Vamos, Gillian —susurró, tirando sutilmente de ella.

Torpemente, Gillian se levantó siguiendo la mano de Milo. Sus pasos frágiles, las piernas temblando. Milo tuvo que sostenerla por la cintura para que no cayese. Puso las manos de Gillian en sus hombros y la ayudó a dar un paso hasta el primer escalón del carruaje. Después, con el espacio extra, la agarró cargándola para dejarla en la silla.

Unos pasos siguiendo la mano que tiraba de ella, unas bocanadas tras horas ofreciéndole la cuchara al comer, una leve reacción a algunos estímulos. A veces, Gillian se movía dejándose hacer, como un infante en manos de su madre. Pero esos momentos apenas duraban unos minutos. Sentada en la silla con la mirada perdida, su pecho se agitaba ahora con cada inspiración. Un año sin movimiento le habían arrebatado poco a poco las fuerzas a su cuerpo.

Milo empujó la silla, que traqueteaba con el irregular suelo de tierra. La inclinó sorteando los escalones del porche de la posada, entrando en el edificio. La sencilla recepción era un mostrador en un pasillo que conducía a varias habitaciones. La cocina tras este, dejaba llegar el olor suave de

un caldo.

Parecía un lugar acogedor, limpio y sencillo. Era más de lo que sinceramente esperó. Una mujer delgada y alta como un palo emergió de la cocina secándose las manos en el delantal, tras llamarle el conductor mientras dejaba las maletas.

Vivian (como la llamó el conductor), le atendió tan cortésmente que dejaría en vergüenza los modales de los posaderos y las meseras que servían en los clubes de la ciudad. Ágil de manos como de lengua, se presentó y le explicó a Milo de qué disponían las habitaciones que podía darles, disculpándose por lo poco que podía ofrecer; mientras que con miradas rápidas e intercambios afables de palabras, despedía al conductor.

Tras pagar con parte de los ahorros que había acumulado para hacer el viaje, Milo siguió a Vivian a la habitación del fondo. Caminaba con cuidado por delante de la silla de Gillian, y la mirada que procuró al contemplarla mientras se adentraban en la habitación, reveló a Milo la curiosidad que la mujer sentía. Pero Vivian no preguntó. Tan solo se despidió prometiendo que tendrían la cena lo más pronto posible. Una cena que Milo declinó, pues había hecho comer a Gillian algo poco antes de llegar.

Por las miradas esquivas, el respeto y el cuidado al preguntar por las necesidades de Gillian, Milo estaba seguro de que Vivian estaba acostumbrada a tener enfermos en la posada. ¿Vendrían muchos de otras partes de Nesvine para ver al sacerdote Matthey? se preguntaba, mientras cerraba la puerta.

Finalmente solos, Milo se dejó caer en la cama resoplando por un momento. ¿Por qué un viaje cómodo en un carruaje le había cansado tanto? Levantó ligeramente la cabeza, contemplando a su mujer. Ni una mirada, ni un sonido; nada. Ni siquiera la novedad del nuevo techo bajo el que estaban parecía traer de vuelta la luz a sus ojos.

Levantándose de nuevo, dejando su abrigo y su sombrero en una percha junto a una chimenea apagada y sin leños, Milo movió la silla dejando a Gillian frente a la ventana. Si sus ojos podían ver algo, que fueran las colinas verdes que sobresalían en el horizonte. Era una hermosa vista.

Salió de vuelta al pasillo, y rechazando cortésmente el ofrecimiento de Vivian al encontrarla en la recepción, Milo llevó sus pesadas maletas en dos viajes a la habitación. Dejó las más pesadas y grandes, que contenían en su mayoría ropa junto a unos guardarropas en la pared frente a la cama. Tomó en cambio la más pequeña, la puso sobre el colchón y la abrió. Dinero, documentos, cuadernos, la carta que el Sacerdote Orson había escrito para que se presentasen en la iglesia y algunos libros para el

viaje, era en su mayoría todo el contenido.

Sacó de la maleta el estuche de Gillian, una tira de cuero enrollada cerrada por una cuerda. Lo abrió, descubriendo los pinceles, plumas y carboncillos. Tomó un carboncillo y el cuaderno de bocetos de Gillian y se lo puso entre las manos. El cuaderno abierto en la izquierda, el carboncillo en la derecha. Los dedos de Gillian atraparon rápidamente el carboncillo, la posición correcta para empezar a bocetar. Pero no se movieron.

Milo suspiró.

La primera vez que vio aquel movimiento tras su catatonia, tuvo esperanza. Ahora, comprendía que no era más que un acto reflejo de Gillian tras tantos años pintando. La dejó estar con los objetos en las manos. A pesar de que nunca dibujase nada, parecía respirar más tranquilamente cuando los sostenía.

—Lo siento. Sé que no es el viaje que esperabas hacer con nuestros ahorros... —suspiró Milo, sentándose en la cama cerca de ella—. Pero no esta tan mal, ¿verdad? Los lugareños parecen amables, y se respira bien aquí. Además, el paisaje es hermoso —divagó. Milo hablaba siempre que podía con ella. Era la esperanza de que contestara lo que motivaba su voz—. Pero prometo que cuando te recuperes, ahorraremos de nuevo. Te llevaré a Orivil, y verás la gran catedral. Y también el enorme mercado que cruza toda la capital. Te lo prometo.

Con el anhelo de recordar el pasado, en el que encontraba las fuerzas para afrontar el futuro, Milo tomó otra de las libretas de Gillian de la maleta, y abriéndola observó los bocetos con una sonrisa nostálgica. Una mujer que cantaba, su voz dibujada como hilos de humo saliendo de su boca. Un cielo con la luna menguante, observado por unos niños que se llevaban las manos a las orejas como si escucharan una canción. Un campo de flores repleto de notas musicales saliendo de cada flor. Un hombre con la mirada agria rebuscando en un sucio desván.

Gillian siempre había disfrutado de mezclar personas que veía con lugares que visitaba. Milo sonrió, recordando con claridad cómo le mostraba siempre sus bocetos y cuadros con orgullo. A Gillian siempre le ilusionó escuchar su opinión, aunque él de arte tuviera el mismo conocimiento que un pescador sobre astronomía.

Milo volvió la mirada hacia su esposa, asintiendo para sí. No se rendiría con ella. Jamás lo haría.

Buscando en la otra maleta pequeña (la que contenía sus pertenencias), Milo sacó uno de los cuatro cubos de madera que había dentro, junto con una gubia. Tomando asiento frente a la chimenea para dejar caer las virutas en la misma, donde no deberían molestar a la posadera, Milo

comenzó a tallar el cubo. En un principio, como siempre que rezaba, lo hizo sin pensar en una forma específica que darle. Simplemente se centraba en sus plegarias por Gillian, esperando que alguna de las muescas que hiciera en el cubo le diera una idea.

Todavía no era lo bastante habilidoso con la gubia, y no eran pocas las ocasiones en las que se raspaba los dedos, a pesar de que llevaba dos años desde que había cambiado sus plegarias al Laborioso, para hacérselas a la Artífice. Rezar era mucho más sencillo cuando lo hacías trabajando en lugar de transmitir la plegaria a través del arte. Pero tras la insistencia de Gillian en dejarse guiar por la congregación de la Artífice, Milo había encontrado un pasatiempo que hacer junto a su mujer mientras ella pintaba.

Suspiró con añoranza, recordando cuando rezaban juntos en la tarde.

Milo se dejó llevar por los pensamientos y ruegos que flotaban en su mente como hojas en un río, raspando hasta que la talla adquirió lentamente la forma de un pétalo ligeramente deformado. Una idea finalmente llegó. Talló más uno de los lados, reduciéndolo, hasta finalmente obtener una luna menguante, no especialmente redondeada. Pero era lo mejor que podía hacer.

«Sé que no es digno de tu mirada. Pero por favor, Artífice Cyanus. Si me estás mirando a través de esta talla. Sálvala», rogó, sosteniendo la irregular luna entre los dedos.

Milo limpió la talla antes de guardarla en la maleta con la gubia, ligeramente avergonzado de no haber podido siquiera darle la forma correcta. Con lentitud, se acercó a Gillian y tomó el carboncillo y el cuaderno de sus manos.

—Se acabó el rezo. Hora de dormir —susurró, levantándola de la silla y cargando con ella.

Por los Siete, era tan liviana...

Milo dejó a su mujer en la cama y la desvistió lentamente para ponerle el camisón. Después la tumbó en el colchón y retiró la silla comenzando a desvestirse también. Una vez en paños menores, Milo buscó rápido el refugio bajo las sabanas, pues aunque no hacía frío en la habitación, se sentía intranquilo con la escasez de ropa bajo un techo que no era suyo. Una tonta manía (¿de qué le protegería una simple sabana?), que Gillian siempre encontró enternecedora durante sus viajes.

Para cuando Milo miró nuevamente a su mujer, ella ya había cerrado los ojos. Como un infante, sabía que cuando la dejaba bajo las sabanas, era lo que debía hacer. Milo apagó la lámpara de aceite en la mesita. Un

último suspiro aquel día; un anhelo por el futuro.

«Por favor, que puedan ayudarla» rezó Milo inútilmente, sin una forma de hacer llegar su plegaria a cualquiera de los dioses. Y se dejó caer rendido, ante el cansancio de un viaje que le había devuelto las esperanzas.

La mañana siguiente resultó en la misma rutina que Milo seguía desde hacía un año: encargándose de lavar, vestir y alimentar a Gillian. Pasadas esas horas y con las indicaciones de Vivian, Milo salió con Gillian a las calles, evitando en su paseo la tierra húmeda que podría dificultar avanzar con la silla en busca de la iglesia.

Temprano como era, con el sol aun alzándose tiñendo el cielo azulado con un toque amarillento, Milo encontró en su camino solo a los trabajadores que se dirigían a los talleres. Hombres y mujeres caminaban de aquí para allá saludándose unos a otros. También les saludaban a ellos, e incluso hacían ligeras reverencias con la mirada al ver a Gillian, mostrando respeto por su estado. Su cordialidad seguía asombrando a Milo. Se sintió avergonzado por haber creído los rumores de la ciudad.

En su camino, apartada al norte del pueblo, una edificación atrajo la mirada de Milo, que se detuvo a contemplar. Una pequeña mansión de dos pisos al fondo de una ancha calle entre una agrupación de árboles, rodeada por un muro de piedra. A través de las rejas de acero de la entrada, podía ver un jardín bien cuidado. La enorme puerta al fondo, de madera oscura y los pilares a cada lado, junto la elegante fachada que resaltaba sus formas hasta los ventanales, indicaban el nivel adquisitivo del propietario.

« ¿Un noble viviendo en un lugar tan apartado?», se preguntó Milo, continuando la marcha, imaginando que se equivocaba. Debería ser el dueño del aserradero del pueblo. Era poco probable que alguno de los miembros de las Ocho casas tuviera interés en habitar Lighow. En el pueblo y los alrededores apenas había nada, y parecía que sus habitantes disfrutaban de esto; probablemente por eso el pueblo resultaba tan pacífico. Lejos de la política y del comercio, sólo la iglesia y sus gentes viviendo en armonía, todo era paz. Era un lugar agradable, que Milo lamentaba tener que visitar por el motivo erróneo.

Tras alcanzar el centro del pueblo, alzando la mirada, Milo divisó el edificio que buscaba: la iglesia de Lighow. Hecha de piedra y madera, sobre la colina, era una sombra recortada por el brillo del cielo. Cuatro altos pilares en cada esquina sobresalían de la estructura. Terminados en punta, los pilares se unían con arcos complejos y ornamentados por el tejado abovedado a la torre del campanario, situada en el centro del edificio, que sobresalía como una lanza amenazando al cielo. Las vidrieras repletas de motivos florales en honor a los Siete, relucían con colores vivos reflejando la luz del amanecer. La gran puerta frontal estaba abierta, sus alas

extendidas como los brazos de un padre ofreciendo un abrazo.

Milo respiró profundamente observando el edificio. Notó su cuerpo calentándose en la húmeda mañana; la calidez de volver a un lugar familiar, cómo al volver a casa tras un largo viaje.

Solo con acercarse a la puerta, Milo supo que aquella iglesia pertenecía en su mayor parte a la congregación de la Profesa. El olor a antiséptico era penetrante incluso sin haber puesto un pie dentro. Milo esperó fuera, al borde de la puerta. No quebrantaría las normas aunque se sintiera ansioso.

Pronto, una mujer pasó junto a la puerta. La monja, con el pelo recogido por una trenza en un moño, vistiendo una familiar túnica blanca de mangas ceñidas a los antebrazos que dejaba descubiertas sus muñecas vendadas de blanco, se acercó saludando con un gesto de su cabeza.

—Pasad, hijos. Kadupul y los Siete no dejan a nadie fuera de su hogar —los invitó.

Con su permiso, Milo avanzó pasando el umbral de la puerta, deteniéndose junto a la monja. Novicia, sin duda; su túnica sin apenas adornos revelaba su posición. Milo saludó, bajando el sombrero al pecho, una leve reverencia.

—Gracias por recibirnos, lúcida.

— ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó ella cortésmente, unos rápidos vistazos a Gillian de manera disimulada deduciendo la respuesta.

Milo sacó la carta que el sacerdote Orson le había dado, tendiéndosela a la hermana.

—Mi nombre es Milo. Milo Regin —dio su apellido, el común de todos los niños criados en un orfanato. Con solo escucharlo, la monja sonrió apacible, como si mirase a un conocido—. Mi mujer, Gillian, necesita de la Profesa y los suyos. El sacerdote Orson, de la iglesia de la Artífice en Signcient, me recomendó acudir al sacerdote Matthey. Esperaba, pudiera hacerle llegar esta misiva presentándole nuestro caso.

La monja tomó la carta con las dos manos, como si de una delicada reliquia se tratara. Asintió dedicándole una mirada tranquilizadora y señaló unos bancos junto a la entrada.

—Esperen aquí, por favor —dijo, acompañándolos hasta ellos, marchándose después con paso rápido pero medido para no hacer

demasiado ruido.

Milo observó a su alrededor, apretando el sombrero en su regazo para calmarse. El altar al fondo de la larga cámara, donde los devotos de la congregación mandarían sus plegarias y aconsejarían a los aldeanos, quedaba ensombrecido por la imagen de la Profesa.

La diosa Reginae, una de los Siete, esculpida en la pared de piedra tras el altar, era la imagen de una mujer hermosa de largos cabellos. Su cuerpo cubierto de vendas y sangre, las manos extendidas sosteniendo un herido, su rostro cubierto de lagrimas por el dolor de otros. Amor a la vida, odio a no poder eliminar el dolor y la muerte. Esa era su esencia.

A ambos lados del altar y la estatua había dos largos pasillos. Milo sabía que allí se concentraban las habitaciones donde se atendían a los enfermos. Incluso le parecía, que si cerraba los ojos, podía escuchar alguna tos ocasional. Frente a él, por donde se había marchado la hermana, había otro pasillo, que seguramente conducía a los aposentos de los devotos y los niños. Y probablemente en la puerta que había a su lado en la pared, con otro pasillo que se dividía en forma de L, estarían las cocinas, el comedor y las habitaciones de almacenaje para los ungüentos y medicamentos. Parecía que todas las iglesias de la Profesa estuvieran diseñadas con el mismo patrón. Al menos, esta era idéntica en distribución a la que un día fue su hogar.

Envuelto en recuerdos, Milo dejó que su mano cayera en las de Gillian, los delicados guantes de un tacto sedoso. La miró, mientras que lanzaba plegarias a la estatua al fondo de la cámara. Todo saldría bien, se decía.

Pasos. Lentos y cuidadosos. Los pasos de alguien que caminaba con interés pero trataba de no hacer demasiado ruido perturbando a los enfermos que descansaban. Milo alzó la mirada, y supo enseguida que el hombre que acompañaba a la monja, era el sacerdote Matthey. Llevaba el mismo habito que la monja, pero atado con un cíngulo dorado a su cintura. Las mangas que se aferraban a sus antebrazos estaban bordadas con hilo dorado. Y un rosario de plata que sostenía una flor de Reginae (similar a un ave de largo pico), hecha de plata con el pico de zafiro, se mecía en su cuello con cada paso.

Unas manos cubiertas de vendas blancas que impedían ver cualquier rastro de piel, se cruzaron en la cintura del sacerdote, que agachó la mirada para ver mejor a Milo. El sacerdote tenía vendas incluso rodeando su cuello. Cada una de ellas significaba una vida salvada. La visión de aquel hombre que debía llevar casi todo el cuerpo vendado, trajo esperanzas a Milo.

Torpemente, Milo se puso de pie, encontrándose con la mirada del hombre. Debía estar en sus treinta. Su rostro marcado por cicatrices y

quemaduras, unos ojos azules cansados pero alentadores, unas escasas canas en una cabellera recortada que dejaban claro el paso de años de trabajo. A pesar de ser más joven que otros sacerdotes que Milo había conocido, el hombre era la imagen perfecta de lo que siempre había imaginado que sería un sanador consumado.

—Lúcido, mi nombre es... —tartamudeó Milo. Aquel hombre exudaba tal gracia que las palabras se le atragantaban.

—Milo Regin... Encantado de conocerle. Yo soy el hermano Matthey —se presentó, disolviendo sus palabras con una voz suave, una mano calmada sobre el hombro de Milo. El sacerdote miró a Gillian, una mueca entristecida—. Y esta, debe ser Gillian. ¿Me equivoco, hermano mío?

¿Hermano? Milo se quedó paralizado. ¿Desde cuándo un sacerdote se rebajaba al nivel de los pueblerinos? Una novicia como la monja que le acompañaba, un monje del segundo grado... podían hacerlo. ¿Pero un sirviente directo de los obispos?

—Así es, lúcido —asintió Milo, sorprendido por la cordialidad del hombre.

—La carta del sacerdote Orson, me ha descrito con buen grado de detalle la desgracia acaecida sobre tu mujer —dijo, dando algunos pasos, una última mirada a Gillian antes de señalar con la palma hacia arriba el pasillo por el que había llegado—. Por favor, acompañadme a mí estudio, hablaremos más cómodamente allí.

Milo asintió, empujando la silla tras el sacerdote. Sólo al verlo caminar delante de él, la espalda recia y las manos calmadas tras esta, Milo se percató de que aquel hombre de honor de la iglesia acababa de salir a recibirles, en lugar de hacerles llamar.

Los tres se adentraron a una habitación con un camastro sencillo a un lado, una estantería llena de libros, y otra de tarros con ungüentos de indescriptibles olores. Al frente de las mismas, una mesa amplia con relieves tallados al frente y en los laterales, coronaba la habitación iluminada solo por un ventanuco del tamaño de una loseta.

—Toma asiento, hermano —señaló el sacerdote la silla frente a la mesa—. Me tomará tiempo examinarla.

En cuanto Milo lo hizo, el sacerdote Matthey se arrodilló frente a Gillian, mirándola, primero a los ojos, después sin fijar la mirada, como si viera a través de ella. El sacerdote habló con Milo, sin apartar la mirada de su mujer, los ojos entrecerrados. Se notaba por su decidida intervención sin demora, que atender a gente como Gillian era algo a lo que estaba

acostumbrado.

—Debe ser difícil... Estar junto a un ser querido, pero apartado de este de una forma horrible —dijo, alzando una mano para tocar a Gillian.

El sacerdote se detuvo, pidiéndole permiso a Milo con la mirada. No lo necesitaba. Milo asintió anonadado por tanto respeto. Su infancia le mostró que la amabilidad y la cordialidad dentro de la iglesia era algo que se perdía cuanto más se ascendía, al tener que soportar las pesadas cargas que suponía un puesto así. El sacerdote Matthey rompía esa creencia con cada gesto de respeto absoluto.

—Entiendo por qué el hermano Orson me recomendó. No puedo decirlo a simple vista..., pero parece similar —murmuró, absorto, acercando su mano a los ojos de Gillian.

Examinó sus pupilas y palpó su frente midiendo su temperatura. Chasqueó los dedos frente a ella en busca de alguna reacción. Sin obtener nada de vuelta, tomó una pluma estilográfica de la mesa y golpeó ligeramente la rodilla de Gillian, consiguiendo esta vez un ligero movimiento de su pie.

— ¿Tiene alguna otra reacción, hermano? —preguntó el sacerdote Matthey, absorto en su análisis —. ¿Puede moverse? ¿Hablar?

—No habla, lúcido. Ni siquiera mira. Pero se deja llevar, aunque ya no le quedan fuerzas. Solo se mueve por voluntad propia cuando le pongo un carboncillo entre las manos, pero creo que es más un reflejo de su vida mostrando su fe a la Artífice —explicó Milo, suspirando—. Está aquí, pero no de verdad. No sé si comprende a qué me refiero.

—Lo comprendo. Y parece que el hermano Orson no se equivocaba. Es posible que sea el mismo mal con el que me encontré hace ya unos años. El hecho de que pueda moverse, aunque sea solo un reflejo o se esté dejando guiar, me dice que no es una simple catatonía.

El sacerdote Matthey tomó una de las manos de Gillian, alzó una ceja al ver los guantes.

—Siempre los lleva, lúcido. Solía quejarse de sus manos heladas —explicó Milo.

— ¿Sus manos son normales? —Preguntó el sacerdote—. Quiero decir... ¿tiene alguna marca, sarpullido?

—Normales, lúcido.

El sacerdote Matthey asintió y, sin quitarle los guantes respetando a su paciente, examinó las manos de Gillian doblando sus dedos lentamente. Se movía y atendía a puntos específicos de los dedos, como si supiera que buscar en el torpe movimiento de vuelta a su posición natural. Los ojos claros del sacerdote mostraban seguridad, como si supiera exactamente que ocurría o a qué se enfrentaba.

—Hermano Regin, dígame... ¿Cómo comenzó?

—Oh, esto... —vaciló—. Milo. Milo está bien, lúcido.

Nunca le había gustado ser llamado como parte de un gran rebaño. Su nombre era lo único propio que tuvo una vez maduró y abandonó aquellos muros que fueron su hogar en busca de una nueva vida. Ahora era Milo, no otro Regin más.

—Hermano Milo, entonces —sonrió afable el sacerdote Matthey, volviendo a las manos de Gillian. Ocasionalmente alzaba la mirada sobre Gillian entornando los ojos, como si tratase de ver alguna reacción en su rostro—. ¿Sabe qué desencadenó esta catatonia? Un accidente, un trauma... ¿Tiene idea de qué pudo ser?

—Desgraciadamente, no lo sé. Fue de repente —explicó Milo, recordando con cierta angustia aquel día—. Pintaba una de sus plegarias hasta que aseguró encontrarse mal. Fue a la cama para descansar, y después de eso, esa misma noche cuando por fin parecía haber conseguido quedarse dormida, se despertó gritando, sudorosa. Tras eso, los siguientes días, Gillian comenzó a aislarse. No quería salir de casa; parecía tener miedo de algo. Apenas comía, ya no pintaba, y ni siquiera hablaba conmigo. Una noche, tras abrir los ojos, cayó de nuevo en la cama tal y como está ahora. Los otros devotos de la Profesa que la examinaron en Signcient, apuntaron a que fue una psicosis.

El sacerdote Matthey asintió para sí, continuando con su examen, centrado en los movimientos de las muñecas de Gillian.

—Ciertamente, es lo que parece, hermano Milo —le miró, un rostro sincero y sereno—. Una psicosis es lo pudo dejarla en este estado. Esta catatonia parece un mecanismo de defensa —Milo parpadeó perplejo. El sacerdote Matthey se irguió, acercándose a la mesa mientras se explicaba—. Es algo que hemos observado común entre los que sufren delirios psicóticos. Digamos... que su mente se ha cerrado para evitar más daño; como cuando uno se esconde al ser perseguido por un peligro. Pero si encontramos que provocó la psicosis, y lo solucionamos, podríamos ayudarla a salir.

»Voy a hacerle una pregunta un tanto... peculiar, hermano Milo. Puede que suene grosero de mi parte, así que discúlpeme, pero necesito saberlo. ¿Su

mujer... ha tomado alguna vez sustancias estimulantes?

Milo parpadeó, confuso.

—Se refiere a...

— ¿Narcóticos, opio, alucinógenos? Es bien sabido que en las grandes ciudades como Signcient, hay mercados de este tipo de productos.

El solo hecho de imaginar a Gillian como alguno de los indeseables que se tambaleaban en las cercanías del puerto de Signcient, casi hizo a Milo perder el aliento. ¿Alguien tan inocente como ella? ¿De verdad acababa el sacerdote Matthey de hacerle esa pregunta?

Milo trató de calmarse, tomando aire. El sacerdote Matthey preguntaba por su bien, no trataba de insinuar nada. O eso esperaba Milo.

— ¡Por los Siete, no! Gillian... Gillian apenas tolera el alcohol, lúcido. Ella nunca...

—Tranquilo, hermano Milo. Te creo —le puso una mano al hombro, una mirada comprensiva que se desvió hacia Gillian—. Tan sólo quería estar seguro. Uno no siempre puede fiarse de la piel.

— ¿La piel? —pestañeó Milo, confundido.

—La ingesta de esas sustancias que he citado, suele dejar marca a largo plazo. Cómo los mofletes colorados en un hombre ebrio. Aunque estas, suelen ser permanentes. —El sacerdote Matthey se inclinó de nuevo, poniéndose a la altura del rostro de Gillian, examinándolo con interés—. Su mujer carece de cualquiera de ellas, pero siempre es mejor preguntar. Estar seguro de qué males descartar es importante.

»Hablando de su piel... —continuó el sacerdote, una mano en la barbilla, las vendas de sus manos cubrían completamente sus dedos—. Su mujer tiene unas peculiares características. ¿Es algo familiar?

Milo vaciló, incomodo. Advirtiendo que el sacerdote señalaba el contraste de tonalidades en el cabello ojo y piel de su mujer.

—Sinceramente, no lo sé, lúcido.

— ¿No conoce a su familia? —inquirió el sacerdote, mirándole de reojo.

—No, lúcido. Gillian ya la había perdido cuando nos conocimos.

— ¿Y su apellido?

Milo contuvo el aliento. Por un segundo dudó sobre en responder, mirando de reojo a Gillian. Sabía que el tema de su familia era delicado para ella. Había perdido todo, demasiado joven para que no hiciera mella en su corazón. Quería evitar hablar de ello si era posible. Sobre todo, si Gillian aún podía escucharle aún en su estado.

— ¿Es importante para sanarla, lúcido?

—Podría ser algo que se encuentre en la sangre, hermano Milo. Es una de las teorías que tengo sobre este mal. Puede que alguien en su familia acudiera a la iglesia con estos mismos síntomas. De ser así, podría pedir los registros que mis hermanos hubieran hecho.

¿Teoría? Milo tragó saliva. Empezaba a percatarse de algo en la forma de hablar del sacerdote Matthey que hacía que su estómago se comprimiese.

—Lo desconozco, lúcido. —El sacerdote Matthey dejó caer un claro gesto de intriga—. Gillian perdió a sus padres siendo muy joven; demasiado joven. Apenas tendría cinco o seis años, según me contó. Fue adoptada por una amiga de su madre, que ha actuado como su tía desde entonces. Gillian sólo me dio el apellido de esta. Nunca ha querido hablar de lo que les ocurrió a sus padres.

—Eso hará difícil tratarla —suspiró el sacerdote Matthey, levantándose. Había decepción en su rostro.

Esa mirada decaída. Ese momento de vacilación de la persona que era su única esperanza, hasta ahora tan confiada, hizo temblar a Milo. Todo el bello del cuerpo se le erizó; puro miedo. Desesperado, Milo se levantó, las manos en la mesa.

— ¡¿No puede tratarla cómo hizo con los otros que padecieron esta misma catatonía?! —rogó.

El lúcido Matthey dejó escapar una exhalación pesada. Alzó la mirada mordiéndose los labios, sus ojos chispeando con frustración. Lentamente, el sacerdote se levantó la manga izquierda, revelando una única tira de venda negra que le daba una vuelta por encima del codo, rodeada de las otras vendas blancas.

Los ojos de Milo lagrimearon de pánico al ver aquella tira negra. La marca de la pérdida. Una vergüenza que los seguidores de la Profesa deben llevar consigo si fracasan.

—El hermano Orson me recomendó, porque soy el único en toda Nesvine que ha tratado una catatonía tan peculiar. Pero... tratar, hermano Milo, no

significa sanar. No logré salvar al pobre desdichado —reveló, el sacerdote Matthey con rabia en su voz.

Todo el peso del mundo pareció caer sobre el pecho de Milo. Boqueó, sin aire, aturdido. Por un momento el pánico casi se apoderó de él, pero la mano del sacerdote Matthey sobre la suya le devolvió a la realidad.

—Veo en tu rostro el miedo. Pero no debes temer, hermano Milo. A diferencia del hombre al que traté, Gillian es joven y fuerte. Además, tú has acudido a mí mucho más presto que su familia; eso nos da tiempo para salvarla —aseguró, con voz confiada, volviéndose hacia la estantería con los tarros y ungüentos. Tomó un frasco pequeño con un polvo platino en su interior—. Lo primero será ver si puedo hacerla reaccionar. El desdichado Evans, tuvo algunos momentos de lucidez mientras le trataba. Si Gillian sufre del mismo mal, esto debería ayudarla, a la larga.

Milo, aún abatido pero queriendo aferrarse a la esperanza que le daba el sacerdote Matthey, alzó la mirada observando como este dejaba caer sobre un fino papel apenas media cucharada del polvo. El sacerdote sacó una copa, la llenó de agua de una jarra en la mesita junto al camastro y echó los polvos, disolviéndolos con suaves movimientos.

— ¿Qué tipo de medicamento es, lúcido?

—Un estimulante... por decirlo así —contestó el sacerdote, acercando la copa a los labios de Gillian—. Este medicamento energiza el cuerpo y la mente. Es fuerte, suficiente como para poder sacarla parcialmente de ese estado. Al hermano Evans, le permitió hablar entrecortadamente. —El sacerdote Matthey trató de presionar la copa ligeramente contra los labios de Gillian. Esta no los abrió—. Por favor, hermana, es por tu bien.

—Disculpe, lúcido. A veces le lleva tiempo. ¿Puedo...?

Milo se levantó, pidiéndole permiso al sacerdote Matthey para tomar la copa. Este se la cedió con una mueca, asintiendo. Milo la acercó a los labios de su mujer, mirándola a los ojos; uno claro y el otro oscuro, viendo sin ver. Aunque ausente, Milo sabía que Gillian estaba ahí.

—Querida, bebe, por favor.

Los rosados labios de Gillian se separaron lentamente. Milo inclinó la copa suavemente y Gillian bebió. Le llevó unos minutos tomar el apenas sorbo de agua que había en la copa, y una vez terminó, se estremeció con un escalofrío. Milo se volvió, mirando al sacerdote Matthey con inquietud.

—Es una medicina muy amarga, es normal —le calmó el sacerdote, acercándose e inclinándose para examinar a Gillian—. El efecto debería llegar pronto. Esperemos que dé algún resultado, aunque al hermano

Evans le llevó unos días de tratamiento.

—Ese hombre, el señor Evans... ¿qué le ocurrió, lúcido? Quiero decir... ¿cómo fue que murió? —preguntó Milo, al notar la pesadez con la que el sacerdote arrastraba las letras al pronunciar el nombre. Milo temía escuchar la respuesta, pero le aterraba más el posible futuro de Gillian.

El sacerdote Matthey asintió sentándose en el camastro, la mirada hacia Gillian como si esperara algo.

—Clint Evans... Era el antiguo propietario del aserradero. Habrá visto su mansión de camino a la iglesia —respondió, sin volver la mirada—. El pobre condenado sufrió durante años este mal. Era un hombre alejado de la iglesia, como su mujer, lo que dificultó que esta buscara nuestra ayuda. No fue hasta sus peores momentos, maltratado por años malnutrido y postrado, que finalmente acudió a nosotros. Demasiado tarde, me temo —suspiró abruptamente el sacerdote, molesto—. Podría haber hecho algo por él con más tiempo...

»Ha hecho bien, hermano Milo... —dijo, mirándole a los ojos—. Al acudir a mí sin esperar más años, me ha dado tiempo. Créame, lo aprovecharé; y no abandonaré a su mujer hasta entender y eliminar lo que la atormenta.

La promesa del sacerdote trajo de nuevo esperanza a Milo. La iglesia jamás le había fallado; rezaba porque continuara así. El sacerdote Matthey se inclinó desde el camastro, mirando a Gillian a los ojos.

— ¿Hermana, puedes oírme? —preguntó, la voz sosegada—. Pestañea dos veces si así es.

Milo contuvo el aliento, observando los ojos de Gillian. Ningún movimiento. Su corazón se aceleró, amargado por la falta de respuesta. Compartió una mirada con el sacerdote Matthey, que simplemente negó con la cabeza, una expresión tranquila.

—No te rindas, hermano Milo. Esto no significa que hayamos errado. Como mencioné antes, al hermano Evans le tomó unos días. Su mujer lleva un año completamente encerrada en sí misma, necesitará más tiempo y medicamento para recuperar las fuerzas que le permitan expresar consciencia. —El sacerdote volvió a la mesa, tomó el frasco de polvo platino y se lo tendió a Milo—. Un cuarto de cucharilla con agua cada mañana. Esperemos, en unos días, su mujer responda. Mientras tanto, buscaré contactar con algunos hermanos míos en aldeas cercanas. Algunos de ellos poseen conocimientos de la mente humana que yo desconozco, y podrían aportar algo. Si en unos días, cuando obtenga sus respuestas, no consigo esclarecer nada y su mujer no mejora, yo mismo iré a verle para buscar otra solución. En el caso de que reaccionara a la

medicación, venga a verme.

Milo tomó el frasco, tragando saliva. Esperanza y miedo, dos emociones totalmente opuestas golpeándole. Había venido a por una solución, y se disponía a marcharse con la misma incertidumbre que llevaba soportando un año. ¿Se salvaría Gillian? Lo haría, tenía que aferrarse a la esperanza; eso era lo que Gillian le había enseñado. No podía dejarse llevar por sus temores. No quería volver a ser aquel joven que tras abandonar el orfanato, vivió por simple inercia durante años.

No quería volver a sentirse así de vacío.

—Gracias, lúcido —dijo guardando con cuidado el frasco en el bolsillo de su abrigo como si se tratase de un tesoro.

—Démelas junto con su mujer, una vez consigamos sanarla —negó el sacerdote, una mano alzada para detener el agradecimiento. Bajó la mano, la cabeza gacha, los ojos cerrados; una reverencia—. Que los Siete os bendigan, y Kadupul os sonría.

Milo agradeció la bendición agachando la cabeza mientras tomaba la silla de Gillian, guiándola hasta la puerta.

—Igualmente, lúcido.

La puerta del estudio se cerró tras él, y el chirrido de los goznes acompañó a Milo por el pasillo. La misma monja que les atendió en la entrada, se encargó de despedirse amablemente de ellos. Y tal y como había llegado, Milo bajó la colina. La sombra de la iglesia cubriéndole del sol de la mañana en lo alto del cielo.

El camino de vuelta fue tranquilo. La mayoría de los ciudadanos estaban demasiado ocupados trabajando como para prestarles atención, aunque algunos, nuevamente, saludaron con cortesía a su paso.

De regreso a la posada, y tras nada más poner un pie en el recibidor, Milo se encontró de bruces con Vivian. La posadera se detuvo, apartándose rápidamente para evitar chocarse con la silla de Gillian.

— ¡Discúlpeme, no estaba mirando!

—No hay problema —dijo Milo aceptando la disculpa, dispuesto a volver a la habitación.

—Señor Regin—lo llamó Vivian antes de que continuara—. Poco después de marcharse, llegó una carta para usted. La he dejado en su habitación.

— ¿Una carta?

¿Quién le escribía? Él no tenía a nadie excepto a Gillian. Y dudaba que la tía de Gillian se preocupara por ella lo más mínimo. Por lo que sabía, siempre la trató como si la considerase una molestia, manteniéndola a su lado por lo que supondría para su reputación abandonar a la niña que adoptó.

—Me la entregó el ama de llaves de la familia Evans. Dijo que era una invitación —contestó Vivian.

El apellido golpeó la memoria reciente de Milo, acelerándole el pulso. Anonadado e intrigado, Milo agradeció a Vivian el aviso y se dirigió a su habitación. Nada más abrir la puerta, mientras detenía la silla de Gillian junto a la cama, pudo ver el sobre blanco con un sello de cera roja sobre la mesita. Lo tomó, sacando la carta de dentro, sentándose en la cama junto a Gillian, quien seguía mirando al infinito sin mostrar respuesta alguna a la medicación.

Milo leyó en alto. Si Gillian podía comprender lo que sucedía a su alrededor, tendría que sentir tanta curiosidad como él.

Señor Regin, sé que esta misiva le habrá tomado totalmente por sorpresa. Mi nombre es Adelaide Evans, propietaria del aserradero de Lighow. Disculpe lo repentino e impersonal de este mensaje, pero debido a unos negocios, no he podido acudir a presentarme personalmente.

A mis oídos ha llegado su presencia, y los motivos de esta en Lighow. Un amigo de confianza me contó que mis trabajadores en el aserradero hablaban de una mujer afectada por una enfermedad que, aseguraban, la había dejado en un estado que les recordaba al de mi difunto marido.

Tras conocer que había acudido usted al pueblo en busca de ayuda de la iglesia. Y, suponiendo que como en mi caso hace años, aún carezca de un resultado satisfactorio, le tiendo esta invitación para que acuda a reunirse conmigo en mi mansión. Puedo compartir con usted la experiencia tratando con esta... enfermedad. Pues creo, tras años reviviendo los últimos días de mi marido, que sé de qué se trata exactamente.

Sí quiere conocer lo que realmente atormenta a su mujer y, con suerte, salvarla, espero que acuda a reunirse conmigo. En caso contrario, espero que no lamente, como yo, haber confiado en ese sacerdote vendado.

Atentamente: Adelaide Evans

Milo parpadeó, repasando las últimas palabras; eran una amenaza más que una advertencia. Las letras parecían haber sido escritas por alguien cuya mano temblaba. La forma de las mismas, las irregularidades y la cantidad de tinta en estas, revelaban que habían apretado la pluma. Esas palabras fueron escritas con más odio que tristeza.

¿Odio por el sacerdote Matthey? Lo parecía por la caligrafía en la última frase. Pero... ¿por qué odiar a un hombre tan caritativo? Milo no tardó en comprenderlo. Podía imaginar cómo una mujer alejada de la iglesia (cómo el mismo lúcido había señalado), empujada por el dolor y la pérdida de un ser querido, podía culpar a quien intentó salvarle. El dolor cegaba a las personas, volviéndolas cínicas y ariscas. Eso Milo lo sabía bien; el dolor, a veces venía de la mano de la soledad. ¿A cuántas personas odió él sin motivo cuando estuvo solo, fuera de los muros de la iglesia, en una ciudad donde no significaba nada para nadie?

Más de las que lo merecían, estaba seguro.

Milo contemplo a Gillian, preguntándose qué hacer. El ansia por saber que mal era el que la había dejado así, le hizo plantearse por un momento aceptar la oferta. Esa mujer había tratado con alguien como Gillian durante años. Algo, a la fuerza, debía saber. Pero las palabras escogidas para la carta le hacían desconfiar. Estaba claro que, aunque sutilmente, éstas buscaban hacerle dudar del padre Matthey. Si a eso le sumaba la falta de motivo de la señora Evans para ayudarles, Milo solo podía pensar que la invitación era algún intento de retorcida venganza contra el sacerdote al que culpaba de la muerte de su marido. Después de todo, si Milo se llevaba a Gillian y el lúcido no podía salvarla, el sacerdote Matthey debería cargar toda su vida con otra venda negra.

Fuera como fuese, Milo no apreciaba nada bueno repasando la carta con la mirada. La dejó a un lado, resoplando. Tomó el frasco de polvo platino de su abrigo y lo sostuvo frente a sus ojos. Confiaba en el padre Matthey, y su dedicación y esfuerzo por entender cómo había comenzado todo mostraban lo involucrado que estaba. Si tenía que creer en alguien, desde luego, sería en un seguidor de la Profesa.

—Conociéndote, habrías ido a saludarla personalmente, aunque solo fuese para declinar amablemente la oferta —sonrió Milo, acariciando la mano de Gillian—. Cuando estés mejor, podemos ir a agradecerle su interés. ¿Qué te parece?

Obviamente, no obtuvo respuesta.

Milo suspiró. El vacío en su estómago al pensar en qué hacer esa tarde, o el día de mañana, regresó. Una sensación familiar que vivió durante años

cuando su vida careció de sentido. La soledad volvía a pesar de estar junto a Gillian; y le aterraba. Era tal y cómo había dicho el sacerdote Matthey al conocer su caso. Era duro; muy duro, estar junto a alguien todo el día y aun así sentirse solo. Más aún, cuando esa persona, era la única que amaba en ese mundo.

Derrumbándose en la cama, Milo dejó pasar la tarde charlando con su mujer. Un monólogo sobre lo que harían cuando estuviese recuperada era la mejor opción para apartar sus deprimentes pensamientos, y la noche se basó en la misma rutina de siempre hasta la hora de dormir. A la mañana siguiente, como cada día, Milo alistó a Gillian, poniéndole uno de sus vestidos favoritos: una única pieza celeste con una doble falda blanca bajo la pieza principal. Era sencilla y llamativa, un vestido que llevaría una tarde para salir a pasear. Tras vestirla, llegó su hora del desayuno, aunque esta vez, fue diferente.

Milo mezcló el medicamento. Un cuarto de cucharilla exactamente, medido dos veces por miedo a pasarse o quedarse corto. El polvo se disolvió en el agua de la taza, se la acercó a Gillian a los labios. Esta vez no vaciló al beber. Quizás fue el intento de un desconocido de meterle algo en la boca lo que la hizo dudar el día anterior.

— ¿Gillian, estás ahí? —preguntó Milo, atento a los ojos de cada color, tras darle de beber todo.

Nada.

«Necesita tiempo. El sacerdote Matthey lo dijo», pensó Milo, suspirando. Sacó entonces de la maleta pequeña el cuaderno y el carboncillo de Gillian, y se lo puso entre las manos para que rezara, mientras él se sentaba al borde de la cama, frente a una mesita que Vivian le había dejado en la habitación para que él pudiera desayunar allí. Degustó un cálido guiso suave con algo de pan, un desayuno sencillo, que sin duda armonizaba con una mañana fría y lluviosa como era esa. El sonido del agua golpeando rítmicamente el cristal y el techo producía un sonido armónico y relajante, como el de las olas en Signcient. Al concentrarse en este, Milo podía permitirse dejar de pensar y dudar. La lluvia era, en parte, un medicamento para él, como el polvo platino para Gillian.

Tras desayunar y devolver los platos a Vivian, Milo regresó a la habitación dispuesto a rezar. Lo hacía demasiado últimamente. Con una vez al día, los lúcidos aseguraban que era más que suficiente; pero para él no lo era. No si era por Gillian.

Se acercó a la maleta, dispuesto a sacar la gubia y un trozo de madera, y entonces lo advirtió de reojo. Milo soltó sus herramientas y corrió junto a Gillian con los ojos humedecidos, el corazón desbocado. Gillian estaba en una postura diferente a la usual, la cabeza ladeada, cedida ante su peso.

Las manos caídas colgando a los laterales de la silla, su libreta tirada, su pecho agitado respirando con dificultad.

— ¡Gillian! —exclamó Milo, tomándola del rostro para comprobar su estado.

Sus ojos seguían en el infinito, no reaccionaba. Todo parecía igual, a excepción de estar completamente agotada y falta de aire. Se había movido; tenía que haberlo hecho. ¿El medicamento funcionaba?

— ¡Tengo que decírselo al lúcido Matthey! —exclamó Milo, emocionado. Se movió rápido, hasta que golpeó algo con su pie que le hizo detenerse. Bajó la mirada, a sus pies el cuaderno y el carboncillo de Gillian.

Milo se agachó para recogerlos, y entonces quedó mudo. La página abierta del cuaderno contenía un dibujo. Milo se giró, observando a su mujer, los guantes blancos en su mano tenían manchas del carboncillo que no había advertido en su premura. Milo examinó el dibujo, aturdido y emocionado. ¡Había hecho algo! ¡El medicamento funcionaba de verdad!

El dibujo era un conjunto de borrones con el carboncillo. Trazos suaves manchando el blanco de gris, y otros más oscuros y apretados formando líneas y formas negras. Era... Era la mansión Evans, entre la arboleda, tal y como la recordaba Milo. La forma no era precisa, pero el edificio era inconfundible. ¿Había retenido Gillian el paisaje durante su paseo el día anterior? Algo más del dibujo captó la atención de Milo. En el camino que llevaba a la mansión, había dos figuras. Una de ellas era alta y llevaba un abrigo y sombrero; la otra, una baja sentada en... ¿una silla de ruedas?

— ¿Nosotros? —se giró Milo, contemplando a su mujer. Gillian jadeaba con menor esfuerzo, su cabeza ya no caía completamente. Lentamente volvía a la posición estática de siempre.

Milo contempló el dibujo. Todos los trazos iban en la misma dirección: hacia la mansión del centro. Todo el dibujo le decía que mirara al edificio. Y, entonces, mientras Milo observaba los detalles, apreció algo en los bordes blancos de la hoja; había una sombra debajo. Milo pasó la página, los ojos abiertos de par en par al contemplar otro dibujo.

Era una persona, delineada con los mismos trazos suaves y abruptos que el anterior dibujo. Milo reconoció a la persona retratada; las vendas por todo su cuerpo dejaban pocas dudas sobre su identidad.

Observó anonadado el retrato del sacerdote Matthey, tan preciso y a la vez diferente al hombre que él había conocido. Sus rasgos, aunque hechos de forma abrupta, eran idénticos. No obstante, la expresión del sacerdote Matthey en el dibujo, era aterradora. Los ojos del retrato miraban hacia afuera con un ansia desbordante, mientras que su sonrisa, lejos de ser la

mueca afable del hombre que había conocido, era retorcida y siniestra.

Milo ladeó la mirada, buscando alguna explicación para aquel dibujo en el semblante de su mujer. Y entonces, solo cuando la escasa luz que entraba por la ventana tocó el papel, Milo pudo verlo. Sus ojos captaron inmediatamente el patrón rebelado con la luz. Su mano tembló, al apreciar que los trazos hechos con mayor presión (líneas negras considerablemente marcadas), reflejaban la luz formando unas rayas claras que resaltaban sobre el resto del dibujo. Los reflejos eran letras, que conformaban una frase escrita de arriba abajo.

«No confíes en él»

Milo parpadeó aturdido. Un escalofrío le recorrió la espalda, mientras que el corazón se le aceleraba al ver lo que era un claro mensaje para él de su mujer. Gillian estaba ahí, consciente, y acababa de comunicarse con él. Pero... ¿por qué ese mensaje?

No tenía sentido. ¿Por qué decirle que no confiara en alguien que les estaba ayudando? ¿Y por qué dibujarlo en vez de hablar? No lo comprendía. Tenía que haber algo más. Una explicación más clara.

Milo tomó el cuaderno acercándolo a la ventana, buscando más líneas. Pero nada más aparecía en el retrato del sacerdote. Milo retrocedió entonces al dibujo de la mansión y lo puso a contraluz. Más líneas de luz aparecieron, mostrándole una única palabra escrita en los trazos que le representaban a él y a su mujer.

«Ve»

— ¿Quieres... que vaya a ver a esa mujer? —preguntó Milo, esperando una respuesta. Si Gillian podía dibujar algo tan complejo, ¿por qué no podría hablar?

Pero tal y como se temía, no hubo respuesta. Gillian miraba al infinito, las manos colgando, su cabeza más enderezada. Estaba como siempre desde hacía un año; como si nada de aquello hubiese pasado.

Las dudas asolaron a Milo. Pero ya eran dos las personas que le habían tendido ese mensaje de desconfianza hacia el sacerdote; una de ellas, la que más amaba en el mundo. Sólo había una forma de obtener respuestas, y era hablando con la otra persona que le había «advertido» sobre el sacerdote Matthey. Milo observó la carta que había dejado el día anterior en la mesita, decidiéndose finalmente. Era su única oportunidad de entender algo de lo que estaba ocurriendo. Confiaría en Gillian.

Milo se volvió al fondo de la habitación y sacó de la maleta de Gillian un chal violeta y se lo echó sobre los hombros a su mujer. Tomó su abrigo y

su sombrero, la carta de la señora Evans guardada en uno de los bolsillos, el medicamento de Gillian en otro. Milo esperaba no tener que quedarse en la mansión a pasar la noche; pero algo en su interior, en el dibujo de Gillian de ellos caminando a la mansión y en el espeluznante retrato del lúcido Matthey, le decía que sus preguntas no serían tan sencillas de resolver. Pero, resultase como resultase, Milo había decidido algo, tras vislumbrar que Gillian había recuperado la consciencia para darle ese mensaje. No se rendiría hasta obtener respuestas. No ahora que veía esperanza para ella.

«Voy averiguar qué te está ocurriendo, Gillian. Lo juro.»

La resolución de Milo se fue convirtiendo en nerviosismo a medida que empujaba la silla por el sinuoso camino hacia la arboleda en la que parecía integrada la mansión. La letárgica llovizna oscurecía el camino, difuminando los detalles en la distancia, pero cuanto más se acercaba, más podía ver los defectos en una fachada y verjas que, desde lejos, parecían perfectas. Era un edificio antiguo, no muy bien conservado, aunque no era extraño teniendo en cuenta la simpleza del pueblo en el que estaban.

«Quizás los negocios no han ido tan bien desde que murió su marido», pensó Milo, acercándose a las verjas de la puerta en el muro exterior. La pintura negra desconchada caía con el simple roce de la llovizna, como las escamas de un pez al pasarle un cuchillo. Mirando de un lado para otro, Milo buscó a algún encargado de vigilar la puerta, pero no vio a nadie en aquel amplio patio de césped y rocas verdes por el musgo. ¿Nadie había para recibir las visitas?

Algo atrajo la atención de Milo. Un sonido que sobresalía por encima de las escasas gotas de agua repiqueteando en el paraguas que sostenía sobre Gillian. Un jadeo.

Un perro negro, de buen pelaje y que le llegaba a Milo por las rodillas, se acercó asomando el hocico. Se le quedó mirando, la lengua fuera. El animal ladró dos veces separando los ladridos de forma clara y audible. Milo retrocedió un poco, pero vaciló al verle la cola levantada y en movimiento; el animal era más juguetón que amenazador.

El perro levantó las orejas, se giró y ladró de nuevo, a una persona que salía de la casa. Una mujer con un vestido blanco y un delantal marrón que sostenía un paraguas. El perro fue a su encuentro, saltando a su alrededor. La mujer, sin prestarle demasiada atención al canino, se acercó a la puerta.

—El señor y la señora Regin, si no me equivoco —dijo con una voz ronca mirando a Gillian mientras habría la enorme verja provocando un agudo chirrido—. Por favor, pasen. La señora estará encantada de saber que ha

aceptado su invitación.

Milo frunció el ceño.

— ¿Cómo...?

—Yo misma entregué la carta a Vivian. Son ustedes la comidilla de Lighow. Incluso un invidente les reconocería escuchando el chirrido de la silla —señaló con la palma de la mano a Gillian. El perro a su lado comenzó a lamer su mano. La mujer jugueteó con este mientras les invitaba—. Pasen, por favor. El tiempo no acompaña para una charla en el exterior. Además, este amiguito podría sentirse ofendido si rechazan su invitación.

La mujer debía rondar los cincuenta. Las arrugas que desplomaban la piel bajo sus ojos y las canas en los laterales de su pelo recogido en un moño, resaltaban por encima de cualquier otra cosa en aquella tez pálida. No parecía una mujer aviesa, sino todo lo contrario. Había algo en su tono carente de rigidez, y su postura despreocupada jugueteando con el animal, que la hacían ver diferente al resto de sirvientas que alguna vez había conocido Milo. Más natural, como si no estuviese trabajando.

Milo aceptó la oferta, y la mujer los guio hasta la entrada de la casa. El perro, que debía estar entrenado, se detuvo bajo el porche a cubierto de la llovizna y se tumbó mirando de nuevo a la puerta. Dejando el paraguas a cargo del ama de llaves, Milo sacudió su abrigo y su sombrero antes de entregárselos, y echó un vistazo al recibidor. A ambos lados se extendían habitaciones amplias y de techo alto, repletas de muebles y mesas elaboradas. Las paredes, agujereadas por la cantidad de ventanas y ocultas por los grandes cuadros con pintorescos paisajes, mostraban apenas un poco de la oscura madera que las conformaban. El suelo estaba cubierto por varias alfombras de patrones coloridos, que incluso ascendían por la escalera lateral al fondo de la entrada, junto a una gran puerta de dos alas cerrada.

Era obvio que la familia Evans poseía cierta riqueza, aunque el tamaño de la mansión y la falta de cuidado exterior, dejaba claro la diferencia entre esta y una de las Ocho Casas. No era una familia noble, sólo gente adinerada. Para muchos de los humildes trabajadores en Signcient no había diferencia entre un rico y un noble, pero Milo sabía que la había.

Autoridad.

Un noble podía aplastarte con ella, un adinerado solo podría si le dejabas hacerlo. Aunque debería mostrar el respeto debido, Milo decidió que no se mordería la lengua si tenía que discutir con la señora Evans. Y más, si era

por el bien de su mujer.

Unos pasos por las escaleras resonaron por toda la entrada. El ama de llaves agachó ligeramente la cabeza nada más escucharlos.

—Señora, sus invitados han llegado.

Adelaide Evans, bajó lentamente las escaleras. Era una mujer alta, de piel clara y cabello oscuro recogido en una trenza. Vestía de manera sencilla pero elegante: una camisa blanca, recogida en la cintura por un ancho cinturón negro del mismo tono que la larga falda que ocultaba sus piernas. Sus ojos castaños chispearon con agudeza cuando se clavaron en Milo; la comisura de sus labios se extendió en una sonrisa satisfecha.

—Ah, Señor Regin... Me alegra ver que ha aceptado mi invitación —dijo la señora Evans, deteniéndose en el último escalón, una mano en la barandilla—. Espero, mi invitación no importunara alguno de sus planes aquí en Lighow. Sé que fue algo informal. Le ruego que me disculpe por ello; pero sabía que podría..., resultarle de interés el conocernos.

Una voz suave y un habla perfectamente controlada. Se notaba que esa mujer estaba acostumbrada a tratar con gente que esperaba de ella unos perfectos modales. Esto hizo que Milo se tensase: era difícil juzgar a alguien que hablaba de forma tan falsamente recatada.

—Gracias por la invitación —asintió Milo, las manos apretadas en los asideros de la silla para ocultar su nerviosismo—. Desde luego fue una sorpresa. Sobre todo..., el motivo de la misma.

La señora Evans hizo una mueca, miró a su ama de llaves y alzó un dedo.

—Evangeline, charlaré con mis invitados en el estudio. Llévanos algo de té —ordenó.

—Sí, señora.

El ama de llaves se retiró agachando la cabeza, desapareciendo por un pasillo en el ala oeste. En cuanto la doncella se retiró, la señora Evans pareció respirar con más libertad. Suspiró sonoramente, sus ojos cayeron a plomo hacia el suelo. La señora Evans habló de nuevo, pero esta vez con un tono de voz mucho más apagado.

—Señor Regin, intento mantener a mis criados alejados de este asunto. Es..., algo mucho más delicado y personal de lo que me gustaría —alzó la mirada, sus ojos en Milo—. Le ruego que no mencione nada delante de ellos. Lo que hoy discutiremos podría manchar el recuerdo que tienen de mi marido. Lo que le ocurrió y..., lo que vi mientras estaba enfermo, es

algo que debe quedar para mí.

El súbito cambio de talante de la mujer tomó por sorpresa a Milo. Asintió, aturdido, viendo no a una adinerada que fingía autoridad, sino a una mujer agotada y entristecida. Una mujer, que mostró en su rostro un gesto de lastima al mirar de reojo a Gillian.

—Sígame, por favor.

Caminaron pasando el ala este, hasta una gran puerta considerablemente más amplia que las demás. Entraron en una amplia sala con varias estanterías repletas de libros y archivos, dispuestas a cada lado. Al fondo, una enorme mesa con papeles y plumas junto a una lámpara de aceite apagada. La sala, tenía enormes ventanales a cada lado, por lo que incluso en un día cubierto como era ese, entraba suficiente luz como para iluminar el polvo en el aire que levitaba en los pasillos entre las estanterías.

La señora Evans extendió la mano mostrando unas sillas frente a la mesa. Apartó una, la madera rechinando al arrastrarla con la mano, dejándole espacio a Milo para que dejara a Gillian a su lado.

—Es impresionante —murmuró Milo, tomando asiento, mirando a su alrededor. El estudio era unas dos veces más grandes que el tímido despacho del lúcido Matthey.

—Gracias —asintió ausente la señora Evans, rozando con sus dedos el escritorio, sin tomar asiento—. Aunque si le soy sincera, estas paredes que en su día disfruté de tener, resultan opresivas desde que me hago cargo de ellas.

El tono apagado de la señora Evans creó un incómodo silencio que Milo no pudo romper. No se sentía cómodo con la idea de comenzar a interrogar a una mujer que, de repente, parecía tremendamente vulnerable. Pero tenía que hacerlo.

—Señora Evans, sobre la carta...

La mujer alzó una mano, callándole. Unos pasos se escucharon. La señora Evans se envaró de repente. Unos toques discretos en la puerta.

—Pasa, Evangeline.

El ama de llaves entró con un carrito en el que tenía una bandeja con una tetera y tres tazas. Se acercó, dejando la bandeja sobre la mesa y llenó tazas, retirándose con otro gesto cordial, recordando que se la llamara si la necesitaban. Dicho esto, se marchó cerrando la puerta del estudio. Los pasos se alejaron, dejando como único sonido el repetitivo picoteo de la

lluvia en la ventana.

—Evangeline siempre ha sido excesivamente atenta —expuso la señora Evans con una ligera sonrisa—. Probablemente ya había puesto a hacerse el té cuando escuchó a Raya ladrar. Tengo suerte de haberla encontrado en aquellos días... —Tomó una taza humeante, olió el té y dio un sorbo. Resopló satisfecha, su postura más relajada, su mirada volviendo a caer—. Ahora podemos hablar sin interrupciones, señor Regin.

La señora Evans le acercó una de las tazas humeantes. En principio, Milo no tuvo intención de beber, pero el aroma suave y fresco del vapor le hizo salivar. Bebió, reconociendo el sabor de un té de menta. «Parece que también son populares aquí en Lighow», pensó, apreciando el sabor familiar. Mientras bebía, la señora Evans rodeaba la mesa tomando asiento al otro lado, su mirada entristecida encontró a Gillian.

— ¿Cuánto hace que cayó enferma? —preguntó, dando inicio a la conversación.

—Un año.

—Se ve más frágil... —murmuró la mujer.

— ¿Qué su marido? —La señora Evans asintió, la mirada perdida. La confianza que denotaban las palabras en su carta no era visible en el semblante de aquella mujer. Milo comenzó a preocuparse de no poder obtener lo que había venido a buscar. Finalmente, preguntó—. Señora Evans, ¿realmente sabe lo que es esta enfermedad?

Los ojos de la mujer que tenía delante se alzaron, sopesándole. Espiró fuertemente por la nariz, agitando el vapor de la taza bajo sus labios, y habló enturbiando más el vaporoso hilo.

—No —dijo tajante. Alzó un dedo para retener la réplica de Milo—. Pero creo saberlo. Desgraciadamente, nunca pude confirmarlo.

— ¿Cree...? —parpadeó Milo, conteniendo el aliento, sus esperanzas transformándose en un arrebató. Dejo salir un resoplido, su mano golpeó la mesa. Estaba cansado de no tener respuestas —. ¡¿Para eso me ha hecho venir?! En su carta decía que me diría cual es la enfermedad de mi mujer. ¿Y ahora me dice que no está segura? — Milo se llevó una mano a la frente, templando sus nervios. Resopló, murmurando para sí—. No puedo confiar en el sacerdote Matthey, y ahora esto... ¿Qué más puedo hacer?

— ¿No puede confiar en él? —ladeó el rostro la señora Evans.

Milo alzó la mirada, frunciendo el ceño. No pretendía que escuchara sus murmullos, pero su respuesta captó su interés más que su descortesía.

—Se supone que no debería confiar en él, usted misma lo decía en su carta.

—Y aun así, no esperaba que me hiciera caso. He conocido a muchos otros Regin, y es bien sabido que son fieles a la iglesia que les crío... —expuso la señora Evans, sus ojos clavados en él, entornados—. Señor Regin, ¿por qué ha acudido a mí en lugar de ignorar mi mensaje? ¿Por qué darle ahora la espalda al sacerdote, si vino en su ayuda? Suena desesperado, como si no tuviese otra elección.

Milo contuvo el aliento, maldiciendo; su arrebató había expuesto su desesperación. Resignado, y queriendo confiar en lo que Gillian le había pedido, sacó de su abrigo el cuaderno de bocetos y se lo tendió a la señora Evans mostrándole los dibujos. Ella lo tomó, sus ojos recorriendo velozmente las líneas, casi sin sorpresa, como si esperase el cuaderno.

—Los hizo mi mujer. Parece que el medicamento del padre Matthey funciona.

La señora Evans asintió ausente, sus ojos miraron a Gillian un segundo antes de volver a Milo. Una mano en la barbilla, irguiéndose en la silla.

—Mi marido también reaccionó a sus medicamentos... ¿Le dio un polvo platino? —Milo asintió, sacando ligeramente el frasco de su bolsillo para que ella lo viera. La señora Evans suspiró al verlo, le dedicó a Gillian una mirada llena de aprensión—. También creí, ilusa de mí, que le estaba ayudando. Pero si de verdad cree que la medicina ayuda, que haya acudido a mí solo hace que me intrigue más. ¿Por qué? ¿Qué hay en estos dibujos que le hizo cambiar su postura respecto al sacerdote?

Milo frunció el ceño. Había algo en las palabras de la señora Evans; en su carencia de desconcierto, que intrigaba a Milo.

—Ponga los dibujos a contraluz —indicó Milo.

La señora Evans frunció el ceño, pero hizo lo que le decía, encendiendo la lámpara de aceite. Una llama anaranjada iluminó los bocetos, descubriendo en el reflejo de la luz sobre las marcas más oscuras los mensajes ocultos en los dibujos.

—No confío en usted, sino en mi mujer —expuso Milo.

La señora Evans pareció ponerse blanca por un momento. Sus ojos buscaron a Gillian, luego pasearon nerviosamente por toda la habitación,

antes de regresar a ella con clara fascinación.

—Dígame señor Regin, estos dibujos... ¿los hizo cuando estaban visitando al sacerdote?

—No, fue esta mañana, en la posada. Ni siquiera sé por qué los hizo en lugar de escribir las palabras.

—Porque sabe que podría sospechar si intenta comunicarse abiertamente.

— ¿Sospechar? —inquirió Milo, confundido—. ¿Quién?

—La..., «Cosa» que le está haciendo esto a su mujer —dijo con voz insegura la señora Evans. Al ver la reacción de absoluta incertidumbre de Milo, la mujer alzó una mano—. Sé que lo que digo carece de sentido para usted, pero permítame explicarme. Estoy segura que tras escuchar lo que tengo que decir, no dudará en compartir mis suposiciones sobre la enfermedad de su mujer. Y sobre la confianza que puede depositar en el sacerdote.

La señora Evans se levantó, abriendo uno de los cajones de la mesa. Rebuscando entre papeles sacó un pequeño cuaderno que le tendió a Milo

—En un principio, pensé que los desvaríos de mi marido cuando tomaba la medicina que el sacerdote Matthey le dio, eran palabras erráticas. Pero, al percatarme de que siempre eran las mismas, las anoté, tratando de encontrarles algún sentido. Conociendo como conocía a mi marido, supe que si insistía en repetírmelas, tenía que haber algo en ellas que no estaba comprendiendo.

Milo ojeó los escritos en las páginas. Las palabras estaban escritas en columnas, sin orden o sentido alguno; había registros de los días en que habían sido anotadas, así como las horas. Milo pasó las páginas tragando saliva, algunas de las palabras le incomodaban. Llegó finalmente a una hoja con frases completas, y los dedos de la señora Evans, finos como palos, se posaron en el papel señalando.

—Tras fallecer mi marido, me obsesioné con estas palabras. Revisé las anotaciones, los días, el orden... Hasta que finalmente pude encontrarles sentido —señaló las columnas de palabras—. Nunca articuló un párrafo con sentido, siempre parecía cambiar de un tema a otro, lanzando pequeñas frases al azar, así que decidí organizar las palabras en función de las horas en las que las decía. Resultó que, al unir las palabras dichas a la misma hora en distintos días, obtuve frases con sentido. Tal y como los dibujos de su mujer, estas palabras eran mensajes ocultos.

Milo siguió los dedos de la señora Evans, que se posaron sobre tres

párrafos. Los leyó con detenimiento.

Está aquí, conmigo. Me ata, devora y consume; no quiere que hable, que me mueva, que viva... Esta cosa no me dejará ir, Adelaide. Sabe que puedo Sentir, eso le fascina. La criatura me muestra la Verdad. Quiere que la Sienta; se alimenta de mi horror al conocerla. No me dejará escapar, soy su comida.

Milo contuvo el aliento mirando de reojo a Gillian, apreciando la similitud entre su estado y lo que describía el párrafo. ¿Qué le estaba pasando en realidad? Continuó leyendo, preocupado por lo que insinuaban aquellos párrafos.

No me des más. No más de ese polvo. Me da fuerzas, eso le gusta. Se alimenta de los que son como yo, de los que Sienten. No tendría que haberlo tomado jamás, por eso me encontré. Es una horrible sustancia, adictiva, dulce y horrible... No me des más, aunque lo pida. No me daría la suficiente fuerza para luchar. No más... Esa medicina no me salvará.

«No... ¡Pero si es lo único que ha funcionado!», maldijo Milo para sus adentros, temiendo por lo que pudiese haberle hecho a Gillian al darle aquel medicamento. En su memoria apareció el recuerdo del estado exhaustivo en el que la encontró tras ver los dibujos. ¿Qué era ese polvo? Milo buscó respuestas en la señora Evans, quien entornó los ojos como si leyera sus pensamientos, una mueca comprensiva entre sus mejillas.

—A mi marido nunca le ayudó a mejorar, realmente. Solo le daba fuerzas que desaparecían sin más. Fue tras meses dándole la medicina, que empecé a sospechar que el sacerdote no trataba de ayudarnos realmente.

— ¿Pero por qué el sacerdote continuó dándosela entonces? ¿Su marido reaccionaba, no? —replicó Milo, incapaz de comprender las acusaciones hacia el lúcido Matthey.

—Continúe leyendo, señor Regin. Comprenderá entonces mi aversión por el sacerdote. Y mi odio por lo que hizo a mi marido.

Milo bajó la mirada, vacilando por un momento. ¿De verdad estaba creyendo en los balbuceos de un moribundo? Sacudió la cabeza,

cerrándose a las dudas. No solo las descripciones coincidían con los episodios de Gillian; había confiado en ella para acudir a la mansión. No confiar en las palabras dichas por alguien con su mismo mal, sería hipócrita tras haber hecho caso a los dibujos de Gillian. Sin embargo... ¿podía creer de verdad que había una «cosa» hiriendo a su mujer; algo que no veía ni percibía?

Se obligó a leer, sabiendo que si seguía dilucidando, su inclinación a la iglesia podría hacerle replantearse escuchar a la señora Evans.

El sacerdote... Él sabe. Sabe que es esa Cosa. La percibió a mi lado. Le fascina... No me ayudará, sabe que no soy de los suyos. No soy un Purasangre. No... él quiere estudiarla. La medicina... con ella ata a esa Cosa aquí; a mí. Él no la tomará. No quiere que se fije en él. Dejará que me devore mientras mira saciando su curiosidad.

La ansiedad vapuleó el estómago de Milo. Las palabras, las descripciones... Por un momento, Milo visionó al sacerdote Matthey como él mismo imaginaba a los doctores de los manicomios. No podía ser cierto. Un fiel de la Profesa, un servidor de Kadupul... no podría obrar de esa forma.

—No cree que sea cierto —aventuró la señora Evans, sus ojos sobre él.

—No. Un hombre de la iglesia jamás...

— ¿Le preguntó por su familia? ¿Su apellido? —le interrumpió con un tono de repugna. Milo parpadeó, sin aliento. ¿Cómo lo sabía?—. Lo hizo... —asintió la mujer, leyendo su estupefacción—. Al igual que hizo con mi marido. Excusó sus indagaciones en que su mal podía ser algo familiar, o que estuviese en la sangre.

»Mentía. Quería saber si mi marido era uno de esos... Purasangre. Cuando confirmó su genealogía, perdió el interés por intentar otros tratamientos, y nunca varió la medicación. Le dejó morir, a costa de poder curiosear sobre esa «Cosa». —La señora Evans golpeó con la mano la mesa, sus párpados temblando, los ojos humedecidos—. Mi marido lo sabía. Trataba de decírmelo... Y yo no fui capaz de entenderle.

Milo no quería creer lo que oía. No podía ser cierto: simplemente iba en contra de todo lo que había creído. ¿En quién podía confiar si no en alguien de la iglesia, la cual le acogió cuando no valía nada para nadie? Milo ladeó la mirada, Gillian, a su lado, seguía inmóvil. Era la única que le quedaba. La única persona en quien realmente podía estar seguro de

poder confiar.

Tomó aire, sabiendo que se estaba dejando llevar por la situación. ¿Pero qué más podía hacer ahora que las dudas sobre su único posible salvador arraigaban en su interior?

— ¿De verdad cree que hay... «Algo» aquí, haciéndole daño a Gillian?

La señora Evans alzó una ceja, visiblemente sorprendida.

— ¿Me cree?

—Quiero hacerlo —«No me queda otra alternativa»—, pero sinceramente, me cuesta creer que haya nada aquí con nosotros.

—No debería, señor Regin —señaló la mujer, toqueteando el cuaderno de palabras con un dedo—. ¿Por qué si no los mensajes ocultos? Mi marido podría haberme hablado con más claridad, y su mujer haber escrito un mensaje para usted. Sin embargo, dejaron estos mensajes crípticos. ¿No lo ve? Ambos temían a algo que podía observarlos incluso cuando estaban a solas con nosotros. Algo, que nosotros no percibimos.

—Es una locura... —suspiró Milo agarrándose a su lado más racional.

—Podemos comprobarlo. —Milo frunció el ceño ante la seguridad de la afirmación. La mano de la señora Evans señaló discretamente a Gillian—. Su mujer está aquí, y tenemos la medicina que le da fuerzas. Podemos preguntarle. Si realmente ha estado escuchando, sabe en qué situación nos encontramos. Es la única que puede aclarar esto.

Milo vaciló, la mano temblándole al sacar el frasco de polvo platino de su abrigo nuevamente. Recordó el escrito que acababa de leer. Cerró el puño entorno al frasco. Esa medicina haría daño a Gillian. Negó con la cabeza.

La señora Evans suspiró, una mirada comprensiva. Llenó una taza de té hasta la mitad y la deslizó sobre la mesa con los dedos, dejándola frente a él. El líquido rojizo ya no humeaba, llevaban más tiempo hablando del que se había percatado.

—No cometa el mismo error que yo, señor Regin. Fue mi incapacidad para comprender lo que mi marido trataba de decirme, lo que me lo arrebató. Usted aún está a tiempo de comprender qué es lo que está pasando y ayudar a su mujer. Tomó meses hasta que mi marido cedió. Su mujer debería poder soportar una dosis más.

Milo observó a la señora Evans. Había cierto tono rogatorio en su invitación. Parecía como si ansiase tanto como él salvar a Gillian. O quizás, era solo la necesidad de descubrir que fue lo que acabó con su

marido realmente.

« ¿Estará bien, verdad? Ya la tomó antes.»

Vacilante, Milo suspiró y vertió apenas un poco de polvo en la taza. La tomó con una mano, acariciando con la otra la de su mujer, y se la acercó a los labios.

—Gillian... si no lo quieres, no tienes que tomarla —susurró sin pegar la taza a los labios enrojecidos de su mujer—. No quiero hacerte daño. Encontraré otra forma de ayudarte si no te ves capaz.

Milo dejó que la taza tocara los labios de Gillian. Para su sorpresa, mucho antes de lo que esperaba, esta comenzó a beber. Jamás había reaccionado tan rápido. Los sorbos fueron lentos y débiles como de costumbre; sin embargo, el intervalo entre estos fue menor. ¿Ansiaba comunicarse? Apenas pasó un minuto cuando Gillian había terminado de beber de la taza.

— ¿Necesita tinta? —le ofreció la señora Evans tendiéndole su cuaderno.

—No, siempre llevo un carboncillo para sus rezos —dijo Milo sacando uno, colocándoselo en la mano a Gillian junto con el cuaderno.

Su gesto provocó una mueca de ternura en la señora Evans. Milo se distanció de Gillian dejándole algo de espacio. La observó atentamente, ansioso. Y finalmente, por primera vez en un año, Milo pudo ver como la mano de su mujer se movía con cierta soltura.

Parpadeó, perplejo y angustiado. Siempre había disfrutado de ver a su mujer dibujar; pero esta vez era diferente. Sus elegantes movimientos y vividas expresiones de disfrute habían sido sustituidos por el temblor de su mano rayando el papel, y un semblante inexpresivo en un rostro que ni siquiera miraba el dibujo. Gillian rayaba, como poseída, sin ninguna expresión, palabra u otro movimiento. Su mano se movía desesperada, como si le faltase tiempo para dibujar.

Milo vaciló al ver sus erráticos trazos, casi espasmos. Por un momento estuvo a punto de detenerla, incomodo ante las convulsiones; pero se contuvo al ver la hoja. El dibujo tomaba forma, los garabatos erráticos formaban figuras; tres en concreto, en una sala alrededor de una mesa. Eran ellos. El dibujo estaba hecho desde una perspectiva tras la señora Evans, ella de espaldas, el mismo Milo un borrón junto a Gillian tras la mesa. Milo sintió un escalofrío cuando Gillian dejó la mano muerta, que cayó a peso, el carboncillo golpeó el suelo con un choque seco.

«No puede ser... Esto no puede ser real», se dijo Milo, los ojos llorosos,

temblando.

El dibujo, cuyas líneas resultaban opresivas, dejaba ver algo tras Gillian. Un borrón sin forma definida; en su centro un gran ojo y dos protuberancias que se retorcieron alejándose del borrón hacia el cuello de Gillian, cubriéndolo junto con su boca cómo si fueran una mordaza.

Milo tembló, parpadeando varias veces buscando el espacio tras Gillian. Allí, donde en el dibujo había un borrón que representaba a... «Algo», no había nada.

— ¿Señor Regin? —vaciló la señora Evans al ver su pasmo. Entrecerró los ojos, comprendiendo —. Déjeme verlo.

Moviendo lentamente la mano, temiendo que lo que estaba en el dibujo estuviera realmente allí con ellos y pudiese agarrarle, Milo tomó el cuaderno y lo colocó sobre la mesa. Su corazón dio un vuelco cuando la titilante luz de la lámpara de aceite acarició el dibujo. Letras en las líneas más marcadas formando una única palabra. Una, que convenció a Milo de que lo que estaba dibujado; esa «cosa», era real.

«Ayuda»

— ¡Gillian! —exclamó, turbado, tomando las manos de su mujer. Una mano cayó en su hombro, deteniéndole. La señora Evans le sostenía.

—Tranquilícese.

— ¿Tranquilizarme? Esa Cosa... ¡Gillian está...!

— ¡Podría hacerle daño si no se detiene!

Milo se detuvo en seco. La señora Evans tragó saliva, sus ojos temblaron pasando por el dibujo y la habitación, buscando al igual que Milo, a aquella Cosa que supuestamente estaba allí con ellos.

Tras unos segundos, la señora Evans negó con la cabeza y se sentó soltando el aire nerviosamente. Estaba pálida, el miedo se reflejaba en sus ojos, su aliento saliendo como vapor. De pronto, la habitación parecía terriblemente fría.

—Si su mujer sigue ocultando el mensaje, tiene que tener un motivo. No de señales de alarma; sería como correr delante de un perro que amenaza con atacar.

—Pero si hemos estado hablando de...

—No creo que esa Cosa nos entienda —conjeturó la señora Evans—. De hacerlo, es probable que ya nos hubiese hecho lo mismo que a su mujer.

Milo vaciló, mirando a su mujer.

— Pero si esa cosa no nos entiende... ¿Entonces por qué Gillian no habla?

—El dibujo —señaló la señora Evans, su dedo sobre las protuberancias que caían rodeando la boca de Gillian—. Esa Cosa no se lo permite.

¿Y por qué no escribía entonces? Milo titubeó, la mirada perdida en los borrones negros, y entonces lo comprendió. Los tres dibujos habían sido bastante claros, mucho más de lo que podían ser palabras sueltas en un papel. Sus intenciones al hacerlos, los sentimientos puestos en ellos, la forma en la que las líneas sugerían... eran en sí otro mensaje. «Ve a la mansión. Recela del sacerdote. Esta criatura me apresa.» Con los dibujos, Gillian había conseguido inducirle ideas que jamás habría tenido simplemente leyendo palabras que, conociéndose Milo, habría tomado como desvaríos producidos por el medicamento.

Milo volvió a mirar el dibujo. La horrible y deforme figura le producía escalofríos cada vez que la miraba.

—Por los Siete... ¿qué se supone que es esa cosa?

—Un parasito —musitó la señora Evans, mirando sus anotaciones y el dibujo de Gillian—. La forma en la que mi marido lo describió, da a entender que es un parasito. Se alimenta de la fuerza del huésped, y lo retiene vivo pero inmóvil, impidiéndole escapar o pedir ayuda.

—Oh, Kadupul... ¿cómo puede existir algo así en tu reino?

—Orar no será de ayuda, señor Regin. Tenemos que pensar.

— ¡¿Y qué se supone que vamos a hacer?! —exclamó Milo, desesperado. Apretó el puño. Gillian había hecho todo lo posible por pedirle auxilio y, sin embargo, no tenía la más remota idea de cómo ayudarla. Ni siquiera veía a esa Cosa que la estaba subyugando. Tampoco podía tocarla, de eso estaba seguro, o la habría notado cuando empujaba la silla. ¿Cómo iba a liberar a Gillian de algo que ni siquiera podía estar seguro de que fuera real? —. ¿Cómo voy a salvar a Gillian de algo así?

—Tiene que haber algún modo. Sólo hay que encontrarlo. —La voz de la señora Evans temblaba. Tomó de nuevo los apuntes de su marido, pasó las páginas, sus ojos leyendo nerviosos, alzando ocasionalmente la mirada hacia donde se suponía estaba esa Cosa—. No permitiré que lo repita de

nuevo. Tiene que pagar por lo que hizo...

Milo observó a la señora Evans mientras sostenía con aprensión la mano de Gillian. Los ojos de la mujer estaban llenos de terror, y sin embargo, su expresión era pura determinación. Ansiaba venganza. En ese instante de silencio, la expresión de la señora Evans cambió, los ojos abiertos de par en par.

Ojos que buscaron ansiosos a Milo.

—Puede... que haya una manera, señor Regin.

— ¿Cuál? —inquirió, esperanzado.

—Podríamos usar el medicamento. —Milo frunció el ceño. ¿Cuántas veces iban a usarlo sin mayor resultado? Estuvo a punto de replicar; pero la señora Evans le interrumpió intuyendo su respuesta—. No en su mujer. En nosotros.

— ¿Qué? ¿Qué sentido tiene...? —Milo detuvo su refuta, recordando las palabras que había leído hacía unos minutos.

—Veo que ya lo entiende. Las palabras de mi marido sugieren que esa Cosa, se siente atraída por los que toman ese medicamento. Al parecer mi marido lo tomó, antes incluso de que esto empezara. Eso fue el detonante, aunque desconozco el por qué lo hizo. Quizás el caso de su mujer sea el mismo.

— ¡Gillian no...! —Milo volvió a detenerse. Los erráticos desvaríos escritos del señor Evans cobraban cada vez más sentido—. El lúcido Matthey, sugirió lo mismo... Me preguntó si Gillian había tomado narcóticos.

—Ese hombre lo sabía, desde el principio —esputó la señora Evans—. Mi marido lo dijo: «Él no la tomará. No quiere que se fije en él» Esa es la solución, señor Regin. Si tomamos la medicina, es probable que podamos atraer la atención de esa Cosa; alejarla así de su mujer.

Milo vaciló, tragando saliva. Miró a su mujer, paralizada pero consciente de todo lo que estaba ocurriendo.

— ¿Y si nos hace lo mismo?

Su temor parecía también presente en la señora Evans, que bajó una mano temblorosa hasta uno de los cajones del escritorio. Milo palideció al ver el revolver que la señora Evans dejó sobre la mesa.

—Nos defenderemos, y haremos que pague por lo que le hizo a mi marido, y le está haciendo a su mujer. ¿Ha usado un arma antes, señor

Regin?

—No... ¿cómo podría yo?

La señora Evans tomó el revólver, señaló el martillo y tiró de él hacia atrás, después apuntó a un lado y apretó el gatillo. Milo se cubrió las orejas y cerró los ojos instintivamente, pero no hubo ningún estallido como esperaba. Abrió un ojo, vacilante.

—Tire del martillo, apunte y dispare —dijo la señora Evans, sacando seis balas que cargó en el arma antes de tendérsela—. Agárrela con las dos manos firmemente, señor Regin. Es muy potente, a mí se me escapó de las manos la primera vez que trate de usarla...

Milo extendió la mano, temblando. ¿Qué iba a hacer él con un arma?

«Pesa...», pensó mientras sopesaba el arma en su mano. Asustado de que se disparase, aunque el martillo estaba en su posición inicial, se aseguró de que el cañón mirase hacia el suelo. Y fue, al apartar la mirada del revólver, que advirtió que la señora Evans extendía una mano hacia él.

—El medicamento —solicitó. Milo se lo tendió, y la señora Evans lo vertió en las tazas antes de volver a llenarlas de té—. No sé qué ocurrirá, señor Regin. Pero le ruego que no vacile. No solo por su mujer, sino por nosotros.

Milo entornó los ojos, estudiando a la señora Evans, el revólver pesando en su mano.

— ¿Va a tomarlo también?

—Sí —asintió férreamente la señora Evans, alzando unos ojos encendidos por el odio—. Quiero ver a esa Cosa que me arrebató a mi marido con mis propios ojos. Y quiero verla morir.

Milo quedó abrumado por la declaración de aquella mujer. Tan vulnerable antes y tan decidida ahora. Era ese cúmulo de tristeza que había mostrado anteriormente, lo que ahora instigaba esa determinación. Milo ni siquiera trató de replicarle; podía ver en su expresión que sería inútil.

La señora Evans le puso la taza de té delante, Milo la agarró con nerviosismo. Ella agarró la suya llevándosela a los labios sin vacilar.

—Acabemos con esto, señor Regin —dijo, antes de beber de un trago.

Milo la imitó.

El té sabía igual que antes. El medicamento era insípido, simples gránulos en el líquido. Milo aguardó impaciente, el arma temblando en las manos mientras miraba sobre Gillian.

¿Vería allí a esa Cosa?

Esperó y esperó, tan nervioso que le parecía que salivaba, un regusto ácido en la boca.

— ¿Puede verlo? —la voz de la señora Evans atrajo la atención de Milo, que parpadeó incrédulo al ver que el aliento de esta salía de su boca con un tono grisáceo. La mujer dio un respingo, reaccionando a su aliento de color; su voz desprendió vaho azul —. ¡¿Qué es esto?!

La señora Evans retrocedió atemorizada, una mano en la mesa. De repente, se llevó una mano a la boca y escupió arrugando el rostro.

— ¡¿Qué está pasando?! —exclamó, su voz una vaharada de humo azul.

Milo parpadeó perplejo observando a la mujer, tan confundido como ella. Se acercó para ayudarla, una mano apoyada en la mesa. Un regusto amargo le entumeció la lengua, y al igual que la señora Evans, se vio obligado a escupir para tratar de aliviarlo. Sólo cuando apartó la mano de su boca y buscó a la señora Evans con la mirada, Milo se percató de que la piel de la mujer desprendía pequeñas escamas de luz que se perdían en el aire.

« ¿Estoy alucinando? —se preguntó, incapaz de comprender lo que ocurría—. Por los Siete... ¿qué hemos tomado?»

—Señor Regin, está brillando... —le señaló la señora Evans.

Milo se miró los brazos, arrugando el rostro. Él no veía nada, sin embargo, si lo veía en la señora Evans. De ella salían esas pequeñas motas brillantes enanas, como un copo de nieve que se derretía ascendiendo en el aire. Al contemplar aquellas pequeñas motas, a Milo le pareció escuchar un siseo. El sonido venía de las partículas.

— ¿Una canción? —tartamudeó la señora Evans, la vista fija en la ventana, liberando vaho azul por su boca.

Milo miró en la misma dirección, viendo a través de la ventana la luna entre los árboles que rodeaban el edificio. Una dulce y acaramelada voz tarareando resonó en sus oídos. ¿Qué estaba pasando? De repente veía, oía, saboreaba e incluso podría asegurar que olía cosas que antes no podía. Retrocedió, atemorizado, pasando junto a la señora Evans, el olor de su perfume llegó a su nariz. Con el olor, Milo notó como si algo áspero

tocase su piel.

¿Había perdido definitivamente el juicio?

Un abrupto movimiento a su lado. La señora Evans retrocedió golpeando la mesa. El juego de té cayó, el estrepito de la porcelana quebrándose al golpear el suelo resonó por la sala. Milo sintió como si algo arañase su piel al escuchar el sonido.

— ¡Señor Regin! —Milo siguió el dedo de la mujer, que señalaba temblando a Gillian.

Allí, sobre Gillian, donde debería estar la criatura, seguía sin haber nada. Sin embargo, Milo escuchó algo. Un chirrido, como si alguien arañase algo. El sonido, proveniente de ninguna parte entrando de lleno en sus oídos, le provocó un escalofrío que le paralizó por completo. Retrocedió, atemorizado, bajando la mirada.

El sonido desapareció de repente. Milo tembló, horripilado abriendo los ojos de par en par.

— ¿Lo oye? —preguntó la señora Evans.

Milo no respondió. Tenía miedo de hacerlo

— ¡¿Señor Regin, lo oye?!

—Lo veo... —respondió finalmente él, señalando el pequeño charco de té al pie de la mesa.

La señora Evans lanzó un grito ahogado cuando atisbó lo que él estaba viendo. En el reflejo carmesí del charco, apenas visible por la escasa luz, se podía percibir algo sobre Gillian. Una figura etérea y cambiante, como la llama de una hoguera totalmente negra. El enorme ojo en su centro, fijo al frente, se estremeció, la pupila doble del ojo se expandió cuando aquella Cosa les devolvió la mirada en el reflejo.

Milo palideció al sentir como ese ojo se clavaba en él. De repente, la Cosa desapareció del reflejo en el charco.

La señora Evans gritó. Un agudo aullido salió de su boca, acompañado de hilos de un tono zafirino que revotaron por las paredes. Los ojos abiertos de par en par. La señora Evans se retorció de puntillas, su cuerpo alzado como si algo la sujetara del cuello. Los dedos de sus manos, sus muñecas y tobillos, crujieron cuando se arquearon en ángulos imposibles. No gritó de dolor, a pesar de que su expresión y la amplitud de su boca abierta expresaban un grito. Parecía como si algo devorase el chillido que debía

estar liberando.

Finalmente, los ojos en blanco vueltos hacia sus parpados. La señora Evans cayó al suelo como si aquello que la retuviese la hubiese soltado.

Milo alzó el arma temblando en sus manos, la punta del cañón vibraba de manera incontrolable. Estaba ahí... No podía verla, pero estaba ahí. La Cosa que había hecho aquello a Gillian acababa de atacar a la señora Evans. Y ahora, iba a por él.

—No... Kadupul, ayúdame. Sácame de esta pesadilla —retrocedió Milo sin saber a dónde apuntar. Tiró del martillo del revólver y trató de apretar el gatillo presa del pánico, pero algo se lo impidió.

La respiración de Milo se aceleró y su piel se erizó por completo. Advirtió, repleto de terror, que su cuerpo no le respondía. Algo le alzó por el aire, como si fuese un trozo de papel, y le arrugó. Sus muñecas, pies y dedos, comenzaron a arder. Milo gritó, pero su voz no salió. Sus extremidades se retorcieron, y Milo oyó sus articulaciones crujir; el dolor de decenas de huesos rotos le cegó.

De repente, entre el abrumador terror y el dolor, algo más apareció en la mente de Milo nublando todo lo demás. La visión de una criatura de un solo ojo que le atenazaba con garras imposibles. Una habitación repleta de agua, bruma y moho blanco. La criatura miraba a Milo con aquel ojo de dos pupilas carente de emociones, un iris rojo y oscuro como la sangre.

La criatura le susurró, directamente a su cabeza, una voz rota con eco propio. Un idioma que no comprendía, una Verdad que jamás asimilaría. El conocimiento entró en la mente de Milo; le golpeó opacando todo lo demás. La Verdad se introdujo en él como un veneno por el cuerpo.

Milo no pudo soportarlo, se sintió desfallecer con un golpe. Había caído al suelo, o eso creía. Respiró sin fuerzas, su mente enturbiada. Miedo, horror, desesperación... La realidad desaparecía a su alrededor a medida que perdía las fuerzas. Todo se volvía negro, confuso... Ya no comprendía nada. Todo era caos. Su mente... su consciencia... todo se perdía.

Lo último que le pareció ver a Milo, mientras sucumbía a la Verdad del mundo que creía conocer y que consumía su cordura, temblando en el frío suelo de aquel estudio, roto de dolor y locura... fue ver a Gillian arrastrarse hacia él.

«No... Cariño, no... No quería esto», lloró Gillian, arrastrándose. Salpicó el agua negra que cubría el suelo del estudio con cada torpe movimiento. El líquido mojaba, pero carecía de temperatura. Podía respirar incluso con medio rostro sumergido en el líquido.

Trató de arrastrarse, desesperada, hacia su marido. Estaba tendido en el suelo, su cuerpo medio sumergido en aquellos palmos de agua oscura, los ojos en blanco, sus muñecas y tobillos retorcidos. La criatura que la había aprisionado durante un año descansaba sobre él, absorbiendo su fuerza y su cordura. La criatura era un borrón negro, fluctuante como una llama, con garras largas emergían de su cuerpo. Su único ojo rojo de dos pupilas en su centro estaba clavado en Milo.

Gillian luchó por mover su débil cuerpo. La brumosa habitación repleta de moho blanco con aquel charco de agua negra, que solo se enturbiaba con sus torpes movimientos, parecía enorme. No llegaría. Lo mataría antes.

— ¡Suéltale! ¡Me tienes a mí! ¡Puedo verte! —gritó, tratando de llamar la atención de la criatura. Su voz viajó por toda la habitación, hilos de luz violeta de desesperación.

El ojo de la criatura se fijó nuevamente en ella. Un ojo que la había estado observando todo un año. Gillian sollozó, sacando como pudo su voz. Prefería volver a ser su comida antes que perder a Milo.

— ¡Te veo! ¡Ven, aliméntate!

La criatura liberó de sus garras las extremidades de Milo. Parpadeó, y se acercó lentamente, flotando como una nube que se permitía ignorar la ausencia de brisa que la dirigiera.

Gillian tembló de miedo al sentir el poder de aquella criatura. Pero respiró calmándose, aceptando su destino. Era mejor que perder a Milo... Si no lo había perdido ya.

Un portazo. Pasos raudos chapoteando. Una figura apareció en la vista periférica de Gillian a toda velocidad. Un destello dorado que se encontró con la criatura; el choque la arrastró. Una persona cayó sobre aquel monstruo, un líquido platino salpicando por todas partes, como de una fuente.

Gillian parpadeó incrédula al escuchar el bramido gutural que lanzó la criatura antes de que su enorme ojo perdiera su brillo. Las garras cayeron salpicando aquel líquido negro que cubría el suelo. La criatura murió en un suspiro, presa de una espada de hoja aurea que atravesaba su ojo, del cual borboteaba aquel líquido platino.

— ¿Quién...? —Gillian perdió el habla al ver la figura alzarse, liberando la espada de un tirón. El líquido platino salpicó en el rostro de Gillian. Estaba caliente. ¿Sangre?

Gillian ignoró cualquier aprensión por aquel viscoso líquido en su rostro. La figura, era una persona que había visto antes... Ataviada con ropas blancas manchadas de sangre platina, sus manos y cuello ocultos tras vendas blancas, un colgante de plata con forma de ave meciéndose en su cuello.

El sacerdote Matthey se irguió observando con desilusión el cuerpo de la criatura. Miró a su alrededor, y negó con la cabeza liberando un suspiro.

— ¿Lo ha matado? —preguntó una voz de mujer desde la puerta del estudio.

Gillian ladeó la cabeza, muda. La mujer que hablaba era la misma que les había recibido a ella y a Milo en la mansión. El ama de llaves entró seguida del perro, la piel de la mujer desprendía motas brillantes que se desvanecían en el aire.

—Podemos dar con otro, sobran Menores en el mundo. Ella, sin embargo, es única —dijo el sacerdote Matthey, señalando a Gillian con la punta de la espada dorada, la hoja creaba risas descaradas en los oídos de Gillian al contemplarla. La voz del sacerdote emergía acompañada de hilos vaporosos de un tono cian.

El sacerdote tomó la silla a su lado, la dejó entre Gillian y Milo con un golpe seco que salpicó agua negra, y se sentó. Solo cuando lo hizo, Gillian advirtió que la piel del hombre desprendía motas brillantes de luz. No se equivocó al juzgarle. Él, el ama de llaves... eran como ella.

— ¿Puedes explicarme que ha pasado? —preguntó el sacerdote al ama de llaves, que se acercó a él. El perro, Raya, corrió a lamer las manos del hombre—. ¿Cómo un Regin a creído antes a una perturbada como Adelaide antes que a un siervo de dios?

—Por lo poco que pude escuchar tras la puerta, creo que tiene que ver con esos cuadernos —señaló el ama de llaves, una mano en el respaldo de la silla, calmada junto al hombre armado—. Hablaban de mensajes ocultos.

El sacerdote Matthey advirtió los cuadernos sobre el escritorio, los tomó y examinó. Una mueca divertida asomó en su rostro, sus ojos buscaron a Gillian. Ella se envaró, atravesada por aquella mirada. Estaba perdida. La habían encontrado.

—Muy inteligente, querida. Luego... estabas consciente cuando te examiné. ¿Fue tu madre la que te dijo que no debías fiarte de los que son

como yo?

Gillian parpadeó, aturdida. Lo sabía. El sacerdote sabía quién era; se había acabado. Miró a Milo, apenas medio metro más adelante; inmóvil, su pecho moviéndose débilmente con cada respiración.

Vivía. Gillian se arrastró hacia él.

—No lo entiendo, ¿qué tiene de especial? —preguntó el ama de llaves, ignorándola—. ¿De verdad valía la pena matar a la criatura que lleva años investigando?

El lúcido Matthey rio.

— ¡Oh, sí que ha merecido la pena! —afirmó—. Verás, hermana. Esta mujer de aquí es Gillian Earh, hija bastarda de una de las muchas ramas secundarias de la familia Earh. Arrebatada de su padre por su madre, al descubrir esta la Verdad. Es una purasangre... Lo supe en cuanto la vi, esos ojos y ese pelo son inconfundibles; no hay muchas familias en Ountraz que tengan un rasgo hereditario tan característico.

Gillian ignoró la descripción de su pasado, de las cosas que su madre le había hecho ocultar, arrastrándose hacia Milo.

— ¿Y qué la hace tan especial? No son pocos los bastardos de las Ocho casas.

El sacerdote sonrió, complacido por la pregunta.

—Esto.

La hoja de la espada dorada se detuvo frente a Gillian, que se quedó inmóvil viendo el brillante filo; tan cerca que podría cortarse la mejilla si respiraba aceleradamente. Su reacción, atrajo la atención del ama de llaves.

—Acaso... ¿va armado, lúcido? —El sacerdote asintió. La respuesta hizo palidecer de asombro al ama de llaves—. ¡¿Ella puede Ver sin asimilar?!

—Impresionante... ¿no lo cree así, hermana? Apenas uno de cada mil purasangres puede Ver de manera innata. Su familia estará agradecida de que se la devolvamos —rio el lúcido Matthey levantando la espada. Los hilos de bruma amarilla que eran su voz rebotaron por toda la habitación—. Probablemente me gane ese ascenso a obispo que la iglesia tanto ha postergado.

—Entonces... todos estos años sirviendo a esa obsesa mujer, han valido la

pena —asintió con voz relajada el ama de llaves.

—Por supuesto. Así como la idea de esparcir el rumor, de que yo era el único que podía tratar este mal, para atraer a los cautivos por el parásito. Agradezco enormemente su cooperación, hermana Evangeline. Se lo compensaré con creces, se lo aseguro; la iglesia estará más que dispuesta a aceptarla, incluso aunque sea una Espuria.

Gillian continuó arrastrándose. La habían encontrado: aquellos que su madre le advirtió que siempre la buscarían. Su destino estaba ya decidido. Ya nada importaba, sólo Milo.

Llegó hasta él. Se forzó a incorporarse, arrodillándose, y abrazó a su marido. Respiraba agitadamente, las extremidades rotas, los ojos perdidos en la nada. Gillian no pudo contener las lágrimas viéndole en ese estado. ¿Por qué había tenido que acabar así? No tendría que haberle pedido ayuda. No tendría que haber deseado escapar... Era un monstruo, se merecía aquel destino.

Un suspiro alargado. El sonido del agua salpicando llegó a oídos de Gillian cuando el sacerdote se levantó acercándose a ella. Gillian lo ignoró centrándose en Milo, acariciando su rostro con una mano enguantada.

—Milo... por favor, vuelve en ti —rogó, llorando.

—Una lástima —se inclinó el sacerdote buscando sus ojos, las manos sobre las rodillas dobladas, ya no tenía su espada. Su voz era de un naranja malévolo—. ¿Sabe, señorita Earh? Si hubiera hecho caso omiso a las advertencias de su madre..., su marido estaría ahora sano y salvo. Después de todo, tras confirmar quien era usted, tenía la firme intención de librarme del parásito. Aunque sinceramente no me sorprende esta resolución... Su marido ha acabado como todos los curiosos como él. Al fin y al cabo, era humano. Y un humano, no debería Sentir.

Gillian perdió el aliento al escuchar aquello. ¿Podría haberse salvado con Milo si no hubiera tratado de comunicarse con él? La angustia la ahogó por completo. Gillian dejó escapar su dolor en un grito ahogado, enterrando el rostro en el de su marido, presa de la tristeza.

¿Por qué tenía que acabar así? ¿Por qué tenía que perder todo lo que le importaba en su vida? Gillian lloró desconsolada, ignorando los pasos del hombre que se alejaba. La voz del sacerdote resonó por toda la sala, su amarillo aliento enturbiando la bruma.

—Hermana Evangeline, asegúrese de que la caída a la locura de la señora Evans parezca un incidente. Yo prepararé el viaje de vuelta a Signcient

para la señorita Earh.

— ¿Y el hombre? —preguntó el ama de llaves.

Gillian alzó la mirada, agitada. Se aferró a Milo mientras buscaba rogatoria los ojos del sacerdote, quien se giró con una expresión triunfal. Al cruzar su mirada con la de ella, el sacerdote resopló, resignado.

—Vendrá con nosotros. Será más fácil hacerla cooperar.

El sacerdote salió de la sala acompañado del perro. Gillian respiró entrecortadamente, asimilando su destino. Un destino que ya no importaba. No había un futuro sin Milo.

Gillian lloró, rogando una vez más a su marido que recuperase la consciencia. Susurros ahogados por sollozos rogándole que despertara.

Pero no lo hizo.

1 semana más tarde

Gillian acarició las mejillas de Milo con su mano, por primera vez en años sin los guantes que usaba para anular los sabores que distinguía a través del tacto. El roce con la piel de Milo siempre había sido dulce como un melocotón. Era su sabor favorito.

El traqueteo del carro le ayudaba a mecerlo mientras tarareaba para él una nana; la misma que siempre escuchaba cuando la luna llena, como era la de aquella noche. La cabeza de Milo en su regazo era liviana. Había perdido peso; aún era difícil alimentarle. Al contrario que ella durante aquel largo año, Milo no estaba consciente. Gillian lo sabía: Milo no estaba retenido por nada, sino que estaba perdido en sí mismo, su mente enturbiada tratando de asimilar la Verdad que ella veía desde su nacimiento.

La voz del lúcido Matthey se colaba por la ventana, alardeando desde el asiento del conductor. Celebraba con Evangeline su nuevo futuro. Gillian los ignoró (tendría que acostumbrarse), y siguió cantando para Milo, aunque este no pudiera escucharle. No se rendiría con él. Al igual que él no lo hizo con ella. Si tenía que volver con su familia y aceptar su maldito linaje, exigiría que la ayudaran a curarle. Dedicaría su vida a ello si era preciso...

Un día, tal y como él había logrado, Gillian traería de vuelta de la locura a quien más amaba. Esa, fue la promesa que se hizo así misma.

Capítulo 4

El incidente de Hopearh

Los cascos en la calzada, las ruedas de los carros, las voces a su alrededor, el repiqueteo de las gotas en su paraguas... La canción habitual en Singcient una tarde como aquella. Valery, recorrió la calle Nortpouse a contracorriente, cruzándose con trabajadores de camino a sus hogares, como una piedra atrapada en medio de un río que fluía sin parar.

Le era imposible no sentirse nerviosa entre el bullicio, no creerse un estorbo en medio del camino al circular por la ciudad. En Apart, su hogar, era imposible que una calle se llenase de gente, mucho menos ver a todos caminar en una sola dirección, sin saludar, ni mirarse. Pero así era la ciudad, llena de vida y soledad.

Tendría que acostumbrarse.

Valery se echó a un lado, caminando al borde de la acera, mojándose los zapatos y parte de la falda. No le importaba, apenas había barro en las calzadas. Dobló la esquina al final de la calle, siendo devorada por la sombra del enorme edificio donde trabajaba. Cinco plantas de blanco con ventanas minúsculas, tan ancho como una manzana completa. La residencia Hopearh. O, como muchos otros lo llamaban, el manicomio de Singcient.

Internándose en la recepción, una voz familiar atrajo su atención.

—Buenas tardes, señorita Hans —saludó el guarda de seguridad, bajando el gorro al pecho.

— ¡Buenas tardes, Kalen!

Valery se detuvo en seco, la cabeza al techo mordiéndose la lengua al advertir su descortesía. ¡Maldita costumbre! En Apart, sobraban las formalidades. Rápidamente se disculpó con un gesto, pero en lugar encontrar en el rostro del guarda un gesto de sorpresa o desagrado, Valery vio una encantadora sonrisa.

Irvin Kalen era joven, casi tanto como ella; otro primerizo en aquel lugar. Quizás por eso se sentía cómoda en su presencia. Tanto, que se permitía soltar un poco la lengua, e incluso ser algo descarada. Valery, sonrió alzando ligeramente su falda hasta el muslo mientras escurría los volantes, lo que provocó que Kalen apartase la mirada, aunque con obvios

deseos de no hacerlo.

Con un carraspeo, Valery atrajo aquellos ojos claros sobre sí, midiendo esta vez su lengua.

— ¿Le corresponde turno de noche, señor Kalen?

—Así es —asintió él, ajustándose el gorro—. Albert padece de fiebre. El pobre no consigue quitarse ese resfriado de encima por muchos medicamentos que le haga tomar el doctor.

—A su edad ningún mal es poca cosa... Espero que se recupere pronto. Y dígame, ¿ha salido ya la señora Linne?

El joven Kalen pestañeó, abriendo los ojos como si acabase de recordar algo.

—No. De hecho, me pidió que le comunicase su necesidad de verla.

— ¿Otro incidente con los pequeños?

—Eso creo, pero no estoy seguro.

—Iré enseguida —asintió Valery, dedicándole una sonrisa—. Que pase buena noche, señor Kalen.

—Igualmente, señorita Hans.

De camino al aseo, Valery saludó a cada enfermera y doctor que se cruzaba con ella en su cambio de turno, quienes lucían vendas blancas con orgullo, ocultando las negras con disimulo. La gran mayoría de los trabajadores de Hopearth, eran devotos de la congregación de la Procesa. Solo unos pocos voluntarios, como ella, eran ajenos a la orden. Las relaciones de su padre con la Casa Earth, le habían brindado a Valery la oportunidad de trabajar allí, pero aún pasaría tiempo antes de que acabase su aprendizaje como enfermera y la congregación le abriese los brazos.

Una vez en el aseo, Valery se desprendió del sombrero y acicaló su trenza cobriza, se colocó el delantal y finalmente la cofia, mostrándose lo más presentable posible. La señora Linne, podía ser muy escrupulosa con una apariencia desdeñada como era la suya; el pelo rizado del campo la escandalizaba, pero... ¿qué podía hacer Valery al respecto, si ni una férrea trenza podía contener su caprichoso cabello?

Lista, y con la preocupación de lo que pudiera haber ocurrido con los niños, Valery subió con premura a la primera planta. Nada más internarse en el pasillo del ala oeste, lo escuchó. El tarareo de los pacientes, una

nana que todos en la primera planta entonaban en ocasiones, a veces creando un ambiente encantador y relajado, otras pesado y angustioso. Lo hacían por los niños, para que sus voces atravesando el ala este, llegaran a ellos al otro lado del piso.

Valery sonrió con la entonación.

Los pacientes del primer piso eran los que presentaban una mejor condición. Cuanto más subía uno, más se adentraba en las pesadillas de mentes torturadas que solo Reginae, en su infinita bondad, podría calmar. Valery solo había subido una vez, y agradecía infinitamente no tener que volver a hacerlo. Tan solo con recordar los gritos... Respiró, apartando esos escalofriantes recuerdos, y llamó a la puerta del despacho de la señora Linne.

Su voz ronca le dio paso.

—La señorita Clarei, les está sirviendo la cena —dijo, dejando algunos documentos sobre la mesa, mirándola con expresión neutra—. Buenas tardes, señorita Hans.

—Buenas tardes, señora Linne.

La penumbra sumió el habitáculo, apenas iluminado por la pequeña rendija en la pared a la que llamaban ventana. Al parecer, eran así de estrechas por incidentes en el pasado, dato que incomodaba el imaginario de Valery, como tantos otros con los que tendría que aprender a lidiar si quería ser una devota de la Profesa.

—Siéntese, señorita Hans, hay algo que me gustaría comentarle —invitó la señora Linne, con una mano cubierta de vendas blancas y dos tiras negras.

— ¿Ha vuelto a ocurrir? —indagó Valery, tomando asiento.

—Sí, esta vez no solo Ronald, también la pequeña Missandra. Los gritos despertaron a la señorita Natán de madrugada. Los niños aseguraron que una figura oscura los observaba desde la puerta de la habitación.

— ¿Y la pobre Anya? —inquirió preocupada Valery.

—Estaba dormida. Pero cuando escuchó la historia de los demás niños, se aferró a la señorita Natán hasta que llegué yo. Nos costó varias horas tranquilizarla.

Valery se llevó una mano al corazón. Tan solo con imaginar el terror que tuvieron que pasar los niños, su respiración se aceleraba. Alzó la mirada, encontrando los ojos cansados de su superiora, que la juzgaban por su

procedencia y su personalidad alejada de las muñecas de porcelana de la ciudad; pero que también la respetaban por su implicación.

— ¿Sigue pensando que todo es por culpa de las pesadillas de Anya?

—Me gustaría creer que es así. Que los niños sueñan e imaginan con las pesadillas que Anya dibujaba. Un delirio compartido. Pero...

— ¿Pero?

—La señora Natán, asegura haber escuchado pasos alejarse por el pasillo tras despertar con los gritos —La señora Linne dejó caer los codos sobre la mesa, hundiendo el rostro entre los hombros—, lo que me hace pensar que podríamos tener a un paciente que se fuga de su habitación durante las noches.

— ¿Con los guardias en los pasillos? —parpadeó incrédula Valery.

—Ha pasado antes. Muchos pacientes llevan aquí años, conocen las rutinas del personal de seguridad. Escaparse unos momentos, presos de sus delirios psicóticos... Sí, ha pasado, señorita Hans. Con resultados que no permitiré que se repitan.

El resplandor de un relámpago iluminó la habitación por un instante, ensombreciendo el semblante de la señora Linne. La mujer, casi anciana, se apoyó en el escritorio para levantarse y caminó a su lado, posando una mano cauta en su hombro. Sus ojos rogaban por prudencia.

—He hablado con el director, los guardias serán advertidos y se aumentará la seguridad durante unas noches. Dado que esta semana le corresponde ese turno, le ruego que tome ciertas precauciones hasta que aclaremos todo, señorita Hans. Es un asunto serio, y espero que esté a la altura.

—Por supuesto—aceptó Valery, viendo finalmente una oportunidad de ganarse a aquella mujer—. Dígame que debo hacer.

Con un gesto, la señora Linne solicitó que la siguiese y las dos dejaron el despacho, caminando por el pasillo.

—Lo primero, es que se asegure de que las entradas al ala infantil queden bien cerradas una vez acabe la cena —indicó con voz ronca la señora Linne—. No olvide dar los nuevos medicamentos a los niños, están en sus estuches; ayudarán a que duerman más profundamente. En tercer lugar, me gustaría que hiciese pequeñas rondas por las habitaciones, solo para estar seguros de que no hay nadie. Y por último... —se volvió con gesto rogatorio—. Quédese cerca de Anya. La pobre puede no hablar, pero su estado de ánimo contagia al resto de los niños. Instaure un ambiente

tranquilizador para ellos. Quizás..., todo sea realmente un delirio, al fin y al cabo.

Valery asintió. Las dos se detuvieron frente al portón de rejas que separaba el pasillo, dividiendo el ala infantil del resto de la planta. La cerradura chirrió con el giro de la llave, una vez para entrar, y otra tímida vez al cerrar. Juntas, se internaron en el comedor al fondo del pasillo.

El ambiente en la habitación, exponía la perturbación de los niños ante el suceso, comiendo en silencio, apretujados los unos a los otros. Sus pequeños y redondeados rostros se iluminaron ligeramente al ver a Valery. Missandra, una jovencita de cabellos rubios, se levantó nada más verla y corrió a su encuentro. Valery le rogó silencio durante la comida con un gesto, y le acarició la cabeza guiándola de nuevo a la mesa, mientras la señora Linne se reunía con la señorita Clarei.

Valery saludó a los niños ocupando el asiento principal a la mesa y, tratando de no alterar el ambiente, los animó a seguir comiendo. Mientras esperaba a que las dos mujeres terminaran de hablar al otro lado de la habitación, sus ojos viajaron al final de la mesa. Allí, acurrucada entre Rolan y Maggy, estaba Anya. La pequeña, de apenas cinco años, de piel pálida acentuada por su diadema carmesí, miraba el platillo de sopa sin dar un sorbo. Los ojos caídos, la cabeza gacha entre los hombros... Anya era una niña fácil de leer.

—Bien, dejamos a los niños a su cuidado —anunció la señora Linne, acercándose, sus ojos apagándose al contemplar a los chiquillos—. Volveré mañana a primera hora. Buenas noches, queridos.

— ¡Buenas noches, señora Linne! —despidió Arnold, siempre energético.

—Buenas noches, tía Linne —Sacudió la mano Maggy.

El resto de los niños se despidió a su manera de las dos devotas, algunos con gestos por sus problemas con el habla, otros con susurros dada su timidez. Incluso Anya, pareció despedirse con una mirada. Si bien, con sus más y sus menos, el estado de los niños de la primera planta no les impedía llevar una vida normal, siempre que se medicasen y tuviesen a alguien que entendiese sus peculiaridades.

Una vez se escuchó el portón del pasillo, Valery preparó algo de leche caliente para los niños, asegurándose de añadir el medicamento pertinente a la taza de cada uno. Repartió la bebida y, aunque algunos de los pillastres refunfuñaron como de costumbre, pocos dieron problemas para tomársela. Valery tuvo que convencer a Maggy, que siempre discutía por el sabor arenoso de la leche, pero no hubo mayor problema durante la cena. Que la escuchasen sin apenas rechistar, era otra muestra del nerviosismo que azotaba a los niños. Por esto mismo, Valery decidió que

era mejor dar paso a la rutina de cama.

Pañales para algunos, baberos para otros; asegurarse de que Ronald no durmiese en la misma cama con Arnold, al que siempre le chinchaba sobre su aliento, etc... Valery, había asumido la rutina, lo que hacía fácil prepararlos para dormir.

Una vez acabó, Valery ocupó su asiento al centro de la habitación y procedió a relatarles algunas anécdotas de su vida en Apart. Otras enfermeras les leían cuentos, pero los niños sentían una enorme curiosidad por la vida en el exterior, más si cabe aún lejos de la ciudad, lo que permitía a Valery tenerlos atentos y controlados. Las preguntas sobre sus costumbres se acallaron lentamente a medida que los parpados caían prisioneros del sueño, y antes de que llegasen las nueve, los niños se habían dormido.

Todos, menos Anya.

Valery, se acercó prudentemente y se sentó en la cama de la chiquilla. Anya, no tardó en darse la vuelta y acurrucarse en su regazo, aferrándose a su brazo con fuerza mientras sollozaba en silencio. Valery tarareó suavemente la misma melodía que solían entonar los pacientes de la planta, acariciando suavemente los mechones castaños de la niña. Lentamente, los temblores de Anya desaparecieron, y se quedó dormida acunada en su regazo. Valery sonrió, observando la inocencia de Anya, quien le recordaba un poco a ella misma de joven. La dejó con cuidado en la cama, arropándola, y salió de la habitación.

Como cada noche, una vez que los niños se quedaban dormidos, Valery comenzó a realizar sus tareas de limpieza. Echó algún que otro vistazo rápido a la habitación para asegurarse de que ninguno de los pillastres se despertaba, y pasadas unas horas, había ordenado y limpiado el comedor y la sala de estar. Normalmente, procedería a descansar vigilando a los chiquillos; pero en esta ocasión, había más trabajo por hacer.

Armada con una vela, Valery hizo una ronda por todas las habitaciones, asegurándose de que no había nadie allí, tal y como había requerido la señora Linne. La lluvia en las ventanas y paredes, era nuevamente audible en el silencio que envolvía la primera planta pasadas las once, y se volvió su compañera en cada una de los habitáculos.

La sala de estar, estaba tal y como la había dejado tras limpiar, los cuatro sofás en los que los niños solían jugar a un lado, la estantería repleta de libros infantiles y cuadernos para colorear ordenada, así como la mecedora para la enfermera en una esquina. Nadie más allí salvo ella y el sonido de la lluvia. La sala de estudio, formada por dos amplias mesas con sillas a su alrededor estaba, como de costumbre, atterradoramente oscura. Valery la recorrió, asegurándose de mirar debajo de las mesas y en los

armarios donde guardaban los materiales. Nada, ni siquiera un pequeño roedor de los que solían escabullirse a veces, andaba por allí.

El comedor estaba como lo había dejado hacía un momento y, tras revisar los baños, Valery había ojeado toda el ala infantil a excepción del portón del pasillo. Salió a la infinita oscuridad, más nerviosa de lo que debería por toda aquella historia. ¿Realmente podía un paciente escaparse hasta allí abajo sin que nadie lo notase? El sonido del portón de rejas, inamovible al intentar abrirlo, calmó esos pensamientos.

Valery suspiró. Probablemente todo fuese un delirio de los chiquillos. Así como lo que escuchó la señora Natán, bien podían ser imaginaciones suyas, al despertar tan abruptamente por los gritos de los niños. Convencida de que los episodios no habían sido más que el fruto de malas noches, Valery se volvió dispuesta a regresar con los niños. Y fue entonces, que lo escuchó. La misma melodía que había tarareado a los niños, la misma que reverberaba por los pasillos cada tarde. Apagada y siniestra.

Justo tras ella.

Con un grito ahogado, Valery se volvió hacia las rejas, dando varios pasos hacia atrás y dejando caer la vela. Por un segundo, creyó ver lo que parecían unos ojos al otro lado del portón. Estuvo a punto de gritar de terror ante una figura que hacía un instante no estaba allí; pero antes de que su voz saliera, una luz apareció al fondo del pasillo, clara y viva, sin ninguna figura u sombra entre ella y las rejas.

No había nada allí.

La luz se acercó rápidamente, acompañada de pasos acelerados. La figura del hombre que sostenía la lámpara, le era familiar.

Kalen.

— ¡Señorita Hans, ocurre algo! Escuché un ruido y...

Valery pestañeó, volviendo a la realidad. Recuperó el candelabro y los fragmentos de vela, respirando profundamente para convencerse de que lo que había visto no era más que un producto de su imaginación.

—Me pareció ver algo —respondió con las manos temblorosas—. Pero no era nada. Debo estar cansada.

Kalen alzó la lámpara, comprobando su estado a través de las rejas.

— ¿Qué ha visto?

—Nada, solo... —vaciló Valery. No obstante, los ojos honestos y las palabras amables, la invitaban a sincerarse por ridículo que fuese lo que estaba a punto de decir—. Me pareció ver una figura, justo donde está usted.

No sólo la tomó en serio, sino que sin dudar, Kalen examinó con la lámpara el pasillo y se aseguró que las puertas de los armarios más cercanas estaban cerradas.

—No veo nada, señorita Hans —volvió a su encuentro—. Pero me quedaré por el pasillo para asegurarme. Dígame, ¿cómo están los niños?

—Han conseguido quedarse dormidos, pero les ha sido difícil. Aunque tratan de ocultarlo, sus nervios son palpables.

—Pobres criaturas... —suspiró Kalen con congoja. Sus ojos viajaron a la puerta que conducía al dormitorio—. Vaya con ellos tranquila, señorita Hans. Haré algunas rondas más por esta planta.

—Gracias, Kalen.

El joven guardia se sonrojó, saludó con la visera del gorro y se marchó por el pasillo, comprobando puerta por puerta. Valery, más calmada por su encuentro, pero con la visión de aquellos ojos tras los barrotes persiguiendo su mente, volvió al dormitorio. Los niños no se habían despertado con su caída, lo que fue un alivio. En silencio, Valery se acercó a la cama de la pequeña Anya y se sentó a su lado durante el resto de la noche. Pues, aunque no quisiera admitirlo, tenía demasiado miedo para volver a hacer otra ronda.

Otro día lluvioso armonizando el ambiente con el repiqueteo en las ventanas... ¿Sería así durante todo el otoño? Valery se aseguró de que Ronald y Maggy se tapasen con la manta en el sofá, pues los dos parecían estar agarrando un resfriado, y se sentó en su mecedora, vigilando a los que jugaban.

— ¡Valery! —Se acercó Arnold, correteando con una hoja de papel en la mano—. ¡Mira que he dibujado!

Valery contempló el bosquejo. Las líneas eran agresivas y nerviosas, como el propio Arnold, pero aun así, podía verse claramente la figura de un felino pardo.

—Que animalito tan maravilloso —sonrió Valery—. ¿Le has puesto nombre?

— ¡Arthur! —Asintió el chiquillo, que por primera vez mostró cierta medida en sus palabras. El niño la miró, dubitativo, jugueteando con los dedos—. Valery, ¿crees... que algún día podré ser un artista elegido por Cyanus?

Ronald lanzó una carcajada, tratando de meterse con Ronald, pero Valery rogó silencio con un gesto. Puso una mano sobre la de Arnold, devolviéndole el dibujo con una sonrisa.

—Según tengo entendido, la congregación de la Artífice no rechaza a nadie que se exprese a través del arte. Estoy segura de que no solo te acogerán, sino que te ayudarán a mejorar, como las otras enfermeras me ayudan a mí a cuidar de vosotros.

Sus palabras iluminaron el rostro de Arnold, que sacó la lengua a Ronald y volvió a sentarse en la alfombra agarrando otra hoja para dibujar con ceras casi gastadas. Valery contempló a los niños en silencio, echando disimulados vistazos a Anya, para comprobar que se encontraba bien. La niña aún se mostraba perturbada por el relato del día anterior, aunque la compañía del resto parecía distraerla.

Con las diez campanadas del reloj de pared, Valery se levantó y fue a la cocina donde preparó nuevamente algo de leche para antes de dormir, añadiendo las medicinas a las tazas. Realmente el medicamento funcionaba, pues los niños no se habían despertado en toda la noche. Las repartió, asegurándose que todos bebieran. Esta vez Maggy no renegó como de costumbre por la leche, quizás porque el resfriado la hacía sentirse sedienta.

La misma rutina que la noche anterior, condujo al mismo resultado. Anya fue la última en dormirse, de nuevo acurrucada a su lado. Valery la contemplaba con tristeza, comprendiendo lo duro que debía haber sido para la chiquilla lidiar con esas pesadillas. La misma Valery, había sido incapaz de pegar ojo aquel día, recordando la terrorífica visión que tuvo la noche anterior.

Aún tenía escalofríos... Pero, tras hablarlo con la señora Linne, habían decidido que solo fue su imaginación: pues ninguno de los guardias había visto nada fuera de lugar, y los niños estaban a salvo. No obstante, el hecho de saber que era su propia mente lo que había formado aquella figura frente a sus ojos, hacía temer a Valery ante la idea de otra ronda de vigilancia.

Ronda, que debía hacer por el bien de los niños, y el de su propia cordura.

Armándose de valor, y decidida a no dejarse amedrentar por su imaginación, Valery comenzó la ronda. Como el día anterior, se aseguró de que no había nadie en cada una de las salas del ala. Fue lenta, notando sus pies incapaces de moverse en los umbrales de cada puerta, teniendo que forzarse así misma a entrar.

Tras un largo rato de deambular por las salas, Valery no atisbó nada particular en ninguna de ellas, lo que dejaba solo el pasillo por comprobar. Necesitó de unos minutos antes de poder salir al mismo, con la vela pegada al pecho para evitar que el temblor de sus manos la dejase caer. Comprobó el portón, firmemente cerrado, y se volvió con los pelos de punta, rezando por no escuchar nuevamente aquel tarareo a su espalda.

No lo hizo.

Valery regresó con paso apurado al dormitorio y dejó la vela en una mesita. Se sentó al borde de la cama de Anya, y respiró calmándose. Realmente todo había sido imaginación suya, al igual que debía ser para los pobres niños. Con delicadeza, Valery se acomodó junto a la pequeña Anya, retirándole con cuidado algunos mechones de pelo de la cara. Debía ser muy duro, para Anya y todos los demás niños, padecer los ataques de una mente incontrolable e imaginativa que podía hacer creer posibles cosas irreales.

Valery inspiró profundamente, mirando a la chiquilla, escuchando la respiración calmada del resto, y dejó atrás el miedo irracional que la había acongojado durante toda la noche. Tenía que ser fuerte; ser un ejemplo de salud para ellos, no una muestra de a lo que le llevarían sus delirios. Muchos de ellos no podían distinguir estos de lo real, sí; pero ella podía enseñarles a racionalizar lo que veían, oían y sentían, para ayudarles a mejorar.

Los pensamientos sobre los niños, así como los de su futuro si la aceptaban en la congregación de la Profesa, dejando atrás Apart y su antigua vida, anestesiaron los ya cansados sentidos de Valery, hasta que inevitablemente se quedó dormida.

«No creas a tus ojos... ¡Corre!»

Valery despertó con un sobresalto, el bello del cuerpo erizado mientras una voz ronca resonaba en sus oídos. Miró en todas direcciones, confundida. La visión del dormitorio, apenas iluminado por la vela casi por completo consumida, le devolvió lentamente a la realidad. ¿Una pesadilla? Pero esa voz, parecía tan real... Sus ojos, recorriendo la habitación

acabaron por posarse en Anya, dormida a su lado.

No, no podía dejarse llevar.

Tratando de calmarse, y con un escalofrío que no dejaba de acosarla, Valery fue a la cocina y se calentó una taza de leche. El fuego la abrigó mientras esperaba, dándole no solo confort, sino algo de luz a la sala casi por completo a oscuras dados los nubarrones que cubrían el cielo. Una vez se sirvió, más calmada, Valery se sentó en una de las mesas, que alumbró con otra vela.

El primer sorbo le ayudó a entrar en calor, endulzando ligeramente su paladar. El segundo la ayudó a despejar la mente, ignorando sus pensamientos sobre el sueño y la voz. El tercero..., lo detuvo al notar algo en sus dedos. Valery dejó la taza, frotando el índice con el pulgar, una ceja alzada al sentir el tacto.

¿Arena?

El chirrido de la vieja madera dio un vuelco al corazón de Valery, que se volvió hacia la puerta, conteniendo un grito ahogado. El miedo creciente en su interior se desvaneció al ver a la pequeña Anya, un brazo sujetando el otro, la mirada gacha.

Valery soltó el aire, recomponiéndose, y abrió los brazos para que la pequeña se acercara. La niña se sentó en su regazo, temblando.

— ¿Has tenido otra pesadilla? —Susurró Valery, acunando a la niña—. Pobre... No tienes que tener miedo, no hay nadie aquí que vaya a hacerte daño. Vamos a la cama, te haré compañía.

Con Anya en un brazo, Valery dejó la taza en la encimera y agarró la vela cerrando la puerta. Cargó con la niña, aferrada a su cuello hasta la habitación, dejándola suavemente en la cama. Por suerte, el resto de niños seguía durmiendo plácidamente. Con un tono suave, Valery comenzó a tararear la misma melodía de siempre a Anya, la cual, mientras parpadeaba intentando resistirse al sueño, trató de comunicarse con un gesto, como lo hacía a veces. La niña, señaló a Valery y luego a su propio oído, como si se tratase de una pregunta. Una pregunta, que se formó en la mente de Valery una vez la niña calló presa del sueño, provocándole un escalofrío.

“¿Lo has oído?”

Esa noche, Valery no volvió a conciliar el sueño. Y, solo por si acaso Anya hubiese escuchado lo mismo que ella, se armó de valor e hizo algunas

rondas más por el ala infantil, sin resultado alguno.

A Valery le dolía la cabeza. Un dolor pulsante y constante, junto con un ligero malestar que no la había dejado concentrarse en todo el día. ¿Quizás Maggy y Ronald, le habían pegado el resfriado?

La tarde se diluyó con la rutina habitual, emborronada por su condición. Durante todo el proceso, Valery tuvo dificultades para pensar o centrarse en algo en concreto. Se sentía extraña: a veces sus oídos se embotaban, otras el gusto se le revolvía amargando su saliva. Cansada, y consciente de que era la hora, acostó a los niños como cada noche. Esta vez no hubo relato alguno; pero los niños, que parecían haber captado su malestar, no se lo exigieron.

Anya fue la única que no se durmió, como era de esperar. Con una promesa de tumbarse a su lado en cuanto regresase, Valery dejó a la pequeña en su cama al amparo de una vela, y se fue a hacer la guardia. Nada ni nadie en las habitaciones, luces al fondo del pasillo alejándose cuando se asomó, probablemente la lámpara de Kalen. En esta ocasión, de vuelta a los dormitorios, Valery no sintió miedo alguno por volver a ver la figura o escuchar voz alguna.

Estaba demasiado cansada.

Valery apenas fue consciente de su vuelta, de cómo se tumbó junto a Anya y abrazó a la chiquilla tarareando suavemente la melodía que la había acompañado cada día desde su llegada a Hopearh. Su cuerpo había automatizado todo el proceso, centrado en su agotamiento. A medida que la respiración de la chiquilla se pausaba, lo fue haciendo la entonación de Valery, que luchó inútilmente contra el peso de sus parpados, hasta que finalmente se quedó dormida.

«Te ha convertido... No te preocupes muchacha, yo te liberare. A ti y a todos los aprisionados injustamente para su deleite.»

Valery se levantó con un sobresalto, acusada por la misma voz resonando en sus oídos que la noche anterior. Pero esta vez fue mil veces más apabullante, pues en su mente estaba fija la imagen de una figura encorvada, siniestra y de rasgos desfigurados, que la miraba en silencio desde el borde de la cama. Parpadeando, agitada y conmocionada, Valery se apretujó contra el cabecero de la cama volviendo a la realidad. No había figura alguna junto a la cama, en la habitación solo estaban los

niños, ella y...

— ¿Anya? —Se volvió hacia la cama, echando en falta el tacto de la niña—. ¡¿Anya?!

Valery se levantó, ignorando su malestar, presa del pánico. ¿Habría salido la niña corriendo, aterrada por uno de sus delirios mientras Valery dormía? ¿O acaso... aquella voz? Valery miró bajo las camas, armando más jaleo del que le gustaría por el miedo. Los niños no despertaron. Salió de la habitación, acelerada, sin vela o luz que la acompañase más que los esporádicos destellos que se colaban por las estrechas ventanas.

— ¡Anya! —llamó, aterrada por lo que pudiera ocurrirle si estaba sufriendo una de sus alucinaciones. No era la primera vez que un niño se hacía daño huyendo de sus pesadillas—. ¡Anya, ¿puedes oírme?! ¡Haz algún ruido!

Silencio. Tan inquietante que le erizó todo el bello del cuerpo.

Valery registró la sala de estar, la cocina, el aula, los baños... Corriendo apurada, apoyándose en algunas paredes padeciendo su malestar y un agrio regusto en su boca, Valery recorrió toda el ala infantil sin encontrar a la muchacha. ¿Se habría escapado? No, no podía ser, el portón del pasillo estaba cerrado...

¿No?

« ¿Cerré el portón hoy?», se preguntó Valery, tratando de explorar en los borrosos recuerdos de una tarde neblinosa en su memoria. Un escalofrío le sacudió el cuerpo. Corrió al pasillo. «No. ¡Valery, no puedes ser tan...!» Sus pensamientos se detuvieron cuando al rozar uno de los fríos barrotes del portón, este se abrió con un chirrido espeluznante, dejándola frente a un largo y oscuro pasillo que parecía infinitamente amenazador.

Y Anya estaba sola, probablemente presa de un delirio, en aquella insondable oscuridad.

Valery no se lo pensó dos veces, cerró el portón tras de sí, asegurándose de que si los niños despertaban no pudiesen perderse por el recinto y echó a correr por aquel pasillo cuya oscuridad amenazaba la mente de Valery, creyéndole hacer escuchar susurros que no estaban ahí.

— ¡Anya! —Gritó para combatir su pánico y su aturdimiento—. ¡Anya, ¿dónde estás?!

Cuando llegó al final del pasillo, en la intersección que dividía las diferentes alas de la primera planta junto a las escaleras, Valery atisbó una luz corriendo hacia ella, dándole esperanzas. Bendito fuese Kadupul,

por bendecirle con la presencia de alguien tan competente como Kalen.

— ¡Señorita Hans, ¿qué ocurre?! —preguntó alarmado el joven guardia.

— ¡Kalen, Anya se ha escapado! Yo... Dejé el portón abierto. Ni siquiera me di cuenta de...

La mano firme y segura de Kalen en su hombro reconfortó a Valery. Su atontamiento se disipó, junto con su mal sabor de boca. No era momento de dejarse llevar por el pánico, tal y como señalaba el semblante sereno y tranquilizador de Kalen.

—No te preocupes, vamos a buscarla. Es tarde, y los medicamentos que le dais la dejarán agotada, no puede haber ido muy lejos. —Las palabras del joven guardia parecieron brillar a ojos de Valery, el vaho en la fría noche que salía de su boca iluminado por la luz de la lámpara adquiría un tono cian—. Vamos, registremos la planta baja. Si estuviera arriba el resto de guardias daría la...

La voz de Kalen fue opacada por un agudo chillido que resonó por las escaleras y se alejó por los pasillos como una ola. Sonaba como la voz de una niña... Valery se sacudió con un escalofrío, el grito resonando en sus oídos dibujó turbias imágenes de Anya en su mente.

— ¡Anya! —Valery corrió escaleras arriba, con Kalen tras ella iluminando con luz bamboleante sus pasos.

Se detuvo en la intersección de la segunda planta, en busca de algún indicio de la procedencia del grito. Kalen la alcanzó un segundo más tarde, resoplando.

— ¿Cómo ha podido subir sin que André...?

Valery se volvió hacia Kalen, tan confundida como él. Pero en lugar de encontrar una expresión tranquilizadora en el rostro de su acompañante, lo que atisbó fue una retorcida mueca de pasmo. Kalen, alzó lentamente la lámpara, iluminando la entrada del pasillo al ala oriental. La luz, devorando las sombras, rebeló lentamente pequeñas gotas rojas en el suelo que se congregaban cada vez más juntas y en mayor cantidad, hasta formar delgadas líneas que surgían de un charco provocado por algo en el suelo. Sangre. Un río de sangre que manaba del cuerpo del señor André, el otro guardia de seguridad. El hombre yacía inerte, con un amplio agujero en el pecho, las costillas saliendo de la herida como las fauces de un animal.

Valery lanzó un grito, rápidamente ahogado por las náuseas que le obligaron a apartar la mirada. Kalen, regresó en sí al ver que ella perdía

las fuerzas y la sostuvo apartando la luz del cadáver.

—Está muerto... —balbuceó Valery, tratando de procesar lo que acababa de ver. Y fue, al pensar en ello, que todo cobró sentido. Valery buscó los ojos de Kalen—. Lo que vieron los niños, el sonido de pisadas, la voz que escuche... La señorita Linne tenía razón, hay alguien deambulando por el edificio.

Kalen volvió la mirada hacia el cuerpo, esta vez sin iluminarlo, perplejo. Estuvo a punto de decir algo, pero su voz fue cortada por un grito. De nuevo, era la voz aguda y aterrada de una chiquilla.

— ¡Anya! —Gritó Valery comenzando a subir los primeros escalones a toda prisa. Algo la agarró por la muñeca, parándola en seco. Kalen.

— ¡Vuelva con los niños y enciérrese, es demasiado peligroso!

Valery forcejeó inútilmente, y se detuvo agachando la cabeza, mirando suplicante a Kalen.

—Es mi culpa... Yo dejé el portón abierto, Anya se escapó por mi error, si le pasase algo yo... —Valery miró en dirección al cadáver envuelto en sombras, que susurraba en su mente cosas horribles—. No me lo perdonaría jamás. Por favor, Kalen. Tengo que encontrarla y ponerla a salvo.

Kalen vaciló, lo que Valery aprovechó para soltarse y subir corriendo las escaleras con él siguiéndola de cerca. Pensamientos sobre Anya, sobre lo que habían visto ella, el resto de niños y la propia Valery, como algo real, golpearon su mente al ritmo de sus pasos. Alguien había estado allí, en la habitación, con los niños y ella la noche anterior, susurrándole al oído mientras dormía. Valery aceleró, sacudiéndose un escalofrío, hasta la tercera planta. Kalen se detuvo a su lado, alzando la lámpara a los oscuros pasillos.

Silencio. Una vez más.

— ¡Anya! —gritó Valery en busca de alguna respuesta, su voz creando un perturbador eco en la oscuridad de los pasillos.

Una mano acalló su intento de un nuevo grito. Kalen, le tapó la boca.

—Señorita Hans, no haga ruido. Quien le hizo eso a André, podría sorprendernos —susurró, empuñando la porra que llevaba al cinto—. Además...

En la inquietud del silencioso pasillo, se despertó un coro de aullidos y lamentos provenientes de cada habitación que acalló las palabras de

Kalen. Voces que imitaban los gritos de Valery, que se burlaban de ella o gimoteaban aterradas. Valery se sacudió con un escalofrío ante aquellos sonidos, que proyectaban siluetas de pesadillas en las sombras frente a ella. Kalen, a su lado, alzó la lámpara borrando de la existencia las oscuras y siniestras visiones producidas por su aterrada mente. Ante ellos, se revelaron decenas de puertas de hierro pintado de blanco a ambos lados del pasillo hasta donde alcanzaba la vista, recordándoles donde habían ido a parar.

La tercera planta, el primer peldaño en la pesadilla de Hopearh.

—Vayamos a los vestuarios, es el único lugar abierto en toda la planta
—susurró Kalen.

La luz fue iluminando el camino. Cuanto más avanzaban, entre gemidos y gimoteos, entre gritos que confundían los sentidos de Valery, haciéndole creer que alguien se acercaba, con mayor frecuencia miraba por encima del hombro a la oscuridad infinita. Veía sombras que no estaban ahí, retorcidas por los ruidos de los pacientes encerrados en sus habitaciones, creaciones de su mente atormentada por todo lo que estaba ocurriendo.

Valery se detuvo cuando la mano de Kalen agarró su brazo. El joven guardia señaló la puerta de madera en medio del infinito pasillo y susurró.

—Entraré primero.

Kalen abrió la puerta, la luz por delante, como una luciérnaga en plena noche tentando a un depredador. Nada le atacó, no había nadie tras la puerta. Kalen se internó con la porra preparada. Segundos más tarde, su voz llegó a Valery invitándola a entrar. El vestuario era más grande que el de la planta baja, dividido entre los vestidores y un baño.

—No hay nadie —sentenció Kalen, asomándose por seguridad al habitáculo del baño.

—Pero el grito de Anya venía de esta planta...

—Quizás esté escondida al fondo del pasillo oeste. En ocasiones, los armarios de las escobas quedan abiertos. Vayamos a echar un vistazo.

Valery asintió, saliendo del vestuario, mientras Kalen echaba un último vistazo. El pasillo totalmente a oscuras y repleto de sonidos, le dio nuevamente la bienvenida, provocándole un escalofrío. Pero de entre todos aquellos gritos y ruidos, hubo uno que consiguió aterrorizar por completo a Valery. Un gemido ahogado, seguido de un fuerte crujido, y el

chasquido de un cristal rompiéndose en el interior del vestuario.

— ¿Kalen? —volvió a entrar Valery.

Sus ojos se encharcaron por el pánico y dolor, su cuerpo se paralizó fallándole las fuerzas, y su mente rogó por el desfallecimiento ante aquella pesadilla. Valery cayó de rodillas sobre el charco de sangre, viendo frente a ella, iluminado débilmente por la lámpara rota en el suelo, el cuerpo de Kalen, con el pecho abierto de la misma forma que André, los ojos abiertos y una expresión congelada de terror. Valery estuvo a punto de perder el sentido, incapaz de procesar lo que veía, hasta que un sonido junto a la puerta del baño la devolvió a la realidad.

Pisadas.

—Y van dos...

Valery reconoció con un escalofrío aquella voz, la misma que había escuchado las últimas noches susurrándole al oído mientras dormía. Del baño surgió un hombre rapado, con el rostro deformado por una quemadura en su lado derecho, los ojos pequeños y los labios como una delgada línea. Valery comenzó a hiperventilar, incapaz de comprender lo que ocurría. ¿Cómo? ¿De dónde había salido? El hombre se acercó más a la luz, revelando los pantalones y camisa blanca de los pacientes, sus ojos negros fijos en el cuerpo de Kalen, sobre el que se agachó examinándolo con gesto neutro.

—Luego no me equivocaba. Eres tú... —dijo con voz ronca, volviendo su atención en Valery.

El pánico que sintió Valery cuando aquellos ojos inexpresivos se clavaron en los suyos, activó su instinto de supervivencia, moviendo su cuerpo sin el permiso de su mente. Corrió despavorida, recorriendo el pasillo de vuelta, mirando constantemente hacia atrás atisbando lo que parecía la silueta de aquel hombre saliendo del vestuario, con la lámpara quebrada de Kalen en sus manos.

Llegando a las escaleras Valery se detuvo un segundo en el primer peldaño hacia la planta inferior, atisbando algo por el rabillo del ojo. Un destello de rojo que subía a la cuarta planta. Aquel destello de color, envió inmediatamente una imagen de la diadema carmesí de la pequeña Anya, directamente a su mente. Valery se asomó a la escalera, mirando hacia arriba y la vio. La niña corría asustada hacia la planta superior.

— ¡Anya! —gritó Valery, cambiando de camino y subiendo tras la niña.

La chiquilla se detuvo al escuchar su voz y corrió a sus brazos en la entrada a la cuarta planta. Valery la abrazó fuertemente, separándose de

ella para comprobar su estado. Anya tenía la cara roja por el llanto, pero no parecía herida. Con el único pensamiento de ponerla a salvo, Valery cogió a la niña en brazos y se dispuso a bajar, pero la luz en las escaleras la detuvo.

Aquel hombre iba a por ellas.

Valery se volvió, observando los tres infinitos pasillos que se abrían en la cuarta planta, donde decenas de voces se alzaban gritando sobre una niña que lloraba. En medio de aquel jaleo, con los nervios crecientes y la luz ascendiendo bajo ellas, Valery tomó una decisión. Se quitó la cofia y la arrojó al suelo frente a uno de los pasillos, huyendo después por las escaleras hacia la quinta planta. Con suerte, si el ruido de los pacientes en la cuarta camuflaba sus pasos, podría dar esquinazo a aquel hombre y bajar por las escaleras una vez este se adentrara en la cuarta planta tras ellas al ver la cofia.

Con la niña en brazos, Valery subió tan rápido como pudo, apretando la cabeza de Anya contra su pecho para ocultar sus sollozos. Una vez llegó a la entrada de la quinta planta esperó, ligeramente asomada a la barandilla para ver las escaleras mientras contenía el aliento. La luz se detuvo en la entrada de la cuarta planta, alejándose ligeramente al interior, dando esperanzas a Valery. Esperanzas, que se desvanecieron cuando vio que la luz volvía a las escaleras y comenzaba a subir.

« ¡¿Por qué?! ¡¿Cómo lo ha sabido?!», se preguntó Valery, volviéndose a otros tres pasillos repletos de... ¿Vahó? No, no lo era. Aquel extraño humo brillaba por sí mismo en medio de la oscuridad, repleto de diferentes tonos, danzando de un lado a otro, rebotando en las paredes al compás de los gritos, lamentos y risas enloquecidas de los pacientes de la quinta planta. Valery notó de repente un regusto amargo en la boca, un mareo repentino al escuchar demasiados sonidos, muchos más de los que debería haber en aquella planta.

Aquel malestar, desapareció por completo cuando el pasillo a oscuras, se iluminó ligeramente ante Valery. Con un escalofrío, comenzó a correr escuchando los pasos apagados de aquel hombre tras ella. ¿A dónde corría? No lo sabía. ¿Podría huir? No estaba segura. Pero una cosa tenía clara, debía proteger a Anya. Valery corrió, internándose en aquel infernal mar de gritos agónicos en busca y repudio de ayuda, en aquel hondo pozo de desesperación que hizo latir su corazón más rápido de lo que jamás había latido nunca. Inevitablemente, Valery llegó al único lugar abierto de cada planta, el vestuario.

Se adentró, dejando a Anya contra la pared y se apresuró a atrancar la puerta con el pestillo. Un segundo después volvió con la niña, acurrucándose en un rincón apenas iluminado por la rendija que ventilaba la estancia. Valery rezó con todas sus fuerzas a Kadupul y Los Siete para

que aquel hombre no pudiese derribar la puerta, sosteniendo a Anya entre sus brazos.

El cerrojo resonó, conteniendo la puerta, creando una reverberación en la estancia que apareció visible como una nube de polvo marrón brillante a ojos de Valery. Otro golpe, más de aquel vaho. Otro más, más de aquel polvo. Valery se encogió junto a Anya, suplicando a Kadupul para sus adentros, esperando el cuarto golpe.

No hubo cuarto intento de forzar la puerta.

De repente, toda la planta, voces y golpes en las puertas de hierro, se acallaron. El silencio envolvió el vestuario en penumbra, confundiendo y a la vez liberando a Valery de aquel estrés sensorial. Y, en medio de aquel silencio, se escuchó una voz.

—Pobre criatura, incapaz de comprender...

Valery se sacudió con un escalofrío, lagrimeando ante la imposible visión de aquel hombre traspasando la puerta del vestuario lentamente. El metal se deformó, adherido ligeramente a la figura de aquel hombre, antes de volver a su posición inicial. Fue como ver a alguien que caminaba a través de una nube de vapor y arrastraba este tras de sí unos instantes antes de volver a quedar imperturbable.

Aunque temblando, e incapaz de moverse con soltura del miedo, Valery se puso frente a Anya, protegiendo a la niña que se encogió en una esquina oscura. Alzó los brazos, tratando de hacerse más visible y ocultar a la chiquilla, y rogó a aquel hombre cuya silueta parecía brillar.

—No sé por qué haces esto... Pero si vas a matarme, te lo suplico... Al menos, no la toques a ella.

— ¿Hacer, chiquilla? —dijo el hombre con una bocanada de vaho cían—. Yo no he hecho nada. Al contrario, vengo a acabarlo. ¿Acaso no lo ves? ¿Incluso con todo lo ocurrido, no te has percatado?

Valery tragó saliva, temblando ante la idea de que aquel loco se abalanzase sobre ella en cualquier momento. Y por eso siguió hablando, tratando de ganar tiempo.

— ¿De qué estás hablando?

El hombre señaló por encima de Valery, al rincón oscuro donde temblaba Anya.

—Lo que te ha hecho esa cosa... ¿No ves las voces? ¿No saboreas el tacto? ¿No escuchas los sonidos de lo que ven tus ojos? —Bufó el hombre, con

una mirada lastimera hacia Valery—. ¿No te parece raro? ¿Haber elegido la opción de seguir adelante tras ver un cadáver, de seguir subiendo tras la niña en lugar de huir como te pedía tu instinto? La has seguido, como una polilla siguiendo una luz, incapaz de apartar su atención de ella. Esa criatura, como tantas otras a tantos otros, ha estado jugando contigo. Disfrutaban del sabor de aquellos al borde del precipicio entre la iluminación y la locura. La Verdad, es su terreno de caza, y nosotros... los que damos un paso en ella, su presa.

Valery comenzó a respirar con dificultad, a medida que los sucesos de aquella noche se volvían vividos en su mente. El hombre dio un paso al frente, señalando a Anya. Valery se levantó, interponiéndose entre ambos.

— ¡No la toques!

—Debo hacerlo. Por mí, y todos los injustamente apresados en este infierno. Una criatura así, con el poder de convertir a un inocente en un...

—El hombre detuvo sus palabras en seco, abriendo los ojos con pavor, cayendo al suelo de rodillas completamente atónito—. ¡¿Qué eres?! No... No eres como las otras. Ninguna otra podría haber despertado mis...

Valery sintió como algo caliente le salpicaba, emborronándole la vista. Jadeó, frotándose los ojos, y palideció al encontrar sus manos llenas de sangre. Alzó la vista, quedando paralizada al ver como el hombre yacía con el pecho ensartado por algo largo, puntiagudo y peludo, como la pata de una araña.

De repente, erizándole todo el bello del cuerpo, Valery escuchó algo tras ella. Una voz aguda y delicada, que tarareaba la misma melodía que entonaban siempre los pacientes. Se volvió, encontrando una bruma oscura nacida de ninguna parte en la esquina donde debía estar Anya. De esa misma esquina nacía la pata que ensartó al hombre y ahora se retraía con lentitud.

Valery retrocedió, salpicando el agua a sus pies, agitando la neblina que envolvía el habitáculo. ¿Cuándo había...? Cayó de rodillas, encontrándose inexplicablemente en el mismo lugar, pero completamente diferente. Las paredes con moho blanco, el agua en el suelo, la niebla a su alrededor...

De repente, la figura de Anya apareció, distorsionada en la bruma oscura, acariciando la enorme pata de araña mientras tarareaba. La niña sonrió a Valery, mientras su piel se transparentaba dejando ver huesos y un cráneo deformado de oro brillante, y habló con una voz delicada en un idioma incomprensible.

Valery se retorció cuando aquella voz llegó a sus oídos, su mente repleta de ideas, conocimientos, Verdad. Todo cobró sentido: la leche arenosa de

Maggy, los alientos de color de Arnold... Todo. Valery convulsionó, retorciéndose de dolor ante La Verdad introducida en su cerebro de forma súbita y en su totalidad. Y, tras lo que fueron unos segundos agónicos, se rindió. Valery cerró los ojos y abrazó su destino, repitiendo una y otra vez las únicas palabras que daban algo de consuelo a su turbada psique.

—Los niños no estaban enfermos...

El incidente de Hopearh.

Valery Hans, fue ingresada en la residencia Hopearh, tras un brote psicótico que la llevó a matar a dos guardias y un paciente. La joven, natal de Apart y novicia en las enseñanzas de La Profesa, murió en su habitación tres días más tarde, el 9 de noviembre, de un ataque al corazón. Sus padres, ante la noticia y la presión popular, abandonaron la ciudad de vuelta a su hogar natal, desentendiéndose de los restos mortales de su hija, que serán entregados a la ciencia para su estudio.

Aún con el terrible suceso, la casa Earh mantiene su intención de continuar con el mantenimiento de la residencia Hopearh, y han prometido, para tranquilidad de los convecinos de Singcient, un incremento en el gasto destinado a la residencia, mejorando la seguridad y control de sus trabajadores en pos de evitar futuros incidentes.

Richard Amond. Para el diario de Singcient.